



Jack London

Antes de Adán



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ANTES DE ADÁN

JACK LONDON

PUBLICADO: 1907

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

CAPÍTULO I

¡Imágenes! ¡Imágenes! ¡Imágenes! Muchas veces, antes de aprenderlo, me preguntaba de dónde venían las multitudes de imágenes que abarrotaban mis sueños; porque eran imágenes como nunca había visto en la vida real y despierta. Torturaban mi infancia, haciendo de mis sueños una procesión de pesadillas y, un poco más tarde, convenciéndome de que era diferente de los demás, una criatura antinatural y maldita.

Solo durante el día alcanzaba alguna medida de felicidad. Mis noches marcaban el reino del miedo--¡y qué miedo! Me atrevo a afirmar que ningún hombre de todos los hombres que caminan sobre la tierra conmigo ha sufrido un miedo de igual clase y grado. Porque mi miedo es el miedo de hace mucho tiempo, el miedo que era rampante en el Mundo Joven y en la juventud del Mundo Joven. En resumen, el miedo que reinaba supremo en ese período conocido como el Pleistoceno Medio.

¿Qué quiero decir? Veo que es necesario una explicación antes de poder contarles la esencia de mis sueños. De lo contrario, poco podrían entender del significado de las cosas que conozco tan bien. Mientras escribo esto, todos los seres y sucesos de ese otro mundo se levantan ante mí en una vasta fantasmagoría, y sé que para ustedes serían incoherentes y sin sentido.

¿Qué significa para ustedes la amistad de Oreja-Tajada, el cálido atractivo de la Veloz, la lujuria y el atavismo de Ojo-Rojo? Una incoherencia chillona y nada más. Y una incoherencia chillona, asimismo, las acciones de la Gente del Fuego y la Gente del Árbol, y los consejos balbuceantes de la horda. Porque no conocen la paz de las frescas cuevas en los acantilados, el

circo de los abrevaderos al final del día. Nunca han sentido la mordida del viento matutino en las copas de los árboles, ni es el sabor de la corteza joven dulce en sus bocas.

Sería mejor, me atrevo a decir, que se acercaran como yo lo hice, a través de mi infancia. De niño era muy parecido a otros niños--en mis horas de vigilia. Era en mi sueño donde era diferente. Desde mi más temprana memoria, mi sueño era un período de terror. Rara vez mis sueños estaban teñidos de felicidad. Por regla general, estaban llenos de miedo--y de un miedo tan extraño y ajeno que no tenía una cualidad ponderable. Ningún miedo que experimentara en mi vida de vigilia se parecía al miedo que me poseía en mi sueño. Era de una calidad y tipo que trascendía todas mis experiencias.

Por ejemplo, era un niño de ciudad, un niño de ciudad, más bien, para quien el campo era un dominio inexplorado. Sin embargo, nunca soñé con ciudades; ni una casa apareció jamás en ninguno de mis sueños. Ni, por cierto, ninguno de mi especie humana rompió jamás la pared de mi sueño. Yo, que había visto árboles solo en parques y libros ilustrados, vagaba en mi sueño por interminables bosques. Y, además, estos árboles de ensueño no eran un simple borrón en mi visión. Eran nítidos y distintos. Tenía una relación de intimidad practicada con ellos. Veía cada rama y ramita; veía y conocía cada hoja diferente.

Bien recuerdo la primera vez en mi vida de vigilia que vi un roble. Al mirar las hojas y ramas y nudos, me vino con vívida angustia que había visto ese mismo tipo de árbol muchas e innumerables veces en mi sueño. Así que no me sorprendió, más tarde en mi vida, reconocer instantáneamente, la primera vez que los vi, árboles como el abeto, el tejo, el abedul y el laurel. Los había visto todos antes, y los estaba viendo incluso entonces, todas las noches, en mi sueño.

Esto, como ya han discernido, viola la primera ley de los sueños, a saber, que en los sueños uno solo ve lo que ha visto en su vida de vigilia, o combinaciones de las cosas que ha visto en su vida de vigilia. Pero todos mis sueños violaban esta ley. En mis sueños nunca vi NADA de lo que tenía conocimiento en mi vida de vigilia. Mi vida de sueño y mi vida de vigilia eran vidas aparte, sin una sola cosa en común salvo yo mismo. Yo era el vínculo de conexión que de alguna manera vivía ambas vidas.

A principios de mi infancia, aprendí que las nueces venían del almacén, las bayas del frutero; pero antes de que ese conocimiento fuera mío, en mis sueños recogía nueces de los árboles, o las recogía y las comía del suelo debajo de los árboles, y de la misma manera comía bayas de enredaderas y arbustos. Esto estaba más allá de cualquier experiencia mía.

Nunca olvidaré la primera vez que vi arándanos servidos en la mesa. Nunca había visto arándanos antes, y sin embargo, al verlos, surgieron en mi mente recuerdos de sueños en los que había vagado por tierras pantanosas comiendo hasta saciarme. Mi madre me puso un plato de bayas. Llené mi cuchara, pero antes de llevarla a mi boca ya sabía exactamente cómo sabrían. Y no me decepcionaron. Era el mismo sabor que había probado mil veces en mi sueño.

¿Serpientes? Mucho antes de haber oído hablar de la existencia de las serpientes, ellas me atormentaban en mi sueño. Acechaban para mí en los claros del bosque; saltando, atacando, bajo mis pies; se retorcían a través de la hierba seca o por parches desnudos de roca; o me perseguían hasta las copas de los árboles, rodeando los troncos con sus grandes cuerpos brillantes, llevándome más alto y más alto o más y más lejos en ramas balanceantes y crujientes, el suelo a una distancia vertiginosa debajo de mí. ¿Serpientes?--con sus lenguas bifurcadas, sus ojos perlados y escamas relucientes, su siseo y su traqueteo--¿no las conocía ya demasiado bien en ese día de mi primer circo cuando vi al encantador de serpientes levantarlas?

Eran viejos amigos míos, más bien enemigos, que poblaban mis noches de miedo.

¡Ah, esos bosques interminables, y su lúgubre penumbra llena de horror! ¡Por cuántas eternidades he vagado por ellos, una criatura tímida y cazada, sobresaltándome al menor sonido, asustado de mi propia sombra, en tensión, siempre alerta y vigilante, listo en el acto para huir en loca carrera por mi vida. Porque era la presa de toda clase de vida feroz que habitaba el bosque, y era en éxtasis de miedo que huía ante los monstruos cazadores.

Cuando tenía cinco años fui a mi primer circo. Regresé a casa enfermo--pero no por los cacahuets y la limonada rosa. Déjenme contarles. Al entrar en la carpa de los animales, un rugido ronco sacudió el aire. Solté la mano de mi padre y corrí desenfrenado de vuelta a la entrada. Choqué con gente, me caí; y todo el tiempo estaba gritando de terror. Mi padre me atrapó y me

tranquilizó. Señaló a la multitud de personas, todas despreocupadas del ruido, y me animó con garantías de seguridad.

Sin embargo, fue con miedo y temblor, y con mucho aliento de su parte, que finalmente me acerqué a la jaula del león. Ah, lo reconocí al instante. ¡La bestia! ¡El terrible! Y en mi visión interna se destellaron los recuerdos de mis sueños,--el sol del mediodía brillando en la hierba alta, el toro salvaje pastando tranquilamente, la súbita separación de la hierba antes del rápido embate del leonado, su salto a la espalda del toro, el crujido y el bramido, y el crunch crunch de los huesos; o de nuevo, la fresca tranquilidad del abrevadero, el caballo salvaje hasta las rodillas bebiendo suavemente, y luego el leonado--¡siempre el leonado!-- el salto, el chillido y el chapoteo del caballo, y el crunch crunch de los huesos; y una vez más, el crepúsculo sombrío y el triste silencio del final del día, y luego el gran rugido de garganta llena, súbito, como una trompeta de juicio, y rápidamente tras él el chillar y castañetear de locura entre los árboles, y yo también, temblando de miedo, soy uno de los muchos chillando y castañeteando entre los árboles.

Al verlo, indefenso, dentro de las barras de su jaula, me enfurecí. Le rechiné los dientes, salté arriba y abajo, gritando una burla incoherente y haciendo caras cómicas. Él respondió, corriendo contra las barras y rugiéndome de vuelta su impotente ira. Ah, él también me conocía, y los sonidos que hacía eran los sonidos de antaño y le eran inteligibles.

Mis padres estaban asustados. "El niño está enfermo," dijo mi madre. "Está histérico," dijo mi padre. Nunca les conté, y nunca lo supieron. Ya había desarrollado la reticencia respecto a esta cualidad mía, esta semi-disociación de personalidad, como creo que estoy justificado en llamarla.

Vi al encantador de serpientes, y no vi más del circo esa noche. Me llevaron a casa, nervioso y alterado, enfermo por la invasión de mi vida real por esa otra vida de mis sueños.

He mencionado mi reticencia. Solo una vez confíé la extrañeza de todo esto a otro. Era un niño--mi amigo; y teníamos ocho años. A partir de mis sueños reconstruí para él imágenes de ese mundo desaparecido en el que creo haber vivido alguna vez. Le conté los terrores de ese tiempo temprano, de Oreja-Tajada y las bromas que jugábamos, de los consejos balbuceantes, y de la Gente del Fuego y sus lugares de acuartelamiento.

Se rió de mí, y se burló, y me contó historias de fantasmas y de los muertos que caminan por la noche. Pero, sobre todo, se rió de mi débil imaginación. Le conté más, y se rió más fuerte. Juré con toda seriedad que estas cosas eran así, y comenzó a mirarme extrañamente. Además, dio asombrosas distorsiones de mis relatos a nuestros compañeros de juegos, hasta que todos comenzaron a mirarme extrañamente.

Fue una experiencia amarga, pero aprendí mi lección. Era diferente de los demás. Era anormal con algo que no podían entender, y contarles solo causaría malentendidos. Cuando las historias de fantasmas y duendes se contaban, me mantenía callado. Sonreía para mis adentros. Pensaba en mis noches de miedo, y sabía que las mías eran las cosas reales--reales como la vida misma, no vapores atenuados y sombras supuestas.

Para mí no había terrores en la idea de espantajos y ogros malvados. La caída a través de ramas frondosas y las alturas vertiginosas; las serpientes que me atacaban mientras esquivaba y saltaba en vuelo balbuceante; los perros salvajes que me cazaban a través de los espacios abiertos hasta el bosque--estos eran terrores concretos y reales, sucesos y no imaginaciones, cosas de carne viva y de sudor y sangre. Ogros y espantajos y yo habíamos sido compañeros de cama felices, comparados con estos terrores que compartieron mi cama durante toda mi infancia, y que aún comparten mi cama, ahora, mientras escribo esto, lleno de años.

CAPÍTULO II

He dicho que en mis sueños nunca vi a un ser humano. De este hecho me di cuenta muy temprano, y sentí profundamente la falta de mi propia especie. Incluso siendo un niño muy pequeño, tenía la sensación, en medio del horror de mis sueños, de que si pudiera encontrar a un hombre, solo un ser humano, me salvaría de mis sueños, que ya no estaría rodeado de terrores que me acosaban. Este pensamiento me obsesionó cada noche de mi vida durante años--¡si tan solo pudiera encontrar a ese ser humano y salvarme!

Debo reiterar que tenía este pensamiento en medio de mis sueños, y lo tomo como una evidencia de la fusión de mis dos personalidades, como prueba de un punto de contacto entre las dos partes disociadas de mí. Mi personalidad soñadora vivía en tiempos remotos, antes de que el hombre, tal como lo conocemos, existiera; y mi otra personalidad, la del día a día, se proyectaba, en la medida del conocimiento de la existencia del hombre, en la sustancia de mis sueños.

Quizás los psicólogos del libro encontrarán defectos en mi forma de usar la frase "disociación de personalidad." Conozco su uso, pero me veo obligado a usarlo a mi manera ante la falta de una mejor frase. Me refugio en la insuficiencia del idioma inglés. Y ahora paso a la explicación de mi uso, o mal uso, de la frase.

No fue hasta que fui un joven, en la universidad, que obtuve alguna pista sobre el significado de mis sueños y la causa de ellos. Hasta ese momento, habían sido carentes de sentido y sin aparente causa. Pero en la universidad descubrí la evolución y la psicología, y aprendí la explicación de varios es-

tados y experiencias mentales extrañas. Por ejemplo, estaba el sueño de caer a través del espacio--la experiencia onírica más común, una que prácticamente todos los hombres conocen por experiencia propia.

Esto, me dijo mi profesor, era una memoria racial. Se remontaba a nuestros remotos antepasados que vivían en los árboles. Para ellos, siendo habitantes de los árboles, la posibilidad de caer era una amenaza constante. Muchos perdieron la vida de esa manera; todos ellos experimentaron caídas terribles, salvándose a sí mismos al agarrarse de las ramas mientras caían hacia el suelo.

Ahora bien, una caída terrible, evitada de tal manera, producía una conmoción. Tal conmoción producía cambios moleculares en las células cerebrales. Estos cambios moleculares se transmitían a las células cerebrales de la progenie, convirtiéndose, en resumen, en memorias raciales. Así, cuando tú y yo, dormidos o quedándonos dormidos, caemos a través del espacio y despertamos con una conciencia nauseabunda justo antes de golpear, simplemente estamos recordando lo que les sucedió a nuestros antepasados arbóreos, y que ha sido grabado por cambios cerebrales en la herencia de la raza.

No hay nada extraño en esto, tanto como no hay nada extraño en un instinto. Un instinto es simplemente un hábito que está estampado en la materia de nuestra herencia, eso es todo. Se observará, de paso, que en este sueño de caída, que es tan familiar para ti, para mí y para todos nosotros, nunca llegamos a tocar fondo. Tocar fondo sería la destrucción. Aquellos de nuestros antepasados arbóreos que tocaron fondo murieron de inmediato. Es cierto, la conmoción de su caída se comunicó a las células cerebrales, pero murieron inmediatamente, antes de poder tener progenie. Tú y yo descendemos de aquellos que no tocaron fondo; por eso tú y yo, en nuestros sueños, nunca tocamos fondo.

Y ahora llegamos a la disociación de personalidad. Nunca tenemos esta sensación de caída cuando estamos completamente despiertos. Nuestra personalidad del día a día no tiene experiencia de ello. Entonces--y aquí el argumento es irresistible--debe ser otra personalidad distinta la que cae cuando estamos dormidos, y que ha tenido experiencia de tal caída--que tiene, en resumen, una memoria de experiencias raciales pasadas, tal como nues-

tra personalidad del día a día tiene una memoria de nuestras experiencias diarias.

Fue en esta etapa de mi razonamiento que comencé a ver la luz. Y rápidamente la luz estalló sobre mí con un brillo deslumbrante, iluminando y explicando todo lo que había sido extraño y sobrenaturalmente imposible en mis experiencias oníricas. En mi sueño no era mi personalidad del día a día la que se hacía cargo de mí; era otra personalidad distinta, poseedora de un nuevo y totalmente diferente conjunto de experiencias, y, hasta el punto de mi sueño, poseedora de recuerdos de esas experiencias totalmente diferentes.

¿Qué era esta personalidad? ¿Cuándo había vivido una vida diaria en este planeta para recopilar este conjunto de experiencias extrañas? Estas eran preguntas que mis sueños mismos respondieron. Él vivía en tiempos remotos, cuando el mundo era joven, en ese período que llamamos el Pleistoceno Medio. Él caía de los árboles pero no tocaba fondo. Balbuceaba de miedo ante el rugido de los leones. Era perseguido por bestias de presa, atacado por serpientes mortales. Parloteaba con los suyos en el consejo, y recibía trato rudo a manos de la Gente del Fuego el día que huía de ellos.

Pero, escucho que objetan, ¿por qué estas memorias raciales no son nuestras también, dado que tenemos una vaga otra personalidad que cae a través del espacio mientras dormimos?

Y puedo responder con otra pregunta. ¿Por qué es un ternero de dos cabezas? Y mi propia respuesta a esto es que es un fenómeno. Y así respondo a tu pregunta. Tengo esta otra personalidad y estas memorias raciales completas porque soy un fenómeno.

Pero déjenme ser más explícito.

La memoria racial más común que tenemos es el sueño de caer a través del espacio. Esta otra personalidad es muy vaga. Casi la única memoria que tiene es la de caer. Pero muchos de nosotros tenemos otras personalidades más nítidas y distintas. Muchos de nosotros tenemos el sueño de volar, el sueño del monstruo perseguidor, sueños en colores, sueños de asfixia y sueños de reptiles y alimañas. En resumen, aunque esta otra personalidad es vestigial en todos nosotros, en algunos de nosotros está casi obliterada,

mientras que en otros de nosotros es más pronunciada. Algunos de nosotros tenemos memorias raciales más fuertes y completas que otros.

Todo es una cuestión de grado variable de posesión de la otra personalidad. En mí, el grado de posesión es enorme. Mi otra personalidad es casi igual en poder a mi propia personalidad. Y en este asunto soy, como dije, un fenómeno--un fenómeno de la herencia.

Creo firmemente que es la posesión de esta otra personalidad--aunque no tan fuerte como la mía--la que ha dado lugar en algunos pocos a la creencia en experiencias de reencarnación personal. Es muy plausible para tales personas, una hipótesis sumamente convincente. Cuando tienen visiones de escenas que nunca han visto en carne y hueso, recuerdos de actos y eventos que datan de tiempos atrás, la explicación más simple es que han vivido antes.

Pero cometen el error de ignorar su propia dualidad. No reconocen su otra personalidad. Piensan que es su propia personalidad, que solo tienen una personalidad; y desde tal premisa solo pueden concluir que han vivido vidas anteriores.

Pero están equivocados. No es reencarnación. Tengo visiones de mí mismo vagando por los bosques del Mundo Joven; y sin embargo no soy yo mismo a quien veo, sino a uno que solo remotamente es parte de mí, como mi padre y mi abuelo son partes de mí menos remotas. Este otro yo mío es un antepasado, un progenitor de mis progenitores en la línea temprana de mi raza, él mismo progenie de una línea que mucho antes de su tiempo desarrolló dedos y dedos de los pies y subió a los árboles.

Debo nuevamente, a riesgo de aburrir, repetir que soy, en esta única cosa, considerado un fenómeno. No solo poseo memoria racial en un grado enorme, sino que poseo las memorias de un progenitor particular y muy lejano. Y, sin embargo, aunque esto es muy inusual, no hay nada extremadamente notable al respecto.

Sigan mi razonamiento. Un instinto es una memoria racial. Muy bien. Entonces tú y yo y todos nosotros recibimos estas memorias de nuestros padres y madres, así como ellos las recibieron de sus padres y madres. Por lo tanto, debe haber un medio por el cual estas memorias se transmiten de generación en generación. Este medio es lo que Weismann denomina el "plas-

ma germinal." Lleva las memorias de toda la evolución de la raza. Estas memorias son tenues y confusas, y muchas de ellas se pierden. Pero algunos linajes de plasma germinal llevan una carga excesiva de memorias--son, para ser científicos, más atávicos que otros linajes; y tal linaje es el mío. Soy un fenómeno de la herencia, una pesadilla atávica--llámenme como quieran; pero aquí estoy, real y vivo, comiendo tres buenas comidas al día, ¿y qué van a hacer al respecto?

Y ahora, antes de continuar con mi relato, quiero anticiparme a los Tomases incrédulos de la psicología, que tienden a burlarse, y que de otra manera seguramente dirían que la coherencia de mis sueños se debe al estudio excesivo y la proyección subconsciente de mi conocimiento de la evolución en mis sueños. En primer lugar, nunca he sido un estudiante celoso. Me gradué al final de mi clase. Me importaban más los deportes y--no hay razón para no confesarlo--más el billar.

Además, no tenía conocimiento de la evolución hasta que estuve en la universidad, mientras que en mi infancia y juventud ya había vivido en mis sueños todos los detalles de esa otra vida de tiempos remotos. Diré, sin embargo, que estos detalles eran mixtos e incoherentes hasta que conocí la ciencia de la evolución. La evolución fue la clave. Dio la explicación, dio cordura a las travesuras de este cerebro atávico mío que, moderno y normal, se remontaba a un pasado tan remoto como para ser contemporáneo de los comienzos crudos de la humanidad.

Porque en este pasado que conozco, el hombre, tal como lo conocemos hoy, no existía. Fue en el período de su devenir que debí haber vivido y existido.

CAPÍTULO III

El sueño más común de mi primera infancia era algo así: Me parecía que era muy pequeño y que yacía acurrucado en una especie de nido de ramas y ramitas. A veces estaba acostado de espaldas. En esta posición, parecía pasar muchas horas, observando el juego de la luz del sol en el follaje y el movimiento de las hojas por el viento. A menudo el propio nido se movía de un lado a otro cuando el viento era fuerte.

Pero siempre, mientras yacía en el nido, me dominaba una tremenda sensación de espacio debajo de mí. Nunca lo veía, nunca me asomaba al borde del nido para ver; pero SABÍA y temía ese espacio que acechaba justo debajo de mí y que siempre me amenazaba como la boca de algún monstruo devorador.

Este sueño, en el que estaba quieto y que era más como una condición que una experiencia de acción, lo soñaba muy a menudo en mi primera infancia. Pero de repente, se precipitaban en medio de él formas extrañas y acontecimientos feroces, el trueno y el estruendo de la tormenta, o paisajes desconocidos que en mi vida cotidiana nunca había visto. El resultado era confusión y pesadilla. No podía comprender nada de ello. No había lógica en la secuencia.

Verán, no soñaba de manera consecutiva. Un momento era un pequeño bebé del Mundo Joven acostado en mi nido de árbol; al siguiente momento era un hombre adulto del Mundo Joven en combate con el horrendo Ojo-Rojo; y al siguiente momento estaba descendiendo cuidadosamente al abrevadero en el calor del día. Acontecimientos, separados por años en su ocu-

rrencia en el Mundo Joven, ocurrían en mí en el espacio de varios minutos o segundos.

Todo era un revoltijo, pero no les impondré ese revoltijo. No fue hasta que fui un joven y había soñado miles de veces, que todo se aclaró y se volvió claro y sencillo. Entonces fue cuando obtuve la pista del tiempo y pude juntar los eventos y acciones en su orden correcto. Así pude reconstruir el Mundo Joven desaparecido tal como era en el momento en que viví en él--o en el momento en que mi otro yo vivió en él. La distinción no importa; porque yo también, el hombre moderno, he regresado y vivido esa vida temprana en compañía de mi otro yo.

Para su conveniencia, ya que esto no será un tratado sociológico, enmarcaré los diferentes eventos en una historia comprensiva. Porque hay un cierto hilo de continuidad y acontecimientos que corre a través de todos los sueños. Está mi amistad con Oreja-Tajada, por ejemplo. También, está la enemistad de Ojo-Rojo y el amor de la Veloz. En general, una historia bastante coherente e interesante, estoy seguro de que estarán de acuerdo.

No recuerdo mucho de mi madre. Posiblemente el recuerdo más temprano que tengo de ella--y ciertamente el más nítido--es el siguiente: Me parecía que estaba acostado en el suelo. Era algo mayor que en los días del nido, pero aún indefenso. Me revolcaba entre las hojas secas, jugando con ellas y haciendo ruidos guturales y rasposos en mi garganta. El sol brillaba cálidamente y yo estaba feliz y cómodo. Estaba en un pequeño espacio abierto. A mi alrededor, por todos lados, había arbustos y helechos, y sobre mi cabeza y por todas partes estaban los troncos y ramas de los árboles del bosque.

De repente, escuché un sonido. Me senté derecho y escuché. No hice ningún movimiento. Los pequeños ruidos murieron en mi garganta, y me senté como petrificado. El sonido se acercó más. Era como el gruñido de un cerdo. Luego comencé a escuchar los sonidos causados por el movimiento de un cuerpo a través de los matorrales. Luego vi los helechos agitarse por el paso del cuerpo. Luego los helechos se separaron y vi ojos relucientes, un hocico largo y colmillos blancos.

Era un jabalí salvaje. Me miró con curiosidad. Gruñó una o dos veces y cambió su peso de una pata delantera a la otra, al mismo tiempo moviendo la cabeza de un lado a otro y balanceando los helechos. Aún me sentaba

como petrificado, mis ojos sin parpadear mientras lo miraba, el miedo comiendo en mi corazón.

Parecía que esta inmovilidad y silencio de mi parte era lo que se esperaba de mí. No debía gritar ante el miedo. Era un dictado del instinto. Y así me senté y esperé, sin saber qué. El jabalí apartó los helechos y dio un paso hacia el claro. La curiosidad se desvaneció de sus ojos, y brillaron cruelmente. Movié la cabeza hacia mí amenazadoramente y avanzó un paso. Esto lo hizo de nuevo, y una vez más.

Entonces grité... o chillé--no puedo describirlo, pero fue un grito agudo y terrible. Y parece que eso, también, en esta etapa de los acontecimientos, era lo que se esperaba de mí. Desde no muy lejos vino un grito de respuesta. Mis sonidos parecieron desconcertar momentáneamente al jabalí, y mientras él se detenía y cambiaba su peso con indecisión, una aparición irrumpió en la escena.

Era como un gran orangután, mi madre, o como un chimpancé, y sin embargo, en maneras agudas y definidas, bastante diferente. Era más corpulenta que ellos y tenía menos pelo. Sus brazos no eran tan largos, y sus piernas eran más robustas. No llevaba ropa--solo su pelo natural. Y les puedo decir que era una furia cuando estaba excitada.

Y como una furia irrumpió en la escena. Rechinaba los dientes, hacía muecas espantosas, gruñía, pronunciaba gritos agudos y continuos que sonaban como "kh-ah! kh-ah!" Su aparición fue tan repentina y formidable que el jabalí se agrupó defensivamente y se erizó mientras ella se dirigía hacia él. Luego se volvió hacia mí. Ella lo había dejado sin aliento. Sabía exactamente qué hacer en ese momento que había ganado. Salté a su encuentro, agarrándola por la cintura y sujetándome con manos y pies--sí, con mis pies; podía sujetarme con ellos tan fácilmente como con mis manos. Sentía en mi apretón tenso el tirón del pelo a medida que su piel y sus músculos se movían debajo con sus esfuerzos.

Como digo, salté a su encuentro, y en el instante ella saltó directamente en el aire, agarrando una rama colgante con sus manos. Al siguiente instante, con colmillos chocando, el jabalí pasó debajo. Se había recuperado de su sorpresa y se lanzó hacia adelante, emitiendo un chillido que era casi una trompeta. En cualquier caso, era una llamada, ya que fue seguida por el

apresuramiento de cuerpos a través de los helechos y matorrales desde todas las direcciones.

De todos lados, jabalíes salvajes irrumpieron en el espacio abierto--una veintena de ellos. Pero mi madre se balanceó sobre la parte superior de una gruesa rama, a unos tres metros del suelo, y, aún sujetándome, nos encaramos allí en seguridad. Estaba muy excitada. Parlotaba y chillaba, y regañaba al círculo erizado y rechinante de dientes que se había reunido debajo. Yo también, temblando, miraba a las bestias enfurecidas y hacía todo lo posible por imitar los gritos de mi madre.

Desde la distancia llegaron gritos similares, solo que en un tono más grave, en una especie de bajo rugiente. Estos crecieron momentáneamente más fuertes, y pronto lo vi acercándose, mi padre--al menos, por todas las evidencias de la época, me veo obligado a concluir que era mi padre.

No era un padre extremadamente atractivo, en comparación con otros padres. Parecía mitad hombre, mitad simio, y sin embargo no era un simio, y aún no era hombre. No puedo describirlo. No hay nada como él hoy en día en la tierra, debajo de la tierra ni en la tierra. Era un hombre grande en su época, y debía pesar unos sesenta kilos. Su rostro era ancho y plano, y las cejas sobresalían sobre los ojos. Los propios ojos eran pequeños, hundidos y muy juntos. Prácticamente no tenía nariz. Era aplastada y ancha, aparentemente sin ningún puente, mientras que las fosas nasales eran como dos agujeros en la cara, abriéndose hacia afuera en lugar de hacia abajo.

La frente se inclinaba hacia atrás desde los ojos, y el pelo comenzaba justo en los ojos y corría por toda la cabeza. La cabeza en sí era desmesuradamente pequeña y estaba sostenida por un cuello igualmente desmesurado, grueso y corto.

Había una economía elemental en su cuerpo--como la había en todos nuestros cuerpos. El pecho era profundo, es cierto, cavernosamente profundo; pero no había músculos prominentes, ni hombros anchos, ni rectitud de miembros, ni simetría generosa de contorno. Representaba fuerza, ese cuerpo de mi padre, fuerza sin belleza; ferocidad, fuerza primordial, hecha para agarrar y desgarrar y destruir.

Sus caderas eran delgadas; y las piernas, delgadas y peludas, eran torcidas y con músculos fibrosos. De hecho, las piernas de mi padre eran más

como brazos. Estaban retorcidas y nudosas, y con apenas semejanza del lleno y carnoso músculo de la pantorrilla que adorna tu pierna y la mía. Recuerdo que no podía caminar con la planta del pie. Esto se debía a que era un pie prensil, más parecido a una mano que a un pie. El dedo gordo, en lugar de estar en línea con los otros dedos, se oponía a ellos, como un pulgar, y su oposición a los otros dedos era lo que le permitía agarrar con el pie. Por eso no podía caminar con la planta del pie.

Pero su apariencia no era más inusual que la manera de su llegada, allí donde mi madre y yo nos encaramábamos sobre los jabalíes enfurecidos. Llegó a través de los árboles, saltando de rama en rama y de árbol en árbol; y llegó rápidamente. Puedo verlo ahora, en mi vida despierta, mientras escribo esto, balanceándose a través de los árboles, una criatura de cuatro manos, peluda, aullando de rabia, deteniéndose de vez en cuando para golpearse el pecho con el puño cerrado, saltando huecos de tres o cinco metros, agarrando una rama con una mano y balanceándose a través de otro hueco para agarrar con la otra mano y seguir adelante, sin vacilar, sin perderse en cómo proceder en su camino arbóreo.

Y mientras lo observaba, sentía en mi propio ser, en mis propios músculos, la oleada y el estremecimiento del deseo de ir saltando de rama en rama; y también sentía la garantía del poder latente en ese ser y en esos músculos míos. ¿Y por qué no? Los niños pequeños ven a sus padres balancear hachas y talar árboles, y sienten en ellos mismos que algún día también balancearán hachas y talarán árboles. Y así fue conmigo. La vida que estaba en mí estaba constituida para hacer lo que hacía mi padre, y me susurraba secretamente y con ambición sobre caminos aéreos y vuelos por el bosque.

Finalmente, mi padre se unió a nosotros. Estaba extremadamente enojado. Recuerdo la protrusión de su labio inferior sobresaliente mientras miraba con furia a los jabalíes. Gruñó algo como un perro, y recuerdo que sus colmillos eran grandes, como colmillos, y que me impresionaron tremendamente.

Su conducta solo sirvió para enfurecer más a los jabalíes. Rompió ramas y ramitas y las arrojó sobre nuestros enemigos. Incluso colgaba de una mano, provocadoramente justo fuera de su alcance, y los burlaba mientras rechinaban sus colmillos con furia impotente. No contento con esto, rompió una rama robusta y, sosteniéndose con una mano y un pie, golpeaba a las

bestias enfurecidas en los costados y las golpeaba en los hocicos. No hace falta decir que mi madre y yo disfrutábamos del espectáculo.

Pero uno se cansa de todas las cosas buenas, y al final, mi padre, riendo maliciosamente mientras tanto, lideró el camino a través de los árboles. Ahora fue cuando mis ambiciones se desvanecieron, y me volví tímido, sujetándome fuertemente a mi madre mientras ella trepaba y se balanceaba a través del espacio. Recuerdo cuando la rama se rompió con su peso. Había hecho un salto amplio, y con el chasquido de la madera me sentí abrumado por la conciencia nauseabunda de caer a través del espacio, los dos juntos. El bosque y la luz del sol en las hojas crujientes desaparecieron de mis ojos. Tuve un vislumbre desvaneciente de mi padre deteniendo abruptamente su avance para mirar, y luego todo fue oscuridad.

Al siguiente momento estaba despierto, en mi cama con sábanas, sudando, temblando, nauseado. La ventana estaba abierta, y un aire fresco soplaba por la habitación. La lámpara de noche ardía tranquilamente. Y por esto supongo que los jabalíes no nos atraparon, que nunca tocamos fondo; de lo contrario, no estaría aquí ahora, mil siglos después, para recordar el evento.

Y ahora, pónganse en mi lugar por un momento. Caminen conmigo un poco en mi tierna infancia, compartan una noche conmigo e imagínense soñando tales horrores incomprensibles. Recuerden que era un niño inexperto. Nunca había visto un jabalí en mi vida. Por lo que sé, nunca había visto un cerdo domesticado. La aproximación más cercana a uno que había visto era el tocino del desayuno chisporroteando en su grasa. Y sin embargo, aquí, tan real como la vida, jabalíes salvajes irrumpían en mis sueños, y yo, con padres fantásticos, me balanceaba a través de los elevados espacios de los árboles.

¿Se sorprenden de que estuviera asustado y oprimido por mis noches llenas de pesadillas? Estaba maldito. Y, lo peor de todo, tenía miedo de contar. No sé por qué, excepto que tenía una sensación de culpa, aunque no sabía mejor de qué era culpable. Así fue, durante largos años, que sufrí en silencio, hasta que llegué a la edad adulta y aprendí el porqué y el cómo de mis sueños.

CAPÍTULO IV

Hay una cosa desconcertante acerca de estos recuerdos prehistóricos míos. Es la vaguedad del elemento temporal. No siempre sé el orden de los acontecimientos; o puedo decir, entre algunos eventos, si han pasado uno, dos, o cuatro o cinco años. Solo puedo decir aproximadamente el paso del tiempo juzgando los cambios en la apariencia y las actividades de mis compañeros.

Además, puedo aplicar la lógica de los eventos a los diversos acontecimientos. Por ejemplo, no hay duda alguna de que mi madre y yo fuimos trepados por los jabalíes salvajes y huimos y caímos en los días antes de que conociera a Oreja-Tajada, quien se convirtió en lo que puedo llamar mi amigo de la infancia. Y es igual de concluyente que entre estos dos períodos debí haber dejado a mi madre.

No tengo más recuerdos de mi padre que el que he dado. Nunca, en los años que siguieron, volvió a aparecer. Y por mi conocimiento de la época, la única explicación posible es que pereció poco después de la aventura con los jabalíes salvajes. Que debió ser un final prematuro, no hay discusión. Estaba en plena vigencia, y solo una muerte súbita y violenta podría haberlo llevado. Pero no sé la forma en que se fue; si se ahogó en el río, o fue tragado por una serpiente, o terminó en el estómago del viejo Diente de Sable, el tigre, está más allá de mi conocimiento.

Porque sepa que solo recuerdo las cosas que vi yo mismo, con mis propios ojos, en esos días prehistóricos. Si mi madre sabía del fin de mi padre, nunca me lo dijo. De hecho, dudo que tuviera un vocabulario adecuado para

transmitir tal información. Quizás, en total, la Gente de esa época tenía un vocabulario de treinta o cuarenta sonidos.

Los llamo SONIDOS, en lugar de PALABRAS, porque sonidos eran principalmente. No tenían valores fijos, para ser alterados por adjetivos y adverbios. Estos últimos eran herramientas del habla aún no inventadas. En lugar de calificar sustantivos o verbos mediante el uso de adjetivos y adverbios, calificábamos los sonidos por la entonación, mediante cambios en la cantidad y el tono, retardando y acelerando. La longitud de tiempo empleada en la pronunciación de un sonido particular matizaba su significado.

No teníamos conjugación. Se juzgaba el tiempo por el contexto. Hablábamos solo de cosas concretas porque solo pensábamos en cosas concretas. Además, dependíamos en gran medida del pantomima. La abstracción más simple estaba prácticamente fuera de nuestro pensamiento; y cuando alguien pensaba en una, le era difícil comunicarla a sus compañeros. No había sonidos para ello. Estaba presionando más allá de los límites de su vocabulario. Si inventaba sonidos para ello, sus compañeros no entendían los sonidos. Entonces recurría al pantomima, ilustrando el pensamiento siempre que fuera posible y al mismo tiempo repitiendo el nuevo sonido una y otra vez.

Así creció el lenguaje. Con los pocos sonidos que poseíamos, podíamos pensar un poco más allá de esos sonidos; luego surgía la necesidad de nuevos sonidos para expresar el nuevo pensamiento. Sin embargo, a veces pensábamos demasiado lejos en avance de nuestros sonidos, logrando abstraer (débiles, lo admito), las cuales fallaban completamente en hacerse comprender por otros. Después de todo, el lenguaje no creció rápido en esos días.

Oh, créanme, éramos increíblemente simples. Pero sabíamos muchas cosas que hoy no se saben. Podíamos mover nuestras orejas, erguirlas y aplanarlas a voluntad. Y podíamos rascarnos entre los hombros con facilidad. Podíamos lanzar piedras con los pies. Lo he hecho muchas veces. Y, de hecho, podía mantener las rodillas rectas, inclinarme hacia adelante desde las caderas y tocar, no las puntas de mis dedos, sino las puntas de mis codos, al suelo. Y en cuanto a anidar aves--bueno, solo desearía que el niño del siglo XX pudiera vernos. Pero no hacíamos colecciones de huevos. Nos los comíamos.

Recuerdo--pero me adelanto en mi historia. Primero, déjenme contarles sobre Oreja-Tajada y nuestra amistad. Muy temprano en mi vida, me separé de mi madre. Posiblemente esto fue porque, después de la muerte de mi padre, ella se tomó un segundo marido. Tengo pocos recuerdos de él, y no son de los mejores. Era un tipo ligero. No tenía solidez. Era demasiado locuaz. Sus infernales charlas me molestan incluso ahora al pensarlo. Su mente era demasiado intrascendente para permitirle tener un propósito. Los monos en sus jaulas siempre me recuerdan a él. Era simiesco. Esa es la mejor descripción que puedo darle.

Me odió desde el principio. Y rápidamente aprendí a tenerle miedo y a sus travesuras maliciosas. Cada vez que aparecía a la vista, me acercaba a mi madre y me aferraba a ella. Pero estaba creciendo todo el tiempo, y era inevitable que de vez en cuando me alejara de ella, y me alejara más y más. Y estas eran las oportunidades que el Charlatán esperaba. (Debo explicar que no llevábamos nombres en esos días; no nos conocíamos por ningún nombre. Por conveniencia, he dado nombres a los diversos miembros de la Gente con los que tuve más contacto, y el "Charlatán" es la descripción más adecuada que puedo encontrar para ese precioso padrastro mío. En cuanto a mí, me he nombrado "Diente Grande." Mis dientes caninos eran notablemente grandes.)

Pero volvamos al Charlatán. Él me aterrorizaba persistentemente. Siempre me pellizcaba y me daba bofetadas, y en ocasiones no tenía reparo en morderme. A menudo mi madre intervenía, y la forma en que hacía volar su pelo era un placer de ver. Pero el resultado de todo esto era una hermosa y continua disputa familiar, en la que yo era el motivo de contención.

No, mi vida hogareña no era feliz. Sonríe para mí mismo mientras escribo la frase. ¡Vida hogareña! ¡Hogar! No tenía un hogar en el sentido moderno del término. Mi hogar era una asociación, no una habitación. Vivía bajo el cuidado de mi madre, no en una casa. Y mi madre vivía en cualquier lugar, siempre y cuando cuando llegara la noche estuviera por encima del suelo.

Mi madre era chapada a la antigua. Aún se aferraba a sus árboles. Es cierto que los miembros más progresistas de nuestra horda vivían en las cuevas sobre el río. Pero mi madre era suspicaz y poco progresista. Los árboles eran suficientes para ella. Por supuesto, teníamos un árbol particular

en el que solíamos descansar, aunque a menudo descansábamos en otros árboles cuando nos sorprendía el anochecer. En una horquilla conveniente había una especie de plataforma rudimentaria de ramitas y ramas y enredaderas. Era más como un enorme nido de pájaro que cualquier otra cosa, aunque era mil veces más rudimentario en el tejido que cualquier nido de pájaro. Pero tenía una característica que nunca he visto en ningún nido de pájaro, a saber, un techo.

¡Oh, no un techo como el que hace el hombre moderno! Ni un techo como el que hacen los aborígenes más primitivos de hoy. Era infinitamente más torpe que el trabajo más torpe de un hombre--del hombre tal como lo conocemos. Estaba armado de una manera casual y desordenada. Sobre la horquilla del árbol en la que descansábamos había una pila de ramas muertas y maleza. Cuatro o cinco horquillas adyacentes sostenían lo que podría llamar las vigas. Estas eran simplemente palos robustos de una pulgada o así de diámetro. Sobre ellas descansaban las ramas y maleza. Parecían haber sido arrojadas casi sin propósito. No había intento de cubrirlas. Y debo confesar que el techo goteaba miserablemente en una lluvia fuerte.

Pero el Charlatán. Hizo de la vida hogareña una carga tanto para mi madre como para mí--y por vida hogareña me refiero, no al nido con goteras en el árbol, sino a la vida en grupo de los tres. Era muy malicioso en su persecución hacia mí. Ese era el único propósito al que se aferraba constantemente por más de cinco minutos. Además, con el paso del tiempo, mi madre era menos entusiasta en su defensa de mí. Creo que, debido a las continuas disputas levantadas por el Charlatán, debí haberme convertido en una molestia para ella. En cualquier caso, la situación fue de mal en peor tan rápidamente que pronto, por mi propia voluntad, habría dejado el hogar. Pero la satisfacción de realizar un acto tan independiente me fue negada. Antes de estar listo para irme, fui expulsado. Y quiero decir esto literalmente.

La oportunidad se le presentó al Charlatán un día cuando estaba solo en el nido. Mi madre y el Charlatán se habían ido juntos hacia el pantano de arándanos. Debió haber planeado todo, porque lo oí regresar solo a través del bosque, rugiendo con una furia autoinducida mientras venía. Como todos los hombres de nuestra horda, cuando estaban enojados o trataban de enfurecerse, se detenía de vez en cuando para golpear su pecho con el puño.

Me di cuenta de la impotencia de mi situación y me acurruqué temblando en el nido. El Charlatán llegó directamente al árbol--recuerdo que era un roble--y comenzó a trepar. Y nunca dejó de hacer ruido en ningún momento. Como he dicho, nuestro lenguaje era extremadamente limitado, y debió haberlo forzado por la variedad de formas en que me informó de su odio eterno hacia mí y de su intención allí y entonces de resolver las cosas conmigo.

Mientras trepaba a la horquilla, huí por la gran rama horizontal. Me siguió, y yo continué avanzando, más y más lejos. Finalmente, estaba entre las pequeñas ramitas y hojas. El Charlatán siempre fue un cobarde, y mayor siempre que cualquier ira que pudiera lograr era su cautela. Tenía miedo de seguirme entre las hojas y ramitas. De hecho, su mayor peso lo habría hecho caer a través del follaje antes de llegar a mí.

Pero no era necesario que me alcanzara, y bien lo sabía, ¡el sinvergüenza! Con una expresión malévola en su rostro, sus ojos brillando con cruel inteligencia, comenzó a balancearse. ¡Balanceándose!--y conmigo en el mismo borde de la rama, aferrándome a las ramitas que se rompían continuamente con mi peso. Veinte pies debajo de mí estaba el suelo.

Cada vez más salvajemente se balanceaba, sonriéndome con odio triunfal. Entonces llegó el final. Todos mis puntos de apoyo se rompieron al mismo tiempo, y caí, de espaldas, mirándolo, mis manos y pies aún agarrando las ramitas rotas. Por suerte, no había jabalíes salvajes debajo de mí, y mi caída fue amortiguada por los matorrales duros y elásticos.

Por lo general, mis caídas destruyen mis sueños, el choque nervioso es suficiente para atravesar los mil siglos en un instante y lanzarme completamente despierto a mi pequeña cama, donde, quizás, yacía sudando y temblando y escuchaba el reloj de cuco llamando la hora en el pasillo. Pero este sueño de dejar el hogar lo he tenido muchas veces, y nunca me ha despertado. Siempre me estrello, chillando, a través de los matorrales y acabo con un golpe en el suelo.

Arañado y magullado y gimoteando, yacía donde había caído. Mirando a través de los matorrales, podía ver al Charlatán. Había comenzado un canto demoníaco de alegría y marcaba el tiempo con su balanceo. Rápidamente callé mis gemidos. Ya no estaba en la seguridad de los árboles, y sabía el

peligro que corría de atraer a los animales cazadores con una expresión demasiado audible de mi dolor.

Recuerdo, mientras mis sollozos disminuían, que me interesé en observar los efectos de luz extraños producidos al abrir y cerrar parcialmente mis párpados empapados de lágrimas. Luego comencé a investigar y descubrí que no estaba tan gravemente dañado por mi caída. Había perdido algo de pelo y piel, aquí y allá; el extremo afilado y dentado de una rama rota se había clavado completamente una pulgada en mi antebrazo; y mi cadera derecha, que había soportado el impacto de mi contacto con el suelo, dolía intolerablemente. Pero estos, después de todo, eran solo heridas menores. No tenía huesos rotos, y en esos días la carne del hombre tenía mejores cualidades curativas que hoy. Sin embargo, fue una caída severa, ya que cojeé con mi cadera lesionada durante una semana después.

Luego, mientras yacía en los matorrales, me invadió un sentimiento de desolación, una conciencia de que no tenía hogar. Decidí no regresar nunca a mi madre y al Charlatán. Iría lejos a través del terrible bosque y encontraría algún árbol para mí en el cual descansar. En cuanto a la comida, sabía dónde encontrarla. Al menos durante el último año no había dependido de mi madre para alimentarme. Todo lo que ella me había proporcionado era protección y guía.

Me arrastré suavemente fuera de los matorrales. Una vez miré hacia atrás y vi al Charlatán aún cantando y balanceándose. No era una vista agradable. Sabía bastante bien cómo ser cauteloso, y fui extremadamente cuidadoso en este mi primer viaje en el mundo.

No pensé en absoluto hacia dónde iba. Solo tenía un propósito, y era ir más allá del alcance del Charlatán. Trepé a los árboles y vagué entre ellos durante horas, pasando de árbol en árbol y nunca tocando el suelo. Pero no iba en ninguna dirección particular, ni viajaba de manera constante. Era mi naturaleza, como era la naturaleza de todos los de mi gente, ser intrascendente. Además, era solo un niño, y me detenía mucho a jugar en el camino.

Los eventos que me ocurrieron al dejar el hogar son muy vagos en mi mente. Mis sueños no los cubren. Mucho ha olvidado mi otro yo, y particularmente en este mismo período. Tampoco he podido armar los diversos sueños para llenar el vacío entre mi partida del árbol-hogar y mi llegada a las cuevas.

Recuerdo que varias veces llegué a espacios abiertos. Estos los cruzaba con gran temor, descendiendo al suelo y corriendo a toda velocidad. Recuerdo que hubo días de lluvia y días de sol, por lo que debí haber vagado solo durante bastante tiempo. Especialmente sueño con mi miseria bajo la lluvia, y con mis sufrimientos por el hambre y cómo los aplacaba. Una impresión muy fuerte es de cazar pequeños lagartos en la cima rocosa de una colina abierta. Se metían bajo las rocas y la mayoría escapaba; pero ocasionalmente levantaba una piedra y atrapaba uno. Fui asustado de esta colina por serpientes. No me persiguieron. Simplemente estaban tomando el sol sobre rocas planas. Pero tal era mi miedo heredado hacia ellas que huí tan rápido como si me persiguieran.

Luego roí corteza amarga de árboles jóvenes. Recuerdo vagamente comer muchas nueces verdes, con cáscaras suaves y núcleos lechosos. Y recuerdo con mayor claridad sufrir un dolor de estómago. Puede haber sido causado por las nueces verdes, y tal vez por los lagartos. No lo sé. Pero sí sé que tuve suerte de no ser devorado durante las varias horas que estuve retorcido en el suelo con el cólico.

CAPÍTULO V

Mi visión de la escena llegó abruptamente, cuando salí del bosque. Me encontré en el borde de un gran espacio despejado. A un lado de este espacio se levantaban altos acantilados. Al otro lado estaba el río. La ribera descendía abruptamente hacia el agua, pero aquí y allá, en varios lugares, donde en algún momento habían ocurrido deslizamientos de tierra, había caminos. Estos eran los lugares de bebida de la Gente que vivía en las cuevas.

Y este era el lugar principal de residencia de la Gente con la que me había encontrado por casualidad. Este era, puedo decir, estirando la palabra, el pueblo. Mi madre, el Charlatán y yo, y algunos otros cuerpos simples, éramos lo que podría llamarse residentes suburbanos. Éramos parte de la horda, aunque vivíamos a cierta distancia de ella. Solo era una corta distancia, aunque me había tomado, debido a mi deambular, toda una semana llegar. Si hubiera venido directamente, podría haber hecho el viaje en una hora.

Pero volvamos. Desde el borde del bosque vi las cuevas en el acantilado, el espacio abierto y los caminos hacia los lugares de bebida. Y en el espacio abierto vi a muchos de la Gente. Había estado deambulando, solo y siendo un niño, durante una semana. Durante ese tiempo no había visto a ninguno de mi especie. Había vivido en terror y desolación. Y ahora, al ver a los de mi especie, me sentí abrumado de alegría y corrí salvajemente hacia ellos.

Entonces ocurrió algo extraño. Alguien de la Gente me vio y emitió un grito de advertencia. Al instante, gritando de miedo y pánico, la Gente huyó. Saltando y trepando sobre las rocas, se lanzaron a las bocas de las cuevas y desaparecieron... todos menos uno, un pequeño bebé, que había

sido dejado en la emoción cerca de la base del acantilado. Estaba llorando lastimosamente. Su madre salió corriendo; él se lanzó a su encuentro y se aferró firmemente mientras ella se apresuraba de vuelta a la cueva.

Estaba completamente solo. El populoso espacio abierto de repente se había quedado desierto. Me senté desolado y gimoteé. No podía entender. ¿Por qué había huido la Gente de mí? Más tarde, cuando llegué a conocer sus costumbres, aprendí. Cuando me vieron salir del bosque a toda velocidad, concluyeron que me perseguía algún animal cazador. Con mi aproximación intempestiva, los había asustado.

Mientras me sentaba y miraba las bocas de las cuevas, me di cuenta de que la Gente me estaba observando. Pronto comenzaron a asomar sus cabezas. Poco después comenzaron a llamarse unos a otros. En la prisa y confusión había sucedido que no todos habían llegado a sus propias cuevas. Algunos de los jóvenes habían buscado refugio en otras cuevas. Las madres no los llamaban por nombre, porque eso era una invención que aún no habíamos hecho. Todos eran anónimos. Las madres emitían gritos ansiosos y quejumbrosos, que eran reconocidos por los jóvenes. Así, si mi madre hubiera estado allí llamándome, habría reconocido su voz entre las voces de mil madres, y de la misma manera ella habría reconocido la mía entre mil.

Este llamado de ida y vuelta continuó por algún tiempo, pero eran demasiado cautelosos para salir de sus cuevas y descender al suelo. Finalmente, uno salió. Estaba destinado a jugar un gran papel en mi vida, y, de hecho, ya jugaba un gran papel en las vidas de todos los miembros de la horda. Era a quien llamaré Ojo-Rojo en las páginas de esta historia--llamado así por sus ojos inflamados, cuyos párpados siempre estaban rojos, y, por el efecto peculiar que producían, parecían anunciar la terrible ferocidad de él. El color de su alma era rojo.

Era un monstruo en todos los sentidos. Físicamente era un gigante. Debía pesar unos setenta y siete kilos. Era el más grande de nuestra especie que jamás vi. Ni siquiera vi a uno de la Gente del Fuego tan grande como él, ni a uno de la Gente del Árbol. A veces, cuando en los periódicos encuentro descripciones de nuestros modernos luchadores y boxeadores, me pregunto qué oportunidad habrían tenido los mejores de ellos contra él.

Me temo que no mucha oportunidad. Con un solo agarre de sus dedos de hierro y un tirón, podría haber arrancado un músculo, digamos un bíceps, de

raíz, completamente fuera de sus cuerpos. Un golpe de revés de su puño podría haber aplastado sus cráneos como cáscaras de huevo. Con un barrido de sus pies malvados (o manos traseras) podría haberlos destripado. Una torsión podría haberles roto el cuello, y sé que con un solo mordisco de sus mandíbulas podría haber perforado, al mismo tiempo, la gran vena de la garganta por delante y la médula espinal por detrás.

Podía saltar seis metros horizontalmente desde una posición sentada. Estaba abominablemente peludo. Era una cuestión de orgullo para nosotros no ser muy peludos. Pero él estaba cubierto de pelo por todas partes, en el interior de los brazos así como en el exterior, e incluso en las orejas. Los únicos lugares donde no le crecía pelo eran las palmas de las manos y los pies y debajo de los ojos. Era terriblemente feo, su boca feroz y sonriente y su enorme labio inferior colgante estaban en armonía con sus terribles ojos.

Este era Ojo-Rojo. Y con gran precaución salió de su cueva y descendió al suelo. Ignorándome, procedió a hacer un reconocimiento. Se inclinaba hacia adelante desde las caderas mientras caminaba; y tan hacia adelante se inclinaba, y tan largos eran sus brazos, que con cada paso tocaba los nudillos de sus manos al suelo a ambos lados de él. Era torpe en la posición semi-erecta de caminar que asumía, y realmente tocaba los nudillos al suelo para equilibrarse. ¡Pero oh, les digo que podía correr a cuatro patas! Ahora, esto era algo en lo que éramos particularmente torpes. Además, era raro entre nosotros encontrar a alguien que se equilibrara con los nudillos al caminar. Tal individuo era un atavismo, y Ojo-Rojo era un atavismo aún mayor.

Eso es lo que era--un atavismo. Estábamos en el proceso de cambiar nuestra vida en los árboles por la vida en el suelo. Durante muchas generaciones habíamos estado pasando por este cambio, y nuestros cuerpos y porte habían cambiado igualmente. Pero Ojo-Rojo había revertido al tipo más primitivo de habitante de los árboles. Por fuerza, porque había nacido en nuestra horda, se quedó con nosotros; pero en realidad era un atavismo y su lugar estaba en otro lado.

Muy circunspecto y muy alerta, se movía aquí y allá por el espacio abierto, mirando a través de las vistas entre los árboles y tratando de vislumbrar al animal cazador que todos sospechaban me había perseguido. Y mientras hacía esto, sin prestarme atención, la Gente se apiñaba en las bocas de las cuevas y observaba.

Al final evidentemente decidió que no había peligro acechando. Regresaba desde la cabecera del camino, desde donde había echado un vistazo al lugar de bebida. Su curso lo trajo cerca, pero aún no me notó. Siguió su camino casualmente hasta estar a mi altura, y entonces, sin advertencia y con increíble rapidez, me dio un bofetón en la cabeza. Fui derribado al menos tres metros antes de caer al suelo, y recuerdo, medio aturdido, incluso mientras se daba el golpe, escuchar el alboroto salvaje de cacareos y risas estridentes que se levantaron desde las cuevas. Fue una gran broma--al menos en esa época; y la Gente lo apreció de todo corazón.

Así fui recibido en la horda. Ojo-Rojo no me prestó más atención, y tuve la libertad de gimotear y sollozar a mi antojo. Varias de las mujeres se acercaron curiosamente a mí, y las reconocí. Las había encontrado el año anterior cuando mi madre me había llevado a los cañones de avellanas.

Pero rápidamente me dejaron solo, siendo reemplazadas por una docena de jóvenes curiosos y burlones. Formaron un círculo a mi alrededor, señalándome con los dedos, haciendo muecas y pinchándome y pellizcándome. Estaba asustado, y por un tiempo los soporté, luego la ira se apoderó de mí y salté con uñas y dientes sobre el más audaz de ellos--ningún otro que Oreja-Tajada. Lo he nombrado así porque solo podía erguir una de sus orejas. La otra oreja siempre colgaba flácida y sin movimiento. Algún accidente había dañado los músculos y lo había privado de su uso.

Se cerró conmigo, y nos atacamos como un par de niños pequeños peleando. Nos arañamos y mordimos, tiramos del pelo, nos agarramos y nos tiramos al suelo. Recuerdo que logré ponerle lo que en mis días de universidad aprendí que se llama medio Nelson. Este agarre me dio una ventaja decisiva. Pero no lo disfruté por mucho tiempo. Él torció una pierna y, con el pie (o mano trasera), hizo un ataque tan salvaje contra mi abdomen que amenazó con destriparme. Tuve que soltarlo para salvarme, y luego volvimos a atacarnos.

Oreja-Tajada era un año mayor que yo, pero yo estaba varias veces más enfadado que él, y al final huyó. Lo perseguí a través del espacio abierto y bajé por un camino hacia el río. Pero él conocía mejor la localidad y corrió a lo largo del borde del agua y subió por otro camino. Cruzó diagonalmente el espacio abierto y se precipitó hacia una cueva de boca ancha.

Antes de darme cuenta, me había lanzado tras él en la oscuridad. El siguiente momento estaba terriblemente asustado. Nunca antes había estado en una cueva. Comencé a gimotear y a llorar. Oreja-Tajada charloteó burlescamente a mi alrededor y, saltando sobre mí sin ser visto, me derribó. Sin embargo, no se arriesgó a un segundo encuentro y se marchó. Estaba entre él y la entrada, y no pasó por mi lado; sin embargo, parecía haberse ido. Escuché, pero no pude obtener ninguna pista sobre dónde estaba. Esto me desconcertó, y cuando regresé afuera me senté a observar.

Nunca salió de la entrada, de eso estaba seguro; pero al cabo de varios minutos, se reía junto a mi codo. Nuevamente corrí tras él, y nuevamente corrió hacia la cueva; pero esta vez me detuve en la entrada. Retrocedí un poco y observé. No salió, pero, como antes, se reía junto a mi codo y fue perseguido por mí una tercera vez hacia la cueva.

Esta actuación se repitió varias veces. Luego lo seguí dentro de la cueva, donde lo busqué en vano. Estaba curioso. No podía entender cómo me eludía. Siempre entraba en la cueva, nunca salía de ella, pero siempre llegaba junto a mi codo y se burlaba de mí. Así, nuestra pelea se transformó en un juego de escondite.

Toda la tarde, con intervalos ocasionales, seguimos así, y surgió entre nosotros un espíritu juguetón y amistoso. Al final, no huyó de mí, y nos sentamos juntos con los brazos alrededor del otro. Un poco más tarde, él reveló el misterio de la cueva de boca ancha. Sosteniéndome de la mano, me condujo adentro. Se conectaba por una estrecha grieta con otra cueva, y fue a través de esta que volvimos a salir al aire libre.

Ahora éramos buenos amigos. Cuando los otros jóvenes se reunieron alrededor para molestarme, se unió a mí para atacarlos; y tan ferozmente nos comportamos que no pasó mucho tiempo antes de que me dejaran en paz. Oreja-Tajada me hizo conocer el pueblo. Había poco que pudiera decirme sobre las condiciones y costumbres--no tenía el vocabulario necesario; pero al observar sus acciones aprendí mucho, y también me mostró lugares y cosas.

Me llevó al espacio abierto, entre las cuevas y el río, y al bosque más allá, donde, en un lugar cubierto de hierba entre los árboles, comimos zanahorias con raíces fibrosas. Después de eso, bebimos bien en el río y comenzamos a subir por el camino hacia las cuevas.

Fue en el camino que volvimos a encontrarnos con Ojo-Rojo. Lo primero que supe fue que Oreja-Tajada se había encogido a un lado y se agachaba contra la orilla. Natural e involuntariamente, lo imité. Entonces fue cuando miré para ver la causa de su miedo. Era Ojo-Rojo, pavoneándose por el centro del camino y frunciendo el ceño ferozmente con sus ojos inflamados. Noté que todos los jóvenes se encogían de él como lo habíamos hecho nosotros, mientras los adultos lo miraban con ojos cautelosos cuando se acercaba y se apartaban para darle el centro del camino.

Al caer el crepúsculo, el espacio abierto se quedó desierto. La Gente buscaba la seguridad de las cuevas. Oreja-Tajada nos llevó a la cama. Subimos por el acantilado, más alto que todas las otras cuevas, hasta una pequeña grieta que no se podía ver desde el suelo. En esta se metió Oreja-Tajada. Lo seguí con dificultad, tan estrecha era la entrada, y me encontré en una pequeña cámara de roca. Era muy baja--no más de medio metro de altura, y posiblemente un metro por metro veinte de ancho y largo. Aquí, acurrucados juntos en los brazos del otro, pasamos la noche durmiendo.

CAPÍTULO VI

Mientras los más valientes de los jóvenes jugaban dentro y fuera de las cuevas de boca ancha, pronto aprendí que tales cuevas estaban desocupadas. Nadie dormía en ellas por la noche. Solo se usaban las cuevas de boca estrecha, cuanto más estrecha mejor. Esto era por miedo a los animales depredadores que hacían de la vida una carga para nosotros en esos días y noches.

La primera mañana, después de mi noche de sueño con Oreja-Tajada, aprendí la ventaja de las cuevas de boca estrecha. Apenas amanecía cuando el viejo Dientes de Sable, el tigre, caminó hacia el espacio abierto. Dos de la Gente ya estaban despiertos. Se lanzaron corriendo. No sé si estaban presas del pánico, o si él estaba demasiado cerca de ellos para intentar trepar el acantilado hasta las grietas, pero en cualquier caso se precipitaron hacia la cueva de boca ancha donde Oreja-Tajada y yo habíamos jugado la tarde anterior.

No había manera de saber lo que ocurrió dentro, pero es justo concluir que los dos miembros de la Gente se deslizaron a través de la grieta que conectaba con la otra cueva. Esta grieta era demasiado pequeña para permitir el paso de Dientes de Sable, y salió por donde había entrado, insatisfecho y enojado. Era evidente que su cacería nocturna no había tenido éxito y que esperaba hacer una comida con nosotros. Vio a los dos miembros de la Gente en la otra boca de la cueva y se lanzó hacia ellos. Por supuesto, se deslizaron a través del pasaje hacia la primera cueva. Salió más furioso que nunca, gruñendo.

El pandemonio estalló entre el resto de nosotros. A lo largo y ancho del gran acantilado, nos amontonamos en las grietas y salientes exteriores, todos parloteando y chillando en mil tonos. Y todos hacíamos caras--caras de gruñidos; esto era un instinto en nosotros. Estábamos tan enfurecidos como Dientes de Sable, aunque nuestra ira estaba aliada con el miedo. Recuerdo que yo gritaba y hacía muecas como los mejores. No solo seguían el ejemplo, sino que sentía el impulso desde dentro de mí para hacer lo mismo que ellos. Mi pelo se erizaba, y estaba convulsionado con una rabia feroz e irracional.

Durante un tiempo, el viejo Dientes de Sable continuó entrando y saliendo primero de una cueva y luego de la otra. Pero los dos miembros de la Gente simplemente se deslizaban de un lado a otro a través de la grieta conectada y lo eludían. Mientras tanto, el resto de nosotros en el acantilado comenzamos a actuar. Cada vez que aparecía afuera, lo bombardeábamos con piedras. Al principio simplemente las dejábamos caer sobre él, pero pronto comenzamos a lanzarlas con la fuerza adicional de nuestros músculos.

Este bombardeo atrajo la atención de Dientes de Sable hacia nosotros y lo enfureció aún más. Abandonó su persecución de los dos miembros de la Gente y se lanzó hacia el acantilado hacia nosotros, arañando la roca desmoronada y gruñendo mientras avanzaba hacia arriba. Ante esta vista espantosa, el último de nosotros buscó refugio dentro de nuestras cuevas. Sé esto porque asomé la cabeza y vi todo el acantilado desierto, excepto por Dientes de Sable, que había perdido el equilibrio y estaba deslizando y cayendo.

Grité el grito de aliento, y nuevamente el acantilado se cubrió con la horda chillona y las piedras caían más rápido que nunca. Dientes de Sable estaba frenético de rabia. Una y otra vez atacó el acantilado. Una vez incluso alcanzó las primeras entradas de las grietas antes de retroceder, pero no pudo forzar su entrada. Con cada embestida que hacía, olas de miedo nos invadían. Al principio, en esos momentos, la mayoría de nosotros nos metíamos dentro; pero algunos permanecían afuera para golpearlo con piedras, y pronto todos nos quedábamos afuera y continuábamos con la andanada.

Nunca una criatura tan maestra fue tan completamente desconcertada. Le dolía terriblemente su orgullo, ser así engañado por la pequeña y tierna

Gente. Se paró en el suelo y nos miró, gruñendo, moviendo la cola, mordiendo las piedras que caían cerca de él. Una vez lancé una piedra, y justo en el momento adecuado, él levantó la vista. Le dio de lleno en la punta de la nariz, y se elevó en el aire, con las cuatro patas, rugiendo y maullando, debido al dolor y la sorpresa.

Estaba vencido y lo sabía. Recuperando su dignidad, salió solemnemente de debajo de la lluvia de piedras. Se detuvo en el medio del espacio abierto y nos miró de nuevo, deseoso y hambriento. Odiaba renunciar a la comida, y éramos solo carne, acorralada pero inaccesible. Esta vista de él nos hizo reír. Nos reímos burlescamente y ruidosamente, todos nosotros. Ahora los animales no gustan de la burla. Que se rían de ellos los enfurece. Y de tal manera nuestra risa afectó a Dientes de Sable. Se volvió con un rugido y cargó contra el acantilado nuevamente. Esto era lo que queríamos. La pelea se había convertido en un juego, y nos deleitábamos enormemente en lanzarle piedras.

Pero este ataque no duró mucho. Rápidamente recuperó su sentido común, y además, nuestros proyectiles dolían mucho. Vivamente recuerdo la visión de uno de sus ojos abultados, casi cerrado por una de las piedras que habíamos lanzado. Y vívidamente retengo la imagen de él mientras se encontraba al borde del bosque, donde finalmente se había retirado. Nos miraba de nuevo, sus labios retorcidos se levantaban hasta las raíces mismas de sus enormes colmillos, su pelo erizado y su cola moviéndose. Emitió un último gruñido y desapareció de la vista entre los árboles.

Y entonces, subió un gran parloteo. Salimos en masa de nuestros agujeros, examinando las marcas que sus garras habían dejado en la roca desmoronada del acantilado, todos hablando a la vez. Uno de los dos miembros de la Gente que habían quedado atrapados en la cueva doble era medio crecido, mitad niño y mitad joven. Salieron orgullosos de su refugio, y los rodeamos en una multitud admiradora. Entonces la madre del joven irrumpió y se abalanzó sobre él en un tremendo ataque de furia, dándole bofetadas en las orejas, tirándole del pelo y chillando como un demonio. Era una mujer grande y fornida, muy peluda, y la paliza que le dio fue un deleite para la horda. Rugimos de risa, agarrándonos unos a otros o rodando por el suelo en nuestro júbilo.

A pesar del reino de terror bajo el cual vivíamos, la Gente siempre fue muy risueña. Teníamos sentido del humor. Nuestra alegría era gargantuesca. Nunca se contenía. No había nada a medias en ella. Cuando algo era divertido, nos convulsionábamos con la apreciación de ello, y las cosas más simples y crudas nos parecían graciosas. Oh, éramos grandes risueños, se los puedo asegurar.

La forma en que habíamos tratado a Dientes de Sable era la forma en que tratábamos a todos los animales que invadían el pueblo. Manteníamos nuestros caminos y lugares de bebida para nosotros mismos haciendo la vida miserable para los animales que invadían o se extraviaban en nuestro territorio inmediato. Incluso a los animales cazadores más feroces los molestábamos tanto que aprendían a dejar nuestros lugares en paz. No éramos luchadores como ellos; éramos astutos y cobardes, y fue debido a nuestra astucia y cobardía, y nuestra capacidad inmoderada para el miedo, que sobrevivimos en ese entorno terriblemente hostil del Mundo Joven.

Oreja-Tajada, calculo, era un año mayor que yo. Cuál era su historia pasada, no tenía forma de decírmelo, pero como nunca vi nada de su madre, creía que era huérfano. Después de todo, los padres no contaban en nuestra horda. El matrimonio estaba aún en un estado rudimentario, y las parejas tenían una manera de pelear y separarse. El hombre moderno, con su institución del divorcio, hace lo mismo legalmente. Pero no teníamos leyes. Todo lo que seguíamos era la costumbre, y nuestra costumbre en este asunto particular era bastante promiscuo.

Sin embargo, como mostraré esta narrativa más adelante, traíamos destellos de la monogamia que más tarde daría poder y haría fuertes a las tribus que la adoptaron. Además, incluso en el momento en que nací, había varias parejas fieles que vivían en los árboles cerca de mi madre. Vivir en el centro de la horda no conducía a la monogamia. Fue por esta razón, sin duda, que las parejas fieles se alejaban y vivían solas. Durante muchos años estas parejas permanecieron juntas, aunque cuando el hombre o la mujer morían o eran comidos, el sobreviviente invariablemente encontraba un nuevo compañero.

Hubo una cosa que me desconcertó mucho durante los primeros días de mi residencia en la horda. Había un miedo innombrable e incommunicable que descansaba sobre todos. Al principio parecía estar completamente co-

nectado con la dirección. La horda temía el noreste. Vivía en perpetua aprensión de ese cuarto del compás. Y cada individuo miraba más frecuentemente y con mayor alarma en esa dirección que en cualquier otra.

Cuando Oreja-Tajada y yo íbamos hacia el noreste a comer las zanahorias fibrosas que en esa temporada estaban en su mejor momento, él se volvía inusualmente tímido. Se contentaba con comer los restos, las zanahorias grandes y duras y las pequeñas y fibrosas, en lugar de aventurarse un poco más adelante hacia donde las zanahorias aún no habían sido tocadas. Cuando me aventuraba, él me regañaba y peleaba conmigo. Me daba a entender que en esa dirección había algún peligro horrible, pero exactamente qué era ese peligro horrible, su escaso lenguaje no le permitía decir.

Muchas buenas comidas obtuve de esta manera, mientras él me regañaba y charloteaba en vano. No podía entender. Me mantenía muy alerta, pero no veía ningún peligro. Siempre calculaba la distancia entre yo mismo y el árbol más cercano, y sabía que a ese refugio podría llegar más rápido que el Leonado, o el viejo Dientes de Sable, si uno u otro apareciera de repente.

Una tarde, en el pueblo, se levantó un gran alboroto. La horda estaba animada por una sola emoción, la del miedo. El lado del acantilado se llenó de la Gente, todos mirando y señalando hacia el noreste. No sabía qué era, pero trepé hasta la seguridad de mi pequeña cueva antes de darme la vuelta para ver.

Y entonces, al otro lado del río, lejos hacia el noreste, vi por primera vez el misterio del humo. Era el animal más grande que jamás había visto. Pensé que era una serpiente monstruosa, levantada, elevando su cabeza muy por encima de los árboles y balanceándose de un lado a otro. Y sin embargo, de alguna manera, parecía entender por la conducta de la Gente que el humo en sí no era el peligro. Parecían temerlo como el símbolo de otra cosa. Qué era esa otra cosa no podía adivinar. Ni podían decírmelo. Sin embargo, pronto lo sabría, y lo sabría como algo más terrible que el Leonado, que el viejo Dientes de Sable, que las serpientes mismas, que parecía que no podía haber cosas más terribles.

CAPÍTULO VII

Diente-Roto era otro joven que vivía solo. Su madre vivía en las cuevas, pero habían llegado dos hijos más después de él y había sido expulsado para valerse por sí mismo. Habíamos presenciado la escena durante los varios días anteriores, y nos había dado no poco placer. Diente-Roto no quería irse, y cada vez que su madre salía de la cueva, él se colaba de nuevo en ella. Cuando ella regresaba y lo encontraba allí, sus ataques de ira eran deliciosos. La mitad de la horda solía observar estos momentos. Primero, desde dentro de la cueva, oíamos sus regaños y gritos. Luego escuchábamos los sonidos de los golpes y los gritos de Diente-Roto. En ese momento, los dos niños más pequeños se unían. Y finalmente, como la erupción de un volcán en miniatura, Diente-Roto salía volando.

Al cabo de varios días, su partida del hogar se completó. Lloró su pena, desatendido, desde el centro del espacio abierto, durante al menos media hora, y luego vino a vivir con Oreja-Tajada y conmigo. Nuestra cueva era pequeña, pero apretándonos había espacio para tres. No tengo recuerdos de que Diente-Roto pasara más de una noche con nosotros, así que el accidente debió ocurrir de inmediato.

Sucedió a mitad del día. Por la mañana habíamos comido hasta saciarnos de zanahorias, y luego, distraídos por el juego, nos aventuramos hacia los grandes árboles justo más allá. No puedo entender cómo Oreja-Tajada superó su habitual cautela, pero debió ser el juego. Nos lo estábamos pasando en grande jugando al escondite en los árboles. ¡Y qué escondite! Saltábamos huecos de tres o cuatro metros como si nada. Y un salto deliberado de seis o siete metros hasta el suelo no era nada para nosotros. De hecho, casi

tengo miedo de decir las grandes distancias que caíamos. A medida que crecimos y nos hicimos más pesados, descubrimos que teníamos que ser más cautelosos al caer, pero a esa edad nuestros cuerpos eran todo ligamentos y resortes y podíamos hacer cualquier cosa.

Diente-Roto mostró una agilidad notable en el juego. Era "la traes" con menos frecuencia que cualquiera de nosotros, y en el transcurso del juego descubrió un "truco" difícil que ni Oreja-Tajada ni yo éramos capaces de lograr. Para ser sincero, teníamos miedo de intentarlo.

Cuando nosotros éramos "la traes", Diente-Roto siempre corría hasta el extremo de una rama elevada en un cierto árbol. Desde el extremo de la rama hasta el suelo debía haber unos veintiún metros, y nada intervenía para detener una caída. Pero unos seis metros más abajo, y completamente cuatro metros fuera de la perpendicular, estaba la gruesa rama de otro árbol.

Mientras corríamos hacia la rama, Diente-Roto, mirándonos, comenzaba a balancearse. Esto naturalmente dificultaba nuestro progreso; pero había más en el balanceo que eso. Se balanceaba de espaldas al salto que iba a hacer. Justo cuando casi lo alcanzábamos, se soltaba. La rama que se balanceaba era como un trampolín. Lo lanzaba hacia fuera, hacia atrás, mientras caía. Y mientras caía, se giraba de lado en el aire para encarar la otra rama en la que caía. Esta rama se doblaba mucho bajo el impacto, y a veces había un crujido ominoso; pero nunca se rompía, y entre las hojas siempre se veía la cara de Diente-Roto sonriéndonos triunfalmente.

Yo era "la traes" la última vez que Diente-Roto intentó esto. Había llegado al extremo de la rama y comenzado su balanceo, y yo avanzaba tras él, cuando de repente vino un grito de advertencia bajo de Oreja-Tajada. Miré hacia abajo y lo vi en la horquilla principal del árbol, agachado cerca del tronco. Instintivamente, me agaché sobre la gruesa rama. Diente-Roto dejó de balancearse, pero la rama no se detuvo, y su cuerpo continuó subiendo y bajando con las hojas crujientes.

Escuché el crujido de una ramita seca, y al mirar hacia abajo vi a mi primer Hombre de Fuego. Se arrastraba sigilosamente por el suelo y miraba hacia arriba, hacia el árbol. Al principio pensé que era un animal salvaje, porque llevaba alrededor de su cintura y sobre sus hombros un pedazo de piel de oso. Y luego vi sus manos y pies, y más claramente sus rasgos. Era muy parecido a los de mi especie, excepto que era menos peludo y que sus

pies eran menos como manos que los nuestros. De hecho, él y su gente, como llegaría a saber más tarde, eran mucho menos peludos que nosotros, aunque nosotros, a su vez, éramos igualmente menos peludos que la Gente del Árbol.

Se me ocurrió instantáneamente, al mirarlo. Este era el terror del noreste, del cual el misterio del humo era un símbolo. Sin embargo, estaba desconcertado. Ciertamente no era nada de lo que temer. Ojo-Rojo o cualquiera de nuestros hombres fuertes habrían sido más que un rival para él. También era viejo, encogido por la edad, y el pelo de su cara era gris. Además, cojeaba gravemente con una pierna. No había duda de que podíamos correr más rápido que él y trepar mejor que él. Nunca podría atraparnos, eso era seguro.

Pero llevaba algo en la mano que nunca antes había visto. Era un arco y flechas. Pero en ese momento un arco y flechas no significaban nada para mí. ¿Cómo iba a saber que la muerte acechaba en esa pieza de madera curvada? Pero Oreja-Tajada sabía. Evidentemente había visto a los Hombres de Fuego antes y sabía algo de sus costumbres. El Hombre de Fuego lo miró y dio la vuelta alrededor del árbol. Y alrededor del tronco principal, sobre la horquilla, Oreja-Tajada también dio la vuelta, manteniendo siempre el tronco entre él y el Hombre de Fuego.

Este último invirtió abruptamente su dirección. Oreja-Tajada, cogido desprevenido, también invirtió apresuradamente, pero no logró la protección del tronco hasta después de que el Hombre de Fuego hubiera tensado el arco.

Vi la flecha saltar, fallar a Oreja-Tajada, golpear contra una rama y caer al suelo. Bailé de alegría en mi elevada percha. ¡Era un juego! El Hombre de Fuego estaba lanzando cosas a Oreja-Tajada como a veces nosotros nos lanzábamos cosas unos a otros.

El juego continuó un poco más, pero Oreja-Tajada no se expuso una segunda vez. Entonces el Hombre de Fuego lo dejó. Me incliné sobre mi rama horizontal y charlé hacia él. Quería jugar. Quería que intentara golpearme con la cosa. Me vio, pero me ignoró, volviendo su atención a Diente-Roto, que seguía balanceándose ligeramente e involuntariamente en el extremo de la rama.

La primera flecha subió rápidamente. Diente-Roto gritó de miedo y dolor. Había alcanzado su objetivo. Esto dio un nuevo aspecto al asunto. Ya no quería jugar, sino que me acurruqué temblando cerca de mi rama. Una segunda flecha y una tercera se elevaron, fallando a Diente-Roto, susurrando las hojas al pasar, arqueándose en su vuelo y regresando a la tierra.

El Hombre de Fuego volvió a tensar su arco. Cambió de posición, caminando varios pasos, luego cambió una segunda vez. La cuerda del arco vibró, la flecha saltó hacia arriba, y Diente-Roto, emitiendo un terrible grito, cayó de la rama. Lo vi mientras caía, girando una y otra vez, todo brazos y piernas, parecía, el asta de la flecha sobresaliendo de su pecho y apareciendo y desapareciendo con cada revolución de su cuerpo.

Directamente hacia abajo, gritando, cayó veintiún metros, estrellándose contra la tierra con un sonido audible de golpe y crujido, su cuerpo rebotando ligeramente y asentándose de nuevo. Aún vivía, pues se movía y se retorció, arañando con las manos y los pies. Recuerdo al Hombre de Fuego corriendo hacia adelante con una piedra y golpeándolo en la cabeza... y luego no recuerdo más.

Siempre, durante mi infancia, en esta etapa del sueño, me despertaba gritando de miedo--para encontrar, a menudo, a mi madre o a la niñera, ansiosas y asustadas, junto a mi cama, pasándome las manos por el pelo y diciéndome que estaban allí y que no había nada que temer.

Mi próximo sueño, en el orden de sucesión, siempre comienza con la huida de Oreja-Tajada y yo a través del bosque. El Hombre de Fuego, Diente-Roto y el árbol de la tragedia se han ido. Oreja-Tajada y yo, en un pánico cauteloso, huimos a través de los árboles. En mi pierna derecha hay un dolor ardiente; y de la carne, sobresaliendo de ambos lados, están la cabeza y el asta de una flecha del Hombre de Fuego. No solo el tirón y la tensión me dolían mucho, sino que dificultaban mis movimientos y me hacían imposible mantener el ritmo de Oreja-Tajada.

Al final, me rendí, acurrucándome en la horquilla segura de un árbol. Oreja-Tajada siguió adelante. Lo llamé--muy lastimeramente, lo recuerdo; y él se detuvo y miró hacia atrás. Luego regresó a mí, subiendo a la horquilla y examinando la flecha. Intentó sacarla, pero de un lado la carne resistía la punta con púas, y del otro resistía el asta con plumas. Además, dolía terriblemente, y lo detuve.

Durante un tiempo nos quedamos allí, Oreja-Tajada nervioso y ansioso por irse, mirando perpetuamente y con aprensión en todas direcciones, y yo gimiendo suavemente y sollozando. Oreja-Tajada claramente estaba asustado, y sin embargo, su conducta de quedarse a mi lado, a pesar de su miedo, la considero un presagio del altruismo y la camaradería que han ayudado a hacer del hombre el más poderoso de los animales.

Una vez más, Oreja-Tajada intentó arrastrar la flecha a través de la carne, y yo lo detuve con enojo. Luego se inclinó y comenzó a morder el asta de la flecha con los dientes. Mientras lo hacía, sostenía la flecha firmemente con ambas manos para que no se moviera en la herida, y al mismo tiempo yo me agarraba a él. A menudo medito sobre esta escena--los dos, medio crecidos, en la infancia de la raza, y uno dominando su miedo, venciendo su impulso egoísta de huir, para quedarse y socorrer al otro. Y se me presenta todo lo que allí se prefiguraba, y veo visiones de Damon y Pythias, de equipos de rescate y enfermeras de la Cruz Roja, de mártires y líderes de esperanzas desesperadas, del Padre Damián, y del mismo Cristo, y de todos los hombres de la tierra, poderosos de estatura, cuya fuerza puede remontarse hasta los lomos elementales de Oreja-Tajada y Gran-Diente y otros oscuros habitantes del Mundo Joven.

Cuando Oreja-Tajada había mordido la cabeza de la flecha, el asta se retiró con facilidad. Empecé a seguir adelante, pero esta vez fue él quien me detuvo. Mi pierna sangraba profusamente. Algunas de las venas más pequeñas, sin duda, se habían roto. Corriendo hasta el final de una rama, Oreja-Tajada recogió un puñado de hojas verdes. Estas las metió en la herida. Cumplieron su propósito, pues el sangrado pronto se detuvo. Luego seguimos juntos, de vuelta a la seguridad de las cuevas.

CAPÍTULO VIII

Recuerdo bien ese primer invierno después de haber dejado mi hogar. Tengo largos sueños de estar sentado temblando de frío. Oreja-Tajada y yo nos sentábamos muy juntos, con los brazos y las piernas alrededor del otro, con la cara azul y los dientes castañeteando. Hacia la madrugada, el frío se volvía especialmente intenso. En esas horas frías dormíamos poco, acurrucados en una miseria entumecida y esperando el amanecer para calentarnos.

Cuando salíamos, había un crujido de escarcha bajo los pies. Una mañana descubrimos hielo en la superficie del agua tranquila en el remanso donde estaba el lugar de beber, y hubo un gran revuelo al respecto. Viejo Tuétano era el miembro más anciano de la horda, y nunca había visto algo así antes. Recuerdo la mirada preocupada y quejumbrosa que apareció en sus ojos al examinar el hielo. (Esta mirada quejumbrosa siempre aparecía en nuestros ojos cuando no entendíamos algo, o cuando sentíamos el aguijón de algún deseo vago e inexpresable). Ojo-Rojo también, cuando investigó el hielo, parecía sombrío y quejumbroso, y miraba al otro lado del río hacia el noreste, como si de alguna manera conectara a la Gente del Fuego con este último acontecimiento.

Pero solo encontramos hielo esa única mañana, y ese fue el invierno más frío que experimentamos. No tengo memoria de otros inviernos tan fríos. A menudo he pensado que ese invierno frío fue un precursor de los innumerables inviernos fríos por venir, a medida que la capa de hielo del norte se extendía sobre la tierra. Pero nunca vimos esa capa de hielo. Muchas generaciones debieron haber pasado antes de que los descendientes de la horda migraran hacia el sur o se adaptaran a las condiciones cambiantes.

La vida era azarosa y despreocupada para nosotros. Poco se planeaba, y menos se ejecutaba. Comíamos cuando teníamos hambre, bebíamos cuando teníamos sed, evitábamos a nuestros enemigos carnívoros, nos refugiábamos en las cuevas por la noche, y el resto del tiempo simplemente jugábamos a lo largo de la vida.

Éramos muy curiosos, fácilmente entretenidos y llenos de trucos y bromas. No había seriedad en nosotros, excepto cuando estábamos en peligro o enfadados, en cuyo caso uno era rápidamente olvidado y el otro se superaba igualmente rápido.

Éramos inconsecutivos, ilógicos e inconsecuentes. No teníamos firmeza de propósito, y en esto la Gente del Fuego nos llevaba ventaja. Poseían todas esas cosas de las que nosotros poseíamos tan poco. Sin embargo, ocasionalmente, especialmente en el ámbito de las emociones, éramos capaces de propósitos largamente acariciados. La fidelidad de las parejas monógamas que he mencionado puede explicarse como una cuestión de hábito; pero mi largo deseo por la Veloz no puede explicarse de esa manera, al igual que la enemistad eterna entre Ojo-Rojo y yo.

Pero lo que especialmente me angustia cuando miro hacia esa vida en el pasado lejano es nuestra inconsecuencia y estupidez. Una vez encontré una calabaza rota que resultó estar boca arriba y que se había llenado con la lluvia. El agua era dulce y la bebí. Incluso llevé la calabaza al arroyo y la llené con más agua, parte de la cual bebí y parte de la cual vertí sobre Oreja-Tajada. Y luego tiré la calabaza. Nunca se me ocurrió llenar la calabaza con agua y llevarla a mi cueva. Sin embargo, a menudo tenía sed por la noche, especialmente después de comer cebollas silvestres y berros, y nadie se atrevía a salir de las cuevas por la noche para beber.

Otra vez encontré una calabaza seca, dentro de la cual las semillas hacían ruido. Me divertí un rato con ella. Pero era solo un juguete, nada más. Y sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el uso de calabazas para almacenar agua se convirtiera en una práctica general de la horda. Pero yo no fui el inventor. El honor correspondía al viejo Tuétano, y es justo suponer que fue la necesidad de su gran edad lo que trajo la innovación.

En cualquier caso, el primer miembro de la horda en usar calabazas fue Tuétano. Mantenía un suministro de agua potable en su cueva, que pertenecía a su hijo, el Sin-Pelo, quien le permitía ocupar un rincón de ella. Solía-

mos ver a Tuétano llenando su calabaza en el lugar de beber y llevándola cuidadosamente a su cueva. La imitación era fuerte en la Gente, y primero uno, luego otro y otro más, adquirieron una calabaza y la usaron de manera similar, hasta que se convirtió en una práctica general para todos nosotros almacenar agua de esa manera.

A veces, Tuétano tenía ataques de enfermedad y no podía salir de la cueva. Entonces era el Sin-Pelo quien llenaba la calabaza para él. Un poco más tarde, el Sin-Pelo delegó la tarea en Labio-Largo, su hijo. Y después de eso, incluso cuando Tuétano estaba bien de nuevo, Labio-Largo continuaba llevando agua para él. Poco a poco, excepto en ocasiones inusuales, los hombres nunca llevaban agua, dejando la tarea a las mujeres y a los niños más grandes. Oreja-Tajada y yo éramos independientes. Solo llevábamos agua para nosotros mismos, y a menudo nos burlábamos de los jóvenes que llevaban agua cuando eran llamados a llenar las calabazas en lugar de jugar.

El progreso era lento con nosotros. Jugábamos a lo largo de la vida, incluso los adultos, de la misma manera que los niños juegan, y jugábamos como ninguno de los otros animales lo hacía. Lo poco que aprendíamos, generalmente era en el curso del juego, y se debía a nuestra curiosidad y agudeza de apreciación. Por esa razón, la única gran invención de la horda, durante el tiempo que viví con ellos, fue el uso de calabazas. Al principio solo almacenábamos agua en las calabazas, en imitación del viejo Tuétano.

Pero un día una de las mujeres, no sé cuál, llenó una calabaza con moras y la llevó a su cueva. En poco tiempo, todas las mujeres llevaban bayas, nueces y raíces en las calabazas. La idea, una vez iniciada, tuvo que continuar. Otra evolución del receptáculo de transporte se debió a las mujeres. Sin duda, alguna calabaza de alguna mujer era demasiado pequeña, o quizás había olvidado su calabaza; pero sea como fuere, dobló dos grandes hojas, sujetando las costuras con ramitas, y llevó una mayor cantidad de bayas que la que podría haber contenido la calabaza más grande.

Hasta ahí llegamos, y no más allá, en el transporte de suministros durante los años que viví con la Gente. Nunca se le ocurrió a nadie tejer una cesta con mimbres de sauce. A veces, los hombres y las mujeres ataban lianas fuertes alrededor de los paquetes de helechos y ramas que llevaban a las cuevas para dormir. Posiblemente en diez o veinte generaciones podríamos haber llegado a tejer cestas. Y de esto, una cosa es segura: si una vez tejía-

mos mimbres en cestas, el siguiente paso inevitable habría sido tejer telas. La ropa habría seguido, y con el cubrimiento de nuestra desnudez habría llegado la modestia.

Así se ganaba impulso en el Mundo Joven. Pero nosotros no teníamos ese impulso. Apenas estábamos comenzando, y no podíamos avanzar mucho en una sola generación. No teníamos armas, ni fuego, y estábamos en los comienzos del habla. El dispositivo de la escritura estaba tan lejos en el futuro que me siento abrumado cuando pienso en ello.

Incluso yo estuve una vez al borde de un gran descubrimiento. Para mostrarte cuán fortuita era el desarrollo en esos días, permíteme decir que, si no hubiera sido por la glotonería de Oreja-Tajada, podría haber llevado a cabo la domesticación del perro. Y esto era algo que la Gente del Fuego que vivía al noreste aún no había logrado. No tenían perros; esto lo sabía por observación. Pero déjame contarte cómo la glotonería de Oreja-Tajada posiblemente retrasó nuestro desarrollo social por muchas generaciones.

Hacia el oeste de nuestras cuevas había un gran pantano, pero hacia el sur se extendía una franja de colinas rocosas bajas. Estas eran poco frecuentadas por dos razones. Primero, no había comida allí del tipo que comíamos; y segundo, esas colinas rocosas estaban llenas de guaridas de bestias carnívoras.

Pero Oreja-Tajada y yo nos aventuramos a las colinas un día. No lo habríamos hecho si no hubiéramos estado provocando a un tigre. Por favor, no te rías. Era el viejo Dientes de Sable en persona. Estábamos perfectamente seguros. Lo encontramos por casualidad en el bosque, temprano en la mañana, y desde la seguridad de las ramas sobre nuestras cabezas, le lanzábamos nuestra aversión y odio. Y de rama en rama, y de árbol en árbol, lo seguíamos desde arriba, haciendo un ruido infernal y advirtiéndolo a todos los habitantes del bosque que venía el viejo Dientes de Sable.

Le arruinamos la caza, de todos modos. Y lo enfurecimos mucho. Nos gruñía y movía la cola, y a veces se detenía y nos miraba fijamente durante mucho tiempo, como si debatiera en su mente alguna forma de atraparnos. Pero solo nos reíamos y lo bombardeábamos con ramitas y las puntas de las ramas.

Esta caza del tigre era un deporte común entre la gente. A veces, la mitad de la horda seguía desde arriba a un tigre o un león que se había aventurado a salir durante el día. Era nuestra venganza; más de un miembro de la horda, atrapado inesperadamente, había terminado en el vientre del tigre o el león. Además, con tales pruebas de impotencia y vergüenza, enseñábamos a los animales cazadores a mantenerse alejados de nuestro territorio, al menos en cierta medida. Y además era divertido. Era un gran juego.

Y así Oreja-Tajada y yo habíamos perseguido al Dientes de Sable a lo largo de casi cinco kilómetros de bosque. Hacia el final, metió la cola entre las piernas y huyó de nuestras burlas como un perro apaleado. Hicimos todo lo posible por seguirle el ritmo; pero cuando llegamos al borde del bosque, ya no era más que una mancha en la distancia.

No sé qué nos impulsó, a menos que fuera la curiosidad; pero después de jugar un rato, Oreja-Tajada y yo nos aventuramos a cruzar el terreno abierto hasta el borde de las colinas rocosas. No fuimos muy lejos. Posiblemente en ningún momento estuvimos a más de cien metros de los árboles. Alrededor de una esquina afilada de roca (íbamos con mucho cuidado, porque no sabíamos qué podríamos encontrar), encontramos tres cachorros jugando al sol.

No nos vieron, y los observamos durante un tiempo. Eran perros salvajes. En la pared de roca había una fisura horizontal, evidentemente la guarida donde su madre los había dejado, y donde debían haberse quedado si hubieran sido obedientes. Pero la vida creciente, que en Oreja-Tajada y en mí nos había impulsado a aventurarnos fuera del bosque, había sacado a los cachorros de la cueva para jugar. Sé cómo los habría castigado su madre si los hubiera atrapado.

Pero fuimos Oreja-Tajada y yo quienes los atrapamos. Él me miró, y luego hicimos una carrera. Los cachorros no sabían a dónde correr excepto a la guarida, y los interceptamos. Uno se deslizó entre mis piernas. Me agaché y lo agarré. Hundió sus pequeños dientes afilados en mi brazo, y lo solté por la repentina herida y sorpresa. Al momento siguiente, se había escabullido dentro.

Oreja-Tajada, luchando con el segundo cachorro, me miró con el ceño fruncido y me dio a entender con una variedad de sonidos los diferentes tipos de tonto e inepto que era. Esto me hizo sentir avergonzado y me impul-

só a la valentía. Agarré al cachorro restante por la cola. Me mordió una vez, y luego lo agarré por la nuca. Oreja-Tajada y yo nos sentamos, sostuvimos a los cachorros y los miramos, y nos reímos.

Estaban gruñendo, aullando y llorando. Oreja-Tajada se sobresaltó de repente. Pensó que había oído algo. Nos miramos con miedo, dándonos cuenta del peligro de nuestra posición. La única cosa que convertía a los animales en demonios enfurecidos era meterse con sus crías. Y estos cachorros que hacían tanto ruido pertenecían a los perros salvajes. Los conocíamos bien, corriendo en manadas, el terror de los animales herbívoros. Los habíamos visto siguiendo a las manadas de ganado y bisontes y derribando a los terneros, los viejos y los enfermos. Nosotros mismos habíamos sido perseguidos por ellos más de una vez. Había visto a uno de los de la Gente, una mujer, ser perseguida por ellos y atrapada justo cuando llegaba al refugio del bosque. Si no hubiera estado tan cansada por la carrera, podría haber llegado a un árbol. Lo intentó, resbaló y cayó. Ellos la despacharon rápidamente.

No nos miramos más de un momento. Manteniendo firmemente nuestros premios, corrimos hacia el bosque. Una vez en la seguridad de un árbol alto, levantamos a los cachorros y volvimos a reírnos. Ya ves, teníamos que reírnos, no importaba lo que pasara.

Y luego comenzó una de las tareas más difíciles que jamás intenté. Empezamos a llevar a los cachorros a nuestra cueva. En lugar de usar nuestras manos para trepar, la mayor parte del tiempo estaban ocupadas en sostener a nuestros cautivos retorcidos. Una vez intentamos caminar por el suelo, pero un miserable hiena nos obligó a trepar a un árbol, y nos siguió por debajo. Era una hiena astuta.

Oreja-Tajada tuvo una idea. Recordó cómo atábamos paquetes de hojas para llevar a casa como camas. Rompiendo algunas lianas fuertes, ató las patas del cachorro, y luego, con otra pieza de liana pasada alrededor de su cuello, lo colgó en su espalda. Esto le dejaba las manos y los pies libres para trepar. Estaba jubiloso y no esperó a que yo terminara de atar las patas de mi cachorro, sino que comenzó a avanzar. Sin embargo, había una dificultad. El cachorro no se quedaba colgado en la espalda de Oreja-Tajada. Se balanceaba hacia el lado y luego hacia el frente. Sus dientes no estaban atados, y lo siguiente que hizo fue hundir sus dientes en el suave y desprotegi-

do estómago de Oreja-Tajada. Él soltó un grito, casi cayó, y se aferró violentamente a una rama para salvarse. La liana alrededor de su cuello se rompió, y el cachorro, con las cuatro patas aún atadas, cayó al suelo. La hiena procedió a cenar.

Oreja-Tajada estaba disgustado y enojado. Abusó de la hiena y luego se fue solo a través de los árboles. No tenía ninguna razón que conociera para querer llevar al cachorro a la cueva, excepto que QUERÍA hacerlo; y me quedé con mi tarea. Hice el trabajo mucho más fácil al elaborar la idea de Oreja-Tajada. No solo até las patas del cachorro, sino que metí un palo a través de sus mandíbulas y las até firmemente.

Finalmente llevé al cachorro a casa. Me imagino que tenía más tenacidad que la Gente promedio, o de lo contrario no habría tenido éxito. Se rieron de mí cuando me vieron llevando al cachorro a mi pequeña cueva alta, pero no me importó. El éxito coronó mis esfuerzos, y allí estaba el cachorro. Era un juguete que ninguno de la Gente poseía. Aprendió rápidamente. Cuando jugaba con él y me mordía, le daba un coscorrón en las orejas, y entonces no intentaba mordirme de nuevo por mucho tiempo.

Estaba bastante absorto con él. Era algo nuevo, y era una característica de la Gente gustar de las cosas nuevas. Cuando vi que rechazaba las frutas y vegetales, le atrapaba pájaros, ardillas y conejos jóvenes. (Nosotros, la Gente, éramos carnívoros, así como vegetarianos, y éramos adeptos en atrapar presas pequeñas). El cachorro comía la carne y prosperaba. Por lo que puedo estimar, debí tenerlo más de una semana. Y luego, al regresar a la cueva un día con un nido lleno de faisanes recién nacidos, encontré que Oreja-Tajada había matado al cachorro y estaba comenzando a comérselo. Me lancé sobre Oreja-Tajada, la cueva era pequeña, y nos enzarzamos en una pelea a dientes y uñas.

Y así, en una pelea, terminó uno de los primeros intentos de domesticar al perro. Nos arrancamos mechones de pelo, nos rascamos y mordimos y arañamos. Luego nos enfurruñamos y nos reconciamos. Después, nos comimos al cachorro. ¿Crudo? Sí. Todavía no habíamos descubierto el fuego. Nuestra evolución hacia animales cocineros yacía en el pergamino enrollado del futuro.

CAPÍTULO IX

Ojo-Rojo era un atavismo. Era el gran elemento discordante en nuestra horda. Era más primitivo que cualquiera de nosotros. No pertenecía a nuestro grupo, pero éramos aún tan primitivos que éramos incapaces de un esfuerzo cooperativo lo suficientemente fuerte como para matarlo o expulsarlo. Aunque nuestra organización social era rudimentaria, él era, no obstante, demasiado rudimentario para vivir en ella. Siempre tendía a destruir la horda con sus actos antisociales. Realmente era una regresión a un tipo anterior, y su lugar estaba con la Gente del Árbol en lugar de con nosotros, que estábamos en el proceso de convertirnos en hombres.

Era un monstruo de crueldad, lo cual es decir mucho en aquella época. Golpeaba a sus esposas, no es que tuviera más de una esposa a la vez, pero sí que se casaba muchas veces. Era imposible para cualquier mujer vivir con él, y sin embargo, vivían con él, por obligación. No había forma de contradecirlo.

Ningún hombre era lo suficientemente fuerte para enfrentarse a él.

A menudo tengo visiones de la hora tranquila antes del crepúsculo. Desde el lugar de beber, el campo de zanahorias y el pantano de bayas, la Gente se agrupa en el espacio abierto frente a las cuevas. No se atreven a quedarse más tarde que esto, ya que la temible oscuridad se acerca, en la cual el mundo se entrega a la carnicería de los animales cazadores, mientras que los predecesores del hombre se esconden temblando en sus agujeros.

Aún nos quedan unos minutos antes de subir a nuestras cuevas. Estamos cansados del juego del día, y los sonidos que hacemos son moderados. In-

cluso los cachorros, todavía ansiosos de diversión y travesuras, juegan con moderación. El viento del mar ha cesado, y las sombras se alargan con el último descenso del sol. Y entonces, de repente, desde la cueva de Ojo-Rojo, se desata un grito salvaje y el sonido de golpes. Está golpeando a su esposa.

Al principio, nos invade un silencio sobrecogido. Pero a medida que los golpes y gritos continúan, rompemos en un parloteo loco de rabia impotente. Es evidente que los hombres resienten las acciones de Ojo-Rojo, pero tienen demasiado miedo de él. Los golpes cesan, y un gemido bajo se desvanece, mientras nosotros charlamos entre nosotros y el triste crepúsculo se cierne sobre nosotros.

Nosotros, para quienes la mayoría de los acontecimientos eran bromas, nunca nos reímos durante las palizas a la esposa de Ojo-Rojo. Conocíamos demasiado bien la tragedia de ellas. En más de una ocasión, en la base del acantilado, encontramos el cuerpo de su última esposa. La había arrojado allí, después de que ella muriera, desde la boca de su cueva. Nunca enterraba a sus muertos. La tarea de llevarse los cuerpos, que de lo contrario habrían contaminado nuestro lugar de residencia, la dejaba a la horda. Generalmente los arrojábamos al río debajo del último lugar de beber.

No solo asesinaba Ojo-Rojo a sus esposas, sino que también asesinaba para conseguir esposas, matando al esposo de la mujer que deseaba. Vi dos de estos asesinatos con mis propios ojos. Toda la horda lo sabía, pero no podía hacer nada. Todavía no habíamos desarrollado ningún tipo de gobierno, por decirlo así, dentro de la horda. Teníamos ciertas costumbres y desatábamos nuestra ira sobre los desafortunados que violaban esas costumbres. Así, por ejemplo, el individuo que ensuciaba un lugar de beber era atacado por todos los presentes, mientras que el que daba una falsa alarma de manera deliberada recibía un trato rudo por nuestra parte. Pero Ojo-Rojo pasaba por alto todas nuestras costumbres, y le temíamos tanto que éramos incapaces de la acción colectiva necesaria para castigarlo.

Fue durante el sexto invierno en nuestra cueva cuando Oreja-Tajada y yo descubrimos que realmente estábamos creciendo. Desde el principio había sido un apretón entrar por la grieta de la entrada. Sin embargo, esto tenía sus ventajas. Impedía que los miembros más grandes de la Gente nos quita-

ran nuestra cueva. Y era una cueva muy deseable, la más alta del acantilado, la más segura, y en invierno la más pequeña y cálida.

Para mostrar el nivel de desarrollo mental de la Gente, puedo afirmar que hubiera sido sencillo para algunos de ellos habernos echado y haber ampliado la abertura de la grieta. Pero nunca se les ocurrió. Oreja-Tajada y yo tampoco lo pensamos hasta que nuestro tamaño creciente nos obligó a hacer una ampliación. Esto ocurrió cuando el verano estaba bien avanzado y estábamos gordos por una mejor comida. Trabajábamos en la grieta en ráfagas, cuando nos apetecía.

Al principio sacábamos las piedras desmoronadas con los dedos, hasta que nuestras uñas se lastimaban, cuando accidentalmente se me ocurrió la idea de usar un trozo de madera sobre la roca. Funcionó bien. También trajo problemas. Una mañana temprano, habíamos raspado de la pared un montón de fragmentos. Empujé el montón sobre el borde de la entrada. Al momento siguiente se escuchó desde abajo un aullido de furia. No hacía falta mirar. Conocíamos demasiado bien esa voz. Los escombros habían caído sobre Ojo-Rojo.

Nos acurrucamos en la cueva consternados. Un minuto después estaba en la entrada, asomándose con sus ojos inflamados y rabiosos como un demonio. Pero era demasiado grande. No podía entrar. De repente se fue. Esto era sospechoso. Según lo que sabíamos de la naturaleza de la Gente, debería haberse quedado y desahogado su furia. Me arrastré hasta la entrada y miré hacia abajo. Lo vi comenzando a subir el acantilado de nuevo. En una mano llevaba un palo largo. Antes de que pudiera adivinar su plan, estaba de vuelta en la entrada y lanzaba furiosos golpes con el palo hacia nosotros.

Sus embestidas eran prodigiosas. Podrían habernos destripado. Nos acurrucamos contra las paredes laterales, donde casi estábamos fuera de su alcance. Pero con empujones insistentes nos alcanzó de vez en cuando, crueles golpes rascando con la punta del palo que nos arrancaban la piel y el pelo. Cuando gritábamos de dolor, él rugía de satisfacción y golpeaba con más fuerza.

Empecé a enfurecerme. Tenía mi propio temperamento en esos días, y bastante valor también, aunque en gran parte era el valor de una rata acorralada. Agarré el palo con las manos, pero tal era su fuerza que me tiró hacia

la grieta. Extendió el brazo para agarrarme, y sus uñas desgarraron mi carne cuando salté hacia atrás y gané la relativa seguridad de la pared lateral.

Volvió a golpear y me dio un doloroso golpe en el hombro. Más allá de temblar de miedo y gritar cuando era golpeado, Oreja-Tajada no hacía nada. Busqué un palo con el que golpear de vuelta, pero solo encontré el extremo de una rama, de una pulgada de grosor y un pie de largo. La lancé hacia Ojo-Rojo. No hizo ningún daño, aunque aulló con un aumento repentino de furia ante mi audacia de golpear de vuelta. Comenzó a golpear furiosamente. Encontré un fragmento de roca y lo arrojé, golpeándolo en el pecho.

Esto me envalentonó, y además, estaba tan enojado como él, y había perdido todo el miedo. Arranqué un fragmento de roca de la pared. La pieza debía pesar dos o tres libras. Con todas mis fuerzas, la lancé directamente a la cara de Ojo-Rojo. Casi lo acabó. Retrocedió tambaleándose, soltando el palo y casi cayó del acantilado.

Era una visión feroz. Su cara estaba cubierta de sangre, y gruñía y rechinaba los colmillos como un jabalí salvaje. Se limpió la sangre de los ojos, me vio y rugió de furia. Su palo había caído, así que comenzó a arrancar trozos de roca desmoronada y arrojarlos hacia mí. Esto me proporcionó munición. Le devolví lo que me enviaba, y mejor; él era un buen blanco, mientras que solo captaba vislumbres de mí mientras me acurrucaba contra la pared lateral.

De repente desapareció de nuevo. Desde el borde de la cueva lo vi descendiendo. Toda la horda se había reunido afuera y, en un silencio sobrecogido, miraba. Mientras descendía, los más tímidos corrían hacia sus cuevas. Pude ver al viejo Tuétano tambaleándose tan rápido como podía. Ojo-Rojo saltó desde la pared y recorrió los últimos seis metros a través del aire. Aterrizó junto a una madre que recién comenzaba el ascenso. Ella gritó de miedo, y el niño de dos años que se aferraba a ella soltó su agarre y rodó a los pies de Ojo-Rojo. Tanto él como la madre se apresuraron hacia el niño, y él lo atrapó. Al momento siguiente, el frágil cuerpecito giró por el aire y se estrelló contra la pared. La madre corrió hacia él, lo recogió en sus brazos y se agachó llorando.

Ojo-Rojo se dirigió a recoger el palo. El viejo Tuétano se había tambaleado en su camino. La gran mano de Ojo-Rojo se extendió y agarró al anciano por la parte posterior del cuello. Miré para ver si su cuello se rompía. Su

cuerpo se aflojó mientras se entregaba a su destino. Ojo-Rojo vaciló un momento, y Tuétano, temblando terriblemente, inclinó la cabeza y cubrió su rostro con los brazos cruzados. Entonces, Ojo-Rojo lo golpeó de cara contra el suelo. El viejo Tuétano no luchó. Se quedó allí llorando con el miedo a la muerte. Vi al Sin-Pelo, en el espacio abierto, golpeándose el pecho y erizándose, pero tenía miedo de avanzar. Y luego, obedeciendo a algún capricho de su espíritu errático, Ojo-Rojo dejó al anciano en paz y pasó de largo a recuperar el palo.

Volvió a la pared y comenzó a trepar. Oreja-Tajada, que temblaba y miraba junto a mí, se arrastró de nuevo hacia la cueva. Era evidente que Ojo-Rojo estaba decidido a asesinar. Yo estaba desesperado, enojado y bastante sereno. Corriendo de un lado a otro por los salientes vecinos, reuní un montón de rocas en la entrada de la cueva. Ojo-Rojo estaba ahora a varios metros debajo de mí, oculto por el momento por un saliente del acantilado. Mientras trepaba, su cabeza apareció a la vista, y le arrojé una roca. Falló, golpeando la pared y haciéndose añicos; pero el polvo y la arena voladora llenaron sus ojos y retrocedió fuera de la vista.

Un parloteo y cacareo surgió de la horda, que desempeñaba el papel de audiencia. Por fin había uno de la Gente que se atrevía a enfrentarse a Ojo-Rojo. A medida que su aprobación y aclamación surgía en el aire, Ojo-Rojo gruñía hacia ellos, y en el instante se quedaban en silencio. Alentado por esta evidencia de su poder, asomó la cabeza y, frunciendo el ceño y mostrando los colmillos, trató de intimidarme. Hizo una mueca horrible, contrayendo fuertemente el cuero cabelludo sobre las cejas y bajando el cabello desde la parte superior de la cabeza hasta que cada cabello se separó y apuntó hacia adelante.

La visión me heló, pero dominé mi miedo y, con una piedra en la mano, lo amenacé de vuelta. Todavía intentaba avanzar. Arrojé la piedra hacia él y fallé por completo. El siguiente disparo fue un éxito. La piedra lo golpeó en el cuello. Resbaló fuera de la vista, pero mientras desaparecía pude verlo agarrándose a la pared con una mano y con la otra aferrándose a la garganta. El palo cayó al suelo haciendo ruido.

No pude verlo más, aunque pude escuchar su estrangulamiento y tos. La audiencia mantenía un silencio mortal. Me acurruqué en el borde de la entrada y esperé. El estrangulamiento y la tos se desvanecieron, y de vez en

cuando lo escuchaba despejarse la garganta. Poco después comenzó a descender. Bajaba muy silenciosamente, deteniéndose cada momento para estirar el cuello o tocarlo con la mano.

Al verlo descender, toda la horda, con gritos y alaridos salvajes, huyó hacia el bosque. El viejo Tuétano, cojeando y tambaleándose, los siguió detrás. Ojo-Rojo no prestó atención a la huida. Cuando llegó al suelo, bordeó la base del acantilado y subió a su propia cueva. No miró atrás ni una vez.

Miré a Oreja-Tajada, y él me miró a mí. Nos entendimos. Inmediatamente, y con gran precaución y silencio, comenzamos a trepar por el acantilado. Cuando llegamos a la cima, miramos atrás. El lugar de residencia estaba desierto, Ojo-Rojo permanecía en su cueva, y la horda había desaparecido en las profundidades del bosque.

Nos giramos y corrimos. Atravesamos los espacios abiertos y bajamos las pendientes sin preocuparnos por las posibles serpientes en la hierba, hasta que llegamos al bosque. Subimos a los árboles y seguimos adelante, balanceándonos en nuestro vuelo arbóreo hasta que habíamos puesto millas entre nosotros y las cuevas. Y entonces, y solo entonces, en la seguridad de una gran horquilla, nos detuvimos, nos miramos y comenzamos a reír. Nos abrazamos, con brazos y piernas, con los ojos llenos de lágrimas, los costados doloridos, y reímos y reímos y reímos.

CAPÍTULO X

Después de habernos reído a carcajadas, Oreja-Tajada y yo volvimos sobre nuestros pasos en nuestra huida y desayunamos en el pantano de arándanos. Era el mismo pantano al que había hecho mis primeros viajes en el mundo, años antes, acompañado por mi madre. Había visto poco de ella en el tiempo transcurrido. Por lo general, cuando ella visitaba la horda en las cuevas, yo estaba en el bosque. Una o dos veces había vislumbrado al Charlatán en el espacio abierto y había tenido el placer de hacerle muecas y enojarlo desde la boca de mi cueva. Más allá de tales amabilidades, había dejado a mi familia severamente en paz. No estaba muy interesado en ella, y de todos modos me iba muy bien por mi cuenta.

Después de comer hasta saciarnos de bayas, con dos nidos llenos de huevos de codorniz parcialmente incubados como postre, Oreja-Tajada y yo nos adentramos circunspectamente en el bosque hacia el río. Allí estaba el viejo árbol de mi hogar, del cual me había arrojado el Charlatán. Todavía estaba ocupado. Había aumentado la familia. Aferrado fuertemente a mi madre había un pequeño bebé. Además, había una niña, parcialmente crecida, que nos miraba cautelosamente desde una de las ramas más bajas. Evidentemente, era mi hermana, o más bien media hermana.

Mi madre me reconoció, pero me advirtió que me alejara cuando intenté trepar al árbol. Oreja-Tajada, que era mucho más cauteloso que yo, se retiró rápidamente, y no pude persuadirlo para que volviera. Más tarde en el día, sin embargo, mi hermana bajó al suelo, y allí y en los árboles vecinos, jugamos y retozamos toda la tarde. Y entonces vino el problema. Era mi hermana, pero eso no le impidió tratarme de manera abominable, ya que había he-

redado toda la maldad del Charlatán. Se volvió contra mí repentinamente, en un ataque de ira, y me arañó, me arrancó el pelo y hundió sus afilados dientes en mi antebrazo. Perdí la paciencia. No la lastimé, pero sin duda fue la paliza más sonora que había recibido hasta entonces.

Cómo gritaba y lloraba. El Charlatán, que había estado fuera todo el día y solo estaba regresando entonces, oyó el ruido y corrió hacia el lugar. Mi madre también corrió, pero él llegó primero. Oreja-Tajada y yo no esperamos su llegada. Salimos corriendo, y el Charlatán nos dio la persecución de nuestras vidas a través de los árboles.

Después de la persecución y de habernos reído a carcajadas, descubrimos que el crepúsculo estaba cayendo. La noche, con todos sus terrores, estaba sobre nosotros, y volver a las cuevas era imposible. Ojo-Rojo lo hacía imposible. Nos refugiamos en un árbol que estaba apartado de otros árboles, y en lo alto de una horquilla pasamos la noche. Fue una noche miserable. Durante las primeras horas llovió intensamente, luego se volvió frío y un viento helado sopló sobre nosotros. Empapados, con cuerpos temblorosos y dientes castañeteando, nos acurrucamos en los brazos del otro. Echamos de menos la cueva seca y acogedora que tan rápidamente se calentaba con el calor de nuestros cuerpos.

La mañana nos encontró desdichados y resueltos. No pasaríamos otra noche así. Recordando los refugios en los árboles de nuestros mayores, nos pusimos a trabajar para construir uno para nosotros. Construimos el armazón de un nido rudimentario, y en horquillas más altas incluso colocamos varios palos para el techo. Luego salió el sol, y bajo su benigna influencia olvidamos las dificultades de la noche y nos fuimos en busca del desayuno. Después de eso, para mostrar la inconsecuencia de la vida en aquellos días, nos pusimos a jugar. Debió habernos tomado todo un mes, trabajando intermitentemente, construir nuestra casa en el árbol; y luego, cuando estuvo terminada, nunca la volvimos a usar.

Pero me adelanto en mi historia. Cuando empezamos a jugar, después del desayuno, en el segundo día lejos de las cuevas, Oreja-Tajada me condujo a través de los árboles y hacia el río. Salimos a él donde un gran pantano desembocaba desde el pantano de arándanos. La boca de este pantano era ancha, mientras que el pantano en sí no tenía prácticamente corriente. En el agua estancada, justo dentro de su boca, yacía una masa enredada de tron-

cos de árboles. Algunos de estos, debido al desgaste de las frescas y al estar varados durante largos veranos en bancos de arena, estaban secos y sin ramas. Flotaban alto en el agua, y subían y bajaban o rodaban cuando poníamos nuestro peso sobre ellos.

Aquí y allá, entre los troncos, había grietas de agua, y a través de ellas podíamos ver bancos de peces pequeños, como pececillos, que se movían de un lado a otro. Oreja-Tajada y yo nos convertimos en pescadores de inmediato. Tumbados sobre los troncos, manteniéndonos perfectamente quietos, esperando a que los pececillos se acercaran, hacíamos rápidos movimientos con las manos. Nuestros premios los comíamos en el acto, retorciéndose y húmedos. No notábamos la falta de sal.

La boca del pantano se convirtió en nuestro lugar de juego favorito. Pasábamos muchas horas cada día allí, pescando y jugando en los troncos, y un día, aprendimos nuestras primeras lecciones de navegación. El tronco sobre el que estaba tumbado Oreja-Tajada se soltó. Estaba acurrucado de lado, dormido. Una ligera brisa movió lentamente el tronco lejos de la orilla, y cuando noté su situación, la distancia ya era demasiado grande para que él saltara.

Al principio, el episodio me pareció simplemente divertido. Pero cuando uno de los impulsos vagabundos de miedo, comunes en esa era de inseguridad perpetua, se movió dentro de mí, me di cuenta de mi propia soledad. Me di cuenta repentinamente de la lejanía de Oreja-Tajada allá afuera en ese elemento ajeno a pocos metros de distancia. Le llamé fuertemente, una advertencia. Se despertó asustado y cambió su peso imprudentemente en el tronco. Se dio la vuelta, sumergiéndolo. Tres veces más volvió a sumergirlo mientras intentaba subir de nuevo al tronco. Luego tuvo éxito, agachándose sobre él y parpadeando de miedo.

Yo no podía hacer nada. Ni él tampoco. Nadar era algo que desconocíamos. Ya estábamos demasiado alejados de las formas de vida inferiores como para tener el instinto de nadar, y aún no éramos lo suficientemente humanos como para emprenderlo como la solución de un problema. Deambulé desconsoladamente por la orilla, manteniéndome tan cerca de él en sus viajes involuntarios como pude, mientras él gemía y lloraba hasta que era un milagro que no atrajera a todos los animales cazadores dentro de un kilómetro.

Las horas pasaron. El sol subió sobre nuestras cabezas y comenzó su descenso hacia el oeste. La brisa ligera se desvaneció y dejó a Oreja-Tajada en su tronco flotando a unos treinta metros de distancia. Y entonces, de alguna manera, no sé cómo, Oreja-Tajada hizo el gran descubrimiento. Comenzó a remar con las manos. Al principio, su progreso fue lento y errático. Luego se enderezó y comenzó laboriosamente a remar más y más cerca. No podía entenderlo. Me senté y observé y esperé hasta que alcanzó la orilla.

Pero él había aprendido algo, lo cual era más de lo que yo había hecho. Más tarde en la tarde, se lanzó deliberadamente desde la orilla sobre el tronco. Más tarde me persuadió a unirme a él, y yo también aprendí el truco de remar. Durante los siguientes días no pudimos alejarnos del pantano. Tan absortos estábamos en nuestro nuevo juego que casi descuidamos comer. Incluso dormíamos en un árbol cercano por la noche. Y olvidamos que Ojo-Rojo existía.

Siempre estábamos probando nuevos troncos, y aprendimos que cuanto más pequeño era el tronco, más rápido podíamos hacerlo avanzar. También aprendimos que cuanto más pequeño era el tronco, más probable era que se volcara y nos diera un chapuzón. Aún aprendimos otra cosa sobre los troncos pequeños. Un día remamos nuestros troncos individuales uno al lado del otro. Y entonces, por accidente, en el curso del juego, descubrimos que cuando cada uno, con una mano y un pie, se aferraba al tronco del otro, los troncos se estabilizaban y no se volvían. Tumbados uno al lado del otro en esta posición, nuestras manos y pies exteriores quedaban libres para remar. Nuestro último descubrimiento fue que esta disposición nos permitía usar troncos aún más pequeños y así ganar mayor velocidad. Y ahí terminaron nuestros descubrimientos. Habíamos inventado el catamarán más primitivo, y no tuvimos suficiente sentido para saberlo. Nunca se nos ocurrió atar los troncos con lianas resistentes o raíces fibrosas. Estábamos contentos de mantener los troncos juntos con nuestras manos y pies.

No fue hasta que superamos nuestro primer entusiasmo por la navegación y comenzamos a regresar a nuestro refugio en el árbol para dormir por la noche, que encontramos a la Ágil. La vi primero, recolectando bellotas jóvenes de las ramas de un gran roble cerca de nuestro árbol. Era muy tímida. Al principio, se quedó muy quieta; pero cuando vio que la habíamos descubierto, bajó al suelo y corrió salvajemente. La vimos ocasionalmente duran-

te el día, y llegamos a esperarla cuando viajábamos de un lado a otro entre nuestro árbol y la boca del pantano.

Y luego, un día, no huyó. Esperó nuestra llegada e hizo suaves sonidos de paz. Sin embargo, no pudimos acercarnos mucho. Cuando parecía que nos acercábamos demasiado, salía corriendo y desde una distancia segura volvía a emitir esos suaves sonidos. Esto continuó durante varios días. Nos llevó bastante tiempo conocerla, pero finalmente lo logramos y, a veces, se unía a nosotros en nuestros juegos.

Me gustó desde el principio. Tenía una apariencia muy agradable. Era muy suave. Sus ojos eran los más suaves que había visto. En esto era bastante diferente de las otras niñas y mujeres de la Gente, que nacían viragos. Nunca hacía gritos duros y enojados, y parecía ser su naturaleza huir del problema en lugar de quedarse y pelear.

La suavidad que he mencionado parecía emanar de todo su ser. Su apariencia corporal y facial era la causa de esto. Sus ojos eran más grandes que los de la mayoría de su tipo, y no estaban tan hundidos, mientras que las pestañas eran más largas y regulares. Tampoco su nariz era tan gruesa y chata. Tenía un puente nasal, y las fosas nasales se abrían hacia abajo. Sus incisivos no eran grandes, ni su labio superior largo y colgante, ni su labio inferior prominente. No era muy peluda, excepto en el exterior de los brazos y las piernas y en los hombros; y aunque tenía las caderas delgadas, sus pantorrillas no eran torcidas ni nudosas.

A menudo me he preguntado, mirando hacia atrás desde el siglo XX a través del medio de mis sueños, y siempre se me ha ocurrido que posiblemente ella podría estar relacionada con la Gente del Fuego. Su padre o su madre podrían haber venido de ese grupo superior. Aunque tales cosas no eran comunes, ocurrían, y he visto la prueba de ellas con mis propios ojos, incluso hasta el punto de que miembros de la horda se volvían renegados y se iban a vivir con la Gente de los Árboles.

Todo lo cual no viene al caso. La Ágil era radicalmente diferente de cualquiera de las hembras de la horda, y me gustó desde el principio. Su suavidad y gentileza me atraían. Nunca era brusca, y nunca peleaba. Siempre huía, y aquí se puede notar el significado de su nombre. Era mejor trepadora que Oreja-Tajada o yo. Cuando jugábamos a las atrapadas, nunca podíamos atraparla excepto por accidente, mientras que ella podía atraparnos a volun-

tad. Era increíblemente rápida en todos sus movimientos, y tenía un genio para juzgar distancias que solo se igualaba con su osadía. Extremadamente tímida en todos los demás asuntos, no tenía miedo cuando se trataba de trepar o correr a través de los árboles, y Oreja-Tajada y yo éramos torpes, pesados y cobardes en comparación.

Era huérfana. Nunca la vimos con nadie, y no había manera de saber cuánto tiempo había vivido sola en el mundo. Debió aprender temprano en su infancia indefensa que la seguridad solo residía en la fuga. Era muy sabia y muy discreta. Se convirtió en una especie de juego para Oreja-Tajada y para mí tratar de encontrar dónde vivía. Era seguro que tenía un refugio en algún árbol, y no muy lejos; pero la siguiéramos como la siguiéramos, nunca pudimos encontrarlo. Estaba dispuesta a unirse a nosotros en el juego durante el día, pero guardaba celosamente el secreto de su lugar de residencia.

CAPÍTULO XI

Debe recordarse que la descripción que acabo de dar de la Ágil no es la descripción que habría dado Diente-Grande, mi otro yo de mis sueños, mi ancestro prehistórico. Es a través del medio de mis sueños que yo, el hombre moderno, miro a través de los ojos de Diente-Grande y veo.

Y así es con mucho de lo que narro de los eventos de ese tiempo lejano. Hay una dualidad en mis impresiones que es demasiado confusa para imponer a mis lectores. Simplemente me detendré aquí en mi narrativa para indicar esta dualidad, esta mezcla desconcertante de personalidad. Soy yo, el moderno, quien mira hacia atrás a través de los siglos y pesa y analiza las emociones y los motivos de Diente-Grande, mi otro yo. Él no se molestaba en pesar y analizar. Era la simplicidad misma. Simplemente vivía los eventos, sin preguntarse nunca por qué los vivía de su manera particular y a menudo errática.

A medida que yo, mi yo real, envejecía, me sumergía cada vez más en la sustancia de mis sueños. Uno puede soñar, e incluso en medio del sueño ser consciente de que está soñando, y si el sueño es malo, consolarse con la idea de que solo es un sueño. Esta es una experiencia común para todos nosotros. Y así fue que yo, el moderno, a menudo entraba en mi sueño, y en la consecuente extraña dualidad de personalidad, era tanto actor como espectador. Y muchas veces me he perturbado y exasperado con la tontería, la ilógica, la obtusidad y la estupidez general y colosal de mí mismo, el primitivo.

Y una cosa más, antes de terminar esta digresión. ¿Alguna vez has soñado que sueñas? Los perros sueñan, los caballos sueñan, todos los animales sueñan. En los días de Diente-Grande, los medio-hombres soñaban, y cuando los sueños eran malos, aullaban en su sueño. Ahora yo, el moderno, me he acostado con Diente-Grande y he soñado sus sueños.

Esto está casi más allá del alcance del intelecto, lo sé; pero sé que he hecho esto. Y déjame decirte que los sueños voladores y reptantes de Diente-Grande eran tan vívidos para él como lo es para ti el sueño de caer por el espacio.

Porque Diente-Grande también tenía un otro yo, y cuando dormía, ese otro yo soñaba hacia el pasado, hacia los reptiles alados y el choque y el embate de los dragones, y más allá, hacia la vida roedora y parecida a un roedor de los pequeños mamíferos, y aún más remotamente, hacia la baba costera del mar primitivo. No puedo, no me atrevo, decir más. Todo es demasiado vago y complicado y terrible. Solo puedo insinuar esas vastas y terribles vistas a través de las cuales he vislumbrado vagamente la progresión de la vida, no hacia arriba desde el simio al hombre, sino hacia arriba desde el gusano.

Y ahora volvamos a mi historia. Yo, Diente-Grande, no conocía a la Ágil como una criatura de mayor simetría facial y corporal, con ojos de largas pestañas y un puente en su nariz y fosas nasales que se abrían hacia abajo, tendiendo hacia la belleza. Solo la conocía como la joven de ojos suaves que hacía sonidos suaves y no peleaba. Me gustaba jugar con ella, no sabía por qué, buscar comida en su compañía e ir a los nidos de pájaros con ella. Y debo confesar que me enseñó cosas sobre trepar árboles. Era muy sabia, muy fuerte, y no había faldas que la obstaculizaran.

Fue en esta época que surgió una pequeña deserción por parte de Oreja-Tajada. Se acostumbró a vagar en la dirección del árbol donde vivía mi madre. Le había tomado gusto a mi hermana viciosa, y el Charlatán había llegado a tolerarlo. Además, había varios otros jóvenes, descendientes de las parejas monógamas que vivían en el vecindario, y Oreja-Tajada jugaba con estos jóvenes.

Nunca pude conseguir que la Ágil se uniera a ellos. Cada vez que los visitaba, ella se rezagaba y desaparecía. Recuerdo una vez haber hecho un gran esfuerzo para persuadirla. Pero ella lanzaba miradas ansiosas hacia

atrás, luego se retiraba, llamándome desde un árbol. Así fue que no solía acompañar a Oreja-Tajada cuando iba a visitar a sus nuevos amigos. La Ágil y yo éramos buenas camaradas, pero, por más que lo intentara, nunca pude encontrar su refugio en el árbol. Sin duda, si no hubiera pasado nada, pronto nos habríamos emparejado, ya que nuestro gusto era mutuo; pero algo sucedió.

Una mañana, la Ágil no había aparecido, y Oreja-Tajada y yo estábamos en la desembocadura del pantano jugando en los troncos. Apenas habíamos salido al agua, cuando nos sorprendió un rugido de furia. Era Ojo-Rojo. Estaba agazapado en el borde del amontonamiento de madera y nos miraba con odio. Estábamos muy asustados, pues allí no había una cueva de boca estrecha para refugiarnos. Pero los veinte pies de agua que intervenían nos daban seguridad temporal, y recobramos el valor.

Ojo-Rojo se puso de pie erguido y comenzó a golpear su pecho peludo con el puño. Nuestros dos troncos estaban uno al lado del otro, y nos sentamos en ellos y nos reímos de él. Al principio nuestra risa era a medias, teñida de miedo, pero a medida que nos convencimos de su impotencia, nos volvimos más estruendosos. Se enfureció y rechinó los dientes en una furia impotente. Y en nuestra falsa seguridad, lo burlamos una y otra vez. Nosotros, la Gente, éramos siempre cortos de vista.

Ojo-Rojo cesó abruptamente de golpearse el pecho y rechinar los dientes, y corrió a través del amontonamiento de madera hacia la orilla. Y tan abruptamente nuestra alegría dio paso a la consternación. No era el estilo de Ojo-Rojo renunciar a la venganza tan fácilmente. Esperamos con miedo y temblor lo que fuera a suceder. Nunca se nos ocurrió remar lejos. Regresó dando grandes saltos a través del amontonamiento, una enorme mano llena de guijarros redondeados por el agua. Me alegra que no pudiera encontrar misiles más grandes, como piedras de dos o tres libras, porque estábamos a no más de veinte pies de distancia, y seguramente nos habría matado.

De todos modos, estábamos en no poco peligro. ¡Zas! Un pequeño guijarro pasó zumbando con la fuerza casi de una bala. Oreja-Tajada y yo comenzamos a remar frenéticamente. ¡Zas! ¡Zas! ¡Bum! Oreja-Tajada gritó de dolor repentino. El guijarro lo había golpeado entre los hombros. Luego me golpeó uno a mí y grité. Lo único que nos salvó fue el agotamiento de la

munición de Ojo-Rojo. Corrió de nuevo a la cama de grava por más, mientras Oreja-Tajada y yo remábamos.

Poco a poco nos alejamos de su alcance, aunque Ojo-Rojo continuó haciendo viajes por más munición y los guijarros seguían zumbando a nuestro alrededor. En el centro del pantano había una leve corriente, y en nuestra excitación no notamos que nos estaba llevando hacia el río. Remamos, y Ojo-Rojo se mantuvo lo más cerca posible de nosotros, siguiendo a lo largo de la orilla. Luego descubrió rocas más grandes. Tal munición aumentó su alcance. Un fragmento, de al menos cinco libras de peso, chocó contra el tronco junto a mí, y tal fue su impacto que clavó una veintena de astillas, como agujas ardientes, en mi pierna. Si me hubiera golpeado, me habría matado.

Y entonces la corriente del río nos atrapó. Tan frenéticamente estábamos remando que Ojo-Rojo fue el primero en notarlo, y nuestra primera advertencia fue su grito de triunfo. Donde el borde de la corriente chocaba con el agua del pantano había una serie de remolinos o pequeños torbellinos. Estos atraparon nuestros torpes troncos y los hicieron girar de un lado a otro. Dejamos de remar y dedicamos toda nuestra energía a mantener los troncos juntos. Mientras tanto, Ojo-Rojo continuaba bombardeándonos, los fragmentos de roca cayendo a nuestro alrededor, salpicándonos con agua y amenazando nuestras vidas. Al mismo tiempo, se regodeaba sobre nosotros, salvaje y ruidosamente.

Sucedió que había un giro pronunciado en el río en el punto donde entraba el pantano, y toda la corriente principal del río se desviaba hacia la otra orilla. Y hacia esa orilla, que era la orilla norte, derivamos rápidamente, al mismo tiempo que íbamos río abajo. Esto rápidamente nos sacó del alcance de Ojo-Rojo, y lo último que vimos de él fue en un punto de tierra, donde saltaba arriba y abajo y cantaba un himno de victoria.

Más allá de mantener los dos troncos juntos, Oreja-Tajada y yo no hicimos nada. Estábamos resignados a nuestro destino, y seguimos resignados hasta que nos dimos cuenta de que estábamos derivando a lo largo de la orilla norte a no más de cien pies de distancia. Comenzamos a remar hacia ella. Aquí, la fuerza principal de la corriente se lanzaba de nuevo hacia la orilla sur, y el resultado de nuestro remo fue que cruzamos la corriente don-

de era más rápida y estrecha. Antes de darnos cuenta, estábamos fuera de ella y en un remanso tranquilo.

Nuestros troncos derivaron lentamente y finalmente encallaron suavemente en la orilla. Oreja-Tajada y yo nos arrastramos a la orilla. Los troncos continuaron su deriva fuera del remanso y se alejaron río abajo. Nos miramos, pero no reímos. Estábamos en una tierra extraña, y no se nos ocurrió que podríamos regresar a nuestra propia tierra de la misma manera en que habíamos llegado.

Habíamos aprendido a cruzar un río, aunque no lo sabíamos. Y esto era algo que ninguno de la Gente había hecho antes. Éramos los primeros de la Gente en poner pie en la orilla norte del río y, por lo que sé, creo que los últimos. Es indudable que lo habrían hecho en el tiempo por venir; pero la migración de la Gente del Fuego, y la consiguiente migración de los supervivientes de la Gente, retrasaron nuestra evolución durante siglos.

De hecho, no hay forma de saber cuán desastroso fue el resultado de la migración de la Gente del Fuego. Personalmente, me inclino a creer que provocó la destrucción de la Gente; que nosotros, una rama de la vida inferior que empezaba a desarrollarse hacia lo humano, fuimos truncados y perecimos junto a la costa rugiente donde el río desembocaba en el mar. Por supuesto, en tal eventualidad, yo aún quedo por explicar; pero me adelanto a mi historia, y tal explicación se hará antes de que termine.

CAPÍTULO XII

No tengo idea de cuánto tiempo vagamos Oreja-Tajada y yo en la tierra al norte del río. Éramos como marineros náufragos en una isla desierta, en lo que concernía la probabilidad de regresar a casa. Le dimos la espalda al río y durante semanas y meses nos aventuramos en ese desierto donde no había gente. Es muy difícil para mí reconstruir nuestro viaje y es imposible hacerlo día a día. La mayor parte está borrosa e indistinta, aunque aquí y allá tengo recuerdos vívidos de cosas que ocurrieron.

Recuerdo especialmente el hambre que sufrimos en las montañas entre el Lago Largo y el Lago Lejano, y el ternero que atrapamos durmiendo en el matorral. También, están los Gente de los Árboles que habitaban el bosque entre el Lago Largo y las montañas. Fueron ellos quienes nos persiguieron hacia las montañas y nos obligaron a viajar hasta el Lago Lejano.

Primero, después de dejar el río, nos dirigimos hacia el oeste hasta llegar a un pequeño arroyo que fluía a través de pantanos. Aquí nos desviamos hacia el norte, bordeando los pantanos y después de varios días llegamos a lo que he llamado Lago Largo. Pasamos algún tiempo alrededor de su extremo superior, donde encontramos abundante comida; y luego, un día, en el bosque, nos topamos con los Gente de los Árboles. Estas criaturas eran simios feroces, nada más. Y, sin embargo, no eran tan diferentes de nosotros. Eran más peludos, es cierto; sus piernas eran un poco más torcidas y nudosas, sus ojos un poco más pequeños, sus cuellos un poco más gruesos y cortos, y sus fosas nasales un poco más parecidas a orificios en una superficie hundida; pero no tenían pelo en la cara ni en las palmas de las manos ni en las plantas de los pies, y emitían sonidos similares a los nuestros con significados algo

similares. Después de todo, los Gente de los Árboles y la Gente no eran tan diferentes.

Lo encontré primero, un pequeño y marchito viejo, con cara arrugada, ojos llorosos y tambaleante. Era una presa legítima. En nuestro mundo no había simpatía entre las especies, y él no era de nuestra especie. Era un Hombre de los Árboles, y era muy viejo. Estaba sentado al pie de un árbol, evidentemente su árbol, pues podíamos ver el nido raído en las ramas, en el que dormía por la noche.

Se lo señalé a Oreja-Tajada, y corrimos hacia él. Empezó a trepar, pero era demasiado lento. Lo agarré por la pierna y lo arrastré de vuelta. Entonces nos divertimos. Lo pellizcamos, le tiramos del pelo, le retorcimos las orejas y le clavamos ramas, y todo el tiempo reímos con los ojos llorosos. Su ira inútil era lo más absurdo. Era un espectáculo cómico, esforzándose por avivar las frías cenizas de su juventud, para resucitar su fuerza muerta y perdida por el paso de los años, haciendo caras lamentables en lugar de las feroces que pretendía, rechinando sus dientes gastados, golpeando su pecho escuálido con puños débiles.

Además, tenía una tos y jadeaba, carraspeaba y resoplaba prodigiosamente. Cada vez que intentaba trepar al árbol, lo arrastrábamos de vuelta, hasta que finalmente se rindió a su debilidad y no hizo más que sentarse y llorar. Y Oreja-Tajada y yo nos sentamos con él, con los brazos alrededor del otro, y nos reímos de su desdicha.

De llorar pasó a gimotear, y de gimotear a lamentarse, hasta que finalmente logró un grito. Esto nos alarmó, pero cuanto más tratábamos de hacerlo callar, más fuerte gritaba. Y luego, no muy lejos en el bosque, llegó a nuestros oídos un "¡Goek! ¡Goek!". A esto hubo respuestas, varias de ellas, y desde muy lejos pudimos escuchar un gran y grave "¡Goek! ¡Goek! ¡Goek!". También, el "¡Whoo-who!" estaba aumentando en el bosque a nuestro alrededor.

Entonces comenzó la persecución. Parecía que nunca terminaría. Nos persiguieron a través de los árboles, toda la tribu de ellos, y casi nos atraparon. Nos vimos obligados a bajar al suelo, y aquí tuvimos la ventaja, pues ellos eran verdaderamente los Gente de los Árboles, y mientras ellos trepaban mejor que nosotros, nosotros corríamos mejor en el suelo. Nos dirigimos hacia el norte, la tribu aullando tras nuestros pasos. A través de los es-

pacios abiertos ganamos terreno, y en los matorrales nos alcanzaron, y más de una vez fue una cuestión de vida o muerte. Y a medida que continuaba la persecución, nos dimos cuenta de que no éramos de su especie, y que los lazos entre nosotros eran cualquier cosa menos simpáticos.

Nos persiguieron durante horas. El bosque parecía interminable. Nos manteníamos en los claros tanto como fuera posible, pero siempre terminaban en más bosque espeso. A veces pensábamos que habíamos escapado y nos sentábamos a descansar; pero siempre, antes de que pudiéramos recuperar el aliento, escuchábamos los odiosos "¡Whoo-who!" y los terribles "¡Goek! ¡Goek! ¡Goek!". Este último a veces terminaba en un salvaje "¡Ja ja ja ja jaaaaa!".

Y de esta manera fuimos cazados a través del bosque por los exasperados Gente de los Árboles. Finalmente, a media tarde, las laderas comenzaron a elevarse cada vez más y los árboles se volvieron más pequeños. Entonces salimos a las laderas cubiertas de hierba de las montañas. Aquí era donde podíamos avanzar, y aquí los Gente de los Árboles se rindieron y regresaron a su bosque.

Las montañas eran desoladas e inhóspitas, y tres veces esa tarde intentamos regresar al bosque. Pero los Gente de los Árboles estaban al acecho y nos hicieron retroceder. Oreja-Tajada y yo dormimos esa noche en un árbol enano, no más grande que un arbusto. Aquí no había seguridad y habríamos sido una presa fácil para cualquier animal cazador que pasara.

Por la mañana, debido al nuevo respeto que habíamos ganado por los Gente de los Árboles, nos adentramos en las montañas. No teníamos un plan definido ni una idea clara, estoy seguro. Simplemente éramos empujados por el peligro que habíamos escapado. De nuestras andanzas por las montañas solo tengo recuerdos vagos. Estuvimos en esa región desolada muchos días y sufrimos mucho, especialmente de miedo, todo era tan nuevo y extraño. También, sufrimos de frío y más tarde de hambre.

Era una tierra desolada de rocas y arroyos espumosos y cataratas atronadoras. Escalamos y descendimos cañones y gargantas enormes; y siempre, desde cada punto de vista, se extendían ante nosotros, en todas las direcciones, cadena tras cadena, las incesantes montañas. Dormíamos por la noche en agujeros y grietas, y una noche fría nos encaramamos en la cima de una delgada aguja de roca que era casi como un árbol.

Y luego, por fin, un mediodía caluroso, mareados de hambre, llegamos a la divisoria. Desde esta alta columna vertebral de la tierra, hacia el norte, a través de las cadenas decrecientes y descendentes, vislumbramos un lago lejano. El sol brillaba sobre él y alrededor había llanuras abiertas y niveladas, mientras que hacia el este vimos la línea oscura de un extenso bosque.

Nos tomó dos días llegar al lago, y estábamos débiles de hambre; pero en su orilla, durmiendo cómodamente en un matorral, encontramos un ternero a medio crecer. Nos dio mucho trabajo, pues no conocíamos otra forma de matar que con nuestras manos. Cuando nos hartamos, llevamos el resto de la carne hacia el bosque oriental y la escondimos en un árbol. Nunca regresamos a ese árbol, pues la orilla del arroyo que drenaba el Lago Lejano estaba repleta de salmones que habían subido del mar para desovar.

Hacia el oeste del lago se extendían las llanuras, y allí había multitudes de bisontes y ganado salvaje. También había muchas manadas de perros salvajes, y como no había árboles, no era un lugar seguro para nosotros. Seguimos hacia el norte a lo largo del arroyo durante días. Luego, y por qué razón no lo sé, nos desviamos abruptamente hacia el este, y luego hacia el sureste, a través de un gran bosque. No los aburriré con nuestro viaje. Solo lo indico para mostrar cómo finalmente llegamos al país de los Gente del Fuego.

Salimos al río, pero no sabíamos que era nuestro río. Habíamos estado perdidos tanto tiempo que habíamos llegado a aceptar la condición de estar perdidos como habitual. Al mirar hacia atrás, veo claramente cómo nuestras vidas y destinos están moldeados por la más mínima casualidad. No sabíamos que era nuestro río, no había forma de saberlo; y si nunca lo hubiéramos cruzado, probablemente nunca habríamos regresado a la horda; y yo, el moderno, el nacido mil siglos después, nunca habría nacido.

Y, sin embargo, Oreja-Tajada y yo deseábamos mucho regresar. Habíamos experimentado nostalgia en nuestro viaje, el anhelo de nuestra propia gente y tierra; y a menudo había tenido recuerdos de la Rápida, la joven que emitía sonidos suaves, con la que era bueno estar y que vivía sola, nadie sabía dónde. Mis recuerdos de ella iban acompañados de sensaciones de hambre, y las sentía cuando no tenía hambre y cuando acababa de comer.

Pero volvamos al río. La comida era abundante, principalmente bayas y raíces suculentas, y en la orilla del río jugamos y nos quedamos varios días.

Y entonces se le ocurrió la idea a Oreja-Tajada. Fue un proceso visible, el surgimiento de la idea. Lo vi. La expresión en sus ojos se volvió lánguida y quejumbrosa, y estaba muy perturbado. Luego sus ojos se volvieron turbios, como si hubiera perdido el control del pensamiento incoherente. Esto fue seguido por la expresión lánguida y quejumbrosa cuando la idea persistió y la captó nuevamente. Me miró, y miró al río y a la orilla lejana. Intentó hablar, pero no tenía sonidos con los cuales expresar la idea. El resultado fue un galimatías que me hizo reír. Esto lo enojó y me agarró de repente y me tiró de espaldas. Por supuesto, peleamos, y al final lo perseguí hasta un árbol, donde consiguió una rama larga y me pinchaba cada vez que intentaba acercarme a él.

Y la idea había desaparecido. Yo no sabía, y él había olvidado. Pero a la mañana siguiente volvió a despertarse en él. Quizás era el instinto de hogar en él afirmándose lo que hacía que la idea persistiera. En cualquier caso, allí estaba, y más clara que antes. Me llevó hasta el agua, donde un tronco había encallado en un remanso. Pensé que tenía ganas de jugar, como habíamos jugado en la boca del pantano. Ni cambié de opinión mientras lo observaba remolcar un segundo tronco desde más abajo en la orilla.

No fue hasta que estuvimos en los troncos, uno al lado del otro y sosteniéndolos juntos, y remamos hacia la corriente, que comprendí su intención. Se detuvo para señalar la orilla lejana y reanudó su remo, al mismo tiempo que emitía fuertes y alentadores gritos. Lo entendí, y remamos enérgicamente. La corriente rápida nos atrapó, nos lanzó hacia la orilla sur, pero antes de que pudiéramos hacer un aterrizaje, nos lanzó de vuelta hacia la orilla norte.

Aquí surgió la disensión. Al ver la orilla norte tan cerca, comencé a remar hacia ella. Oreja-Tajada trató de remar hacia la orilla sur. Los troncos giraron en círculos, y no llegamos a ninguna parte, y todo el tiempo el bosque pasaba rápidamente mientras derivábamos río abajo. No podíamos pelear. Sabíamos mejor que soltar los agarres de manos y pies que mantenían los troncos juntos. Pero charlamos y nos insultamos con la lengua hasta que la corriente nos arrojó hacia la orilla sur nuevamente. Esa era ahora la meta más cercana, y juntos y amistosamente remamos hacia ella. Atracamos en un remanso y trepamos directamente a los árboles para reconocer el terreno.

CAPÍTULO XIII

No fue hasta la noche de nuestro primer día en la orilla sur del río que descubrimos a la Gente del Fuego. Debía de ser un grupo de cazadores errantes que acampaban no lejos del árbol en el que Oreja-Tajada y yo habíamos decidido refugiarnos para la noche. Al principio, las voces de la Gente del Fuego nos alarmaron, pero más tarde, cuando cayó la oscuridad, nos atrajo el fuego. Nos deslizamos cautelosa y silenciosamente de árbol en árbol hasta que conseguimos una buena vista de la escena.

En un espacio abierto entre los árboles, cerca del río, el fuego ardía. Alrededor había media docena de Hombres del Fuego. Oreja-Tajada me agarró de repente y sentí cómo temblaba. Miré más de cerca y vi al pequeño y arrugado cazador que había disparado a Diente-Roto del árbol años antes. Cuando se levantó y caminó, echando leña fresca al fuego, vi que cojeaba con su pierna lisiada. Fuera lo que fuese, era una lesión permanente. Parecía más seco y arrugado que nunca, y el pelo de su cara era bastante gris.

Los otros cazadores eran hombres jóvenes. Noté, tirados cerca de ellos en el suelo, sus arcos y flechas, y supe lo que eran esas armas. Los Hombres del Fuego llevaban pieles de animales alrededor de la cintura y sobre los hombros. Sin embargo, sus brazos y piernas estaban descubiertos, y no llevaban calzado. Como he dicho antes, no eran tan peludos como nosotros, la Gente. No tenían cabezas grandes, y entre ellos y la Gente había muy poca diferencia en el grado de inclinación de la cabeza hacia atrás desde los ojos.

Estaban menos encorvados que nosotros, menos elásticos en sus movimientos. Sus columnas vertebrales, caderas y articulaciones de las rodillas

parecían más rígidas. Sus brazos tampoco eran tan largos como los nuestros, y no noté que se equilibraran cuando caminaban, tocando el suelo a ambos lados con las manos. Además, sus músculos eran más redondeados y simétricos que los nuestros, y sus caras eran más agradables. Sus fosas nasales se abrían hacia abajo; del mismo modo, los puentes de sus narices estaban más desarrollados, no parecían tan aplastados ni aplastados como los nuestros. Sus labios eran menos flácidos y colgantes, y sus dientes caninos no parecían tanto colmillos. Sin embargo, tenían las caderas igual de estrechas que nosotros y no pesaban mucho más. En resumen, eran menos diferentes de nosotros de lo que nosotros éramos de la Gente de los Árboles. Ciertamente, los tres tipos estaban relacionados, y no tan remotamente relacionados.

El fuego alrededor del cual se sentaban era especialmente atractivo. Oreja-Tajada y yo nos sentamos durante horas, mirando las llamas y el humo. Era más fascinante cuando echaban combustible fresco y lluvias de chispas volaban hacia arriba. Quería acercarme más y mirar el fuego, pero no había manera. Estábamos agazapados en las horquillas de un árbol en el borde del espacio abierto, y no nos atrevimos a correr el riesgo de ser descubiertos.

Los Hombres del Fuego se agachaban alrededor del fuego y dormían con la cabeza inclinada hacia adelante sobre las rodillas. No dormían profundamente. Sus oídos se movían en su sueño y eran inquietos. De vez en cuando, uno u otro se levantaba y echaba más leña al fuego. Alrededor del círculo de luz en el bosque, en la oscuridad más allá, rondaban animales cazadores. Oreja-Tajada y yo podíamos distinguirlos por sus sonidos. Había perros salvajes y una hiena, y durante un tiempo hubo un gran aullido y gruñido que despertó en el acto a todo el círculo de Hombres del Fuego durmiendo.

Una vez, un león y una leona se pararon debajo de nuestro árbol y miraron con pelo erizado y ojos parpadeantes. El león se lamió los labios y estaba nervioso de ansiedad, como si quisiera avanzar y darse un festín. Pero la leona era más cautelosa. Fue ella quien nos descubrió, y la pareja se quedó mirando hacia arriba en silencio, con las narices palpitantes y olfateando. Luego gruñeron, miraron una vez más el fuego y se alejaron hacia el bosque.

Por mucho más tiempo, Oreja-Tajada y yo permanecemos mirando. De vez en cuando podíamos escuchar el crujido de cuerpos pesados en los ma-

torrales y la maleza, y desde la oscuridad del otro lado, a través del círculo, podíamos ver ojos brillando en la luz del fuego. En la distancia, escuchamos rugir a un león, y desde muy lejos llegó el grito de algún animal herido, chapoteando y forcejeando en un lugar para beber. También, desde el río, llegó un gran gruñido de rinocerontes.

Por la mañana, después de haber dormido, volvimos al fuego. Todavía humeaba y los Hombres del Fuego se habían ido. Hicimos un círculo a través del bosque para asegurarnos, y luego corrimos hacia el fuego. Quería ver cómo era, y entre el pulgar y el índice tomé un carbón encendido. Mi grito de dolor y miedo, al soltarlo, hizo que Oreja-Tajada huyera a los árboles, y su huida me asustó tras él.

La siguiente vez volvimos más cautelosamente y evitamos los carbones encendidos. Nos pusimos a imitar a los Hombres del Fuego. Nos agachamos junto al fuego, y con las cabezas inclinadas sobre las rodillas, fingimos dormir. Luego imitamos su habla, hablándonos entre nosotros a su manera y haciendo un gran galimatías. Recordé haber visto al cazador arrugado avivar el fuego con un palo. Avivé el fuego con un palo, levantando masas de carbones encendidos y nubes de cenizas blancas. Esto fue un gran deporte, y pronto estuvimos cubiertos de cenizas.

Era inevitable que imitáramos a los Hombres del Fuego al reavivar el fuego. Lo intentamos primero con pequeños trozos de madera. Fue un éxito. La madera se encendió y crujió, y bailamos y charlamos de alegría. Luego comenzamos a echar trozos de madera más grandes. Echamos más y más hasta tener un gran fuego. Corríamos de un lado a otro excitados, arrastrando ramas y ramas secas del bosque. Las llamas se elevaban más y más, y la columna de humo superaba en altura a los árboles. Había un tremendo chasquido y crujido y rugido. Fue la obra más monumental que habíamos logrado con nuestras manos, y estábamos orgullosos de ello. También éramos Hombres del Fuego, pensábamos, mientras bailábamos allí, gnomos blancos en la conflagración.

La hierba seca y los matorrales se incendiaron, pero no nos dimos cuenta. De repente, un gran árbol en el borde del espacio abierto estalló en llamas.

Lo miramos con ojos asustados. Su calor nos hizo retroceder. Otro árbol se encendió, y otro, y luego media docena. Estábamos asustados. El monstruo se había desatado. Nos agazapamos con miedo mientras el fuego con-

sumía alrededor del círculo y nos cercaba. En los ojos de Oreja-Tajada apareció la mirada triste que siempre acompañaba a la incomprensión, y sé que en mis ojos debía de haber la misma mirada. Nos acurrucamos, con los brazos alrededor del otro, hasta que el calor comenzó a alcanzarnos y el olor a pelo quemado llegó a nuestras narices. Entonces hicimos un esfuerzo y huimos hacia el oeste a través del bosque, mirando hacia atrás y riendo mientras corríamos.

A mediodía llegamos a un istmo, hecho, como luego descubrimos, por una gran curva del río que casi completaba un círculo. Justo a través del istmo se agrupaban varias colinas bajas y parcialmente arboladas. Las escalamos, mirando hacia atrás al bosque que se había convertido en un mar de llamas que avanzaba hacia el este con un viento creciente. Continuamos hacia el oeste, siguiendo la orilla del río, y antes de darnos cuenta estábamos en medio del lugar de residencia de la Gente del Fuego.

Este lugar de residencia era una selección estratégica espléndida. Era una península, protegida en tres lados por el río curvo. Solo en un lado era accesible por tierra. Este era el estrecho cuello de la península, y aquí las varias colinas bajas eran un obstáculo natural. Prácticamente aislada del resto del mundo, la Gente del Fuego debió de haber vivido y prosperado aquí durante mucho tiempo. De hecho, creo que fue su prosperidad la responsable de la subsiguiente migración que causó tal calamidad a la Gente. La Gente del Fuego debió de aumentar en número hasta presionar incómodamente contra los límites de su hábitat. Se estaban expandiendo, y en el curso de su expansión empujaron a la Gente antes de ellos y se asentaron ellos mismos en las cuevas y ocuparon el territorio que habíamos ocupado.

Pero Oreja-Tajada y yo no soñábamos con todo esto cuando nos encontramos en la fortaleza de la Gente del Fuego. Solo teníamos una idea, y era escapar, aunque no pudimos evitar satisfacer nuestra curiosidad mirando al pueblo. Por primera vez vimos a las mujeres y los niños de la Gente del Fuego. Los últimos corrían en su mayoría desnudos, aunque las primeras llevaban pieles de animales salvajes.

La Gente del Fuego, como nosotros, vivía en cuevas. El espacio abierto frente a las cuevas descendía hasta el río, y en el espacio abierto ardían muchos pequeños fuegos. Pero si la Gente del Fuego cocinaba su comida o no, no lo sé. Oreja-Tajada y yo no los vimos cocinar. Sin embargo, es mi opi-

nión que seguramente debieron realizar algún tipo de cocción rudimentaria. Al igual que nosotros, llevaban agua en calabazas desde el río. Había mucho ir y venir y fuertes gritos de las mujeres y los niños. Estos últimos jugaban y hacían travesuras de manera bastante similar a los niños de la Gente, y se parecían más a los niños de la Gente que los adultos de la Gente del Fuego se parecían a los adultos de la Gente.

Oreja-Tajada y yo no nos demoramos mucho. Vimos a algunos de los muchachos disparando con arco y flecha, y nos escabullimos de nuevo en el bosque más espeso y nos dirigimos al río. Y allí encontramos una balsa, una verdadera balsa, evidentemente hecha por algún Hombre del Fuego. Los dos troncos eran pequeños y rectos, y estaban atados juntos mediante raíces resistentes y travesaños de madera.

Esta vez la idea se nos ocurrió simultáneamente. Estábamos tratando de escapar del territorio de la Gente del Fuego. ¿Qué mejor manera que cruzar el río en estos troncos? Subimos a bordo y nos alejamos. Algo repentino agarró la balsa y la lanzó violentamente corriente abajo contra la orilla. La parada abrupta casi nos hizo caer al agua. La balsa estaba atada a un árbol con una cuerda de raíces retorcidas. Esto lo desatamos antes de alejarnos de nuevo.

Para cuando habíamos remado bien hacia la corriente, habíamos derivado tan lejos río abajo que estábamos a la vista completa del lugar de residencia de la Gente del Fuego. Tan ocupados estábamos con nuestro remo, con los ojos fijos en la otra orilla, que no supimos nada hasta que nos sobresaltó un grito desde la orilla. Miramos alrededor. Allí estaba la Gente del Fuego, muchos de ellos, mirándonos y señalándonos, y más estaban saliendo de las cuevas. Nos sentamos para mirar y olvidamos todo sobre remar. Hubo un gran alboroto en la orilla. Algunos de los Hombres del Fuego dispararon sus arcos hacia nosotros, y algunas de las flechas cayeron cerca de nosotros, pero el alcance era demasiado grande.

Fue un gran día para Oreja-Tajada y para mí. Hacia el este, la conflagración que habíamos comenzado llenaba la mitad del cielo con humo. Y allí estábamos, perfectamente seguros en el medio del río, rodeando la fortaleza de la Gente del Fuego. Nos sentamos y nos reímos de ellos mientras pasábamos rápidamente, girando hacia el sur, y sureste hacia el este, e incluso hacia el noreste, y luego al este nuevamente, sureste y sur y dando la vuelta

hacia el oeste, una gran curva doble donde el río casi se anudaba a sí mismo.

Mientras avanzábamos hacia el oeste, dejando a la Gente del Fuego muy atrás, una escena familiar se presentó ante nuestros ojos.

Era el gran lugar de bebida, donde habíamos vagado una o dos veces para observar el circo de los animales cuando bajaban a beber. Más allá, sabíamos, estaba el campo de zanahorias, y más allá de eso, las cuevas y el lugar de residencia de la horda. Comenzamos a remar hacia la orilla que se deslizaba rápidamente y antes de darnos cuenta estábamos en los lugares de bebida usados por la horda. Allí estaban las mujeres y los niños, los portadores de agua, varios de ellos, llenando sus calabazas. Al vernos, se precipitaron frenéticamente por las rampas, dejando tras de sí un rastro de calabazas que habían dejado caer.

Desembarcamos, y por supuesto olvidamos atar la balsa, que flotó río abajo. Con mucha cautela subimos por una rampa. La Gente había desaparecido en sus agujeros, aunque aquí y allá podíamos ver una cara asomándose. No había señales de Ojo-Rojo. Estábamos de vuelta en casa. Y esa noche dormimos en nuestra pequeña cueva en lo alto del acantilado, aunque primero tuvimos que desalojar a un par de jóvenes beligerantes que se habían apoderado de ella.

CAPÍTULO XIV

Los meses pasaron. El drama y la tragedia del futuro aún no habían llegado al escenario, y mientras tanto, machacábamos nueces y vivíamos. Fue un buen año, recuerdo, para las nueces. Solíamos llenar calabazas con nueces y llevarlas a los lugares de machacado. Las colocábamos en depresiones en la roca y, con un trozo de roca en nuestras manos, las rompíamos y las comíamos mientras las rompíamos.

Era el otoño del año cuando Oreja-Tajada y yo regresamos de nuestra larga aventura, y el invierno que siguió fue suave. Hice frecuentes viajes al vecindario de mi viejo árbol hogar, y frecuentemente busqué en todo el territorio que se extendía entre el pantano de arándanos y la desembocadura del arroyo donde Oreja-Tajada y yo habíamos aprendido a navegar, pero no pude obtener ninguna pista de la Rápida. Ella había desaparecido. Y la deseaba. Estaba impulsado por ese hambre que he mencionado y que era similar al hambre física, aunque a menudo me asaltaba cuando mi estómago estaba lleno. Pero toda mi búsqueda fue en vano.

Sin embargo, la vida no era monótona en las cuevas. Había que considerar a Ojo-Rojo. Oreja-Tajada y yo nunca conocíamos un momento de paz excepto cuando estábamos en nuestra propia pequeña cueva. A pesar de la ampliación que habíamos hecho en la entrada, aún nos costaba pasar. Y aunque de vez en cuando seguíamos agrandándola, aún era demasiado pequeña para el monstruoso cuerpo de Ojo-Rojo. Pero nunca más asaltó nuestra cueva. Había aprendido bien la lección, y llevaba en el cuello un bulto prominente que mostraba donde lo había golpeado con la roca. Este bulto nunca desapareció, y era lo suficientemente prominente como para verse a

distancia. A menudo me deleitaba enormemente al observar esa evidencia de mi trabajo; y a veces, cuando estaba seguro de estar a salvo, la vista de eso me hacía reír.

Aunque los otros de la Gente no habrían acudido a nuestro rescate si Ojo-Rojo hubiera procedido a despedazar a Oreja-Tajada y a mí ante sus ojos, no obstante, simpatizaban con nosotros. Posiblemente no era simpatía, sino la forma en que expresaban su odio hacia Ojo-Rojo; de cualquier manera, siempre nos advertían de su acercamiento. Ya fuera en el bosque, en los lugares de bebida o en el espacio abierto frente a las cuevas, siempre estaban rápidos para advertirnos. Así teníamos la ventaja de muchos ojos en nuestra disputa con Ojo-Rojo, el atavismo.

Una vez, casi me atrapa. Era temprano en la mañana, y la Gente aún no se había levantado. La sorpresa fue completa. Me cortó el paso hacia el acantilado a mi cueva. Antes de darme cuenta, había corrido hacia la cueva doble, la cueva donde Oreja-Tajada primero me había eludido muchos años antes, y donde el viejo Diente de Sable había sido desbaratado cuando persiguió a los dos de la Gente. Cuando atravesé el pasaje entre las dos cuevas, descubrí que Ojo-Rojo no me estaba siguiendo. Al momento siguiente, irrumpió en la cueva desde el exterior. Volví a deslizarme por el pasaje, y él volvió a salir y entrar sobre mí nuevamente. Simplemente repetí mi actuación de deslizarme por el pasaje.

Me mantuvo allí medio día antes de rendirse. Después de eso, cuando Oreja-Tajada y yo estábamos razonablemente seguros de llegar a la cueva doble, no nos retirábamos por el acantilado a nuestra propia cueva cuando Ojo-Rojo aparecía. Todo lo que hacíamos era mantener un ojo en él y asegurarnos de que no cortara nuestra línea de retirada.

Fue durante este invierno cuando Ojo-Rojo mató a su última esposa con abusos y repetidas palizas. Lo he llamado un atavismo, pero en esto era peor que un atavismo, porque los machos de los animales inferiores no maltratan ni asesinan a sus compañeras. En esto creo que Ojo-Rojo, a pesar de sus enormes tendencias atavísticas, prefiguraba la llegada del hombre, porque son los machos de la especie humana los únicos que asesinan a sus compañeras.

Como era de esperar, al deshacerse de una esposa, Ojo-Rojo procedió a conseguir otra. Se decidió por la Cantante. Era la nieta del viejo Hueso-Mo-

lleja y la hija del Lampiño. Era una joven, muy dada a cantar en la boca de su cueva al anochecer, y recientemente se había emparejado con Pierna-Torcida. Él era un individuo tranquilo, que no molestaba a nadie y no era dado a las disputas con sus compañeros. De todos modos, no era un luchador. Era pequeño y delgado, y no tan activo en sus piernas como el resto de nosotros.

Ojo-Rojo nunca cometió un acto más indignante. Fue en la tranquilidad del final del día, cuando comenzamos a congregarnos en el espacio abierto antes de subir a nuestras cuevas. De repente, la Cantante subió corriendo una rampa desde un lugar de bebida, perseguida por Ojo-Rojo. Corrió hacia su esposo. El pobre Pierna-Torcida estaba terriblemente asustado. Pero era un héroe. Sabía que la muerte estaba sobre él, pero no huyó. Se levantó y chasqueó, se erizó y mostró sus dientes.

Ojo-Rojo rugió de rabia. Era una ofensa para él que cualquiera de la Gente se atreviera a enfrentarse a él. Su mano se disparó y agarró a Pierna-Torcida por el cuello. Este último hundió sus dientes en el brazo de Ojo-Rojo; pero al momento siguiente, con el cuello roto, Pierna-Torcida se retorció y convulsionaba en el suelo. La Cantante chillaba y balbuceaba. Ojo-Rojo la agarró por el cabello y la arrastró hacia su cueva. La trató con rudeza cuando comenzó la subida, y la arrastró y llevó hasta la cueva.

Estábamos muy enojados, locamente, ruidosamente enojados. Golpeando nuestros pechos, erizándonos y rechinando nuestros dientes, nos reunimos en nuestra furia. Sentimos el estímulo del instinto gregario, la unión como para una acción unida, el impulso hacia la cooperación. De maneras vagas, esta necesidad de acción unida se nos impuso. Pero no había manera de lograrlo porque no había manera de expresarlo. No nos volvimos todos y destruimos a Ojo-Rojo, porque nos faltaba un vocabulario. Estábamos pensando vagamente pensamientos para los cuales no había símbolos de pensamiento. Estos símbolos de pensamiento estaban aún por ser inventados lenta y dolorosamente.

Tratamos de cargar el sonido con los pensamientos vagos que revoloteaban como sombras a través de nuestra conciencia. El Lampiño comenzó a balbucear en voz alta. Con sus ruidos expresó ira contra Ojo-Rojo y deseo de lastimar a Ojo-Rojo. Hasta ahí llegó, y hasta ahí entendimos. Pero cuando trató de expresar el impulso cooperativo que lo agitaba, sus ruidos se

convirtieron en galimatías. Entonces Gran-Cara, con el ceño fruncido y golpeando su pecho, comenzó a balbucear. Uno tras otro, nos unimos a la orgía de furia, hasta que incluso el viejo Hueso-Molleja estaba murmurando y farfullando con su voz quebrada y labios marchitos. Alguien tomó un palo y comenzó a golpear un tronco. En un momento, había establecido un ritmo. Inconscientemente, nuestros gritos y exclamaciones se ajustaron a este ritmo. Tuvo un efecto calmante sobre nosotros; y antes de que nos diéramos cuenta, olvidando nuestra furia, estábamos en pleno swing de un consejo hee-hee.

Estos consejos hee-hee ilustran espléndidamente la inconsecuencia e incongruencia de la Gente. Aquí estábamos, unidos por una rabia mutua y el impulso hacia la cooperación, llevados al olvido por el establecimiento de un ritmo rudimentario. Éramos sociables y gregarios, y estos consejos de canto y risa nos satisfacían. De alguna manera, el consejo hee-hee era una sombra de los consejos del hombre primitivo y de las grandes asambleas nacionales y convenciones internacionales del hombre de hoy. Pero nosotros, la Gente del Mundo Joven, carecíamos de habla, y siempre que nos reuníamos precipitábamos un caos, del cual surgía una unanimidad de ritmo que contenía en sí misma los elementos esenciales del arte por venir. Era arte naciente.

No había nada prolongado en estos ritmos que encontrábamos. Un ritmo se perdía pronto, y el pandemonio reinaba hasta que podíamos encontrar el ritmo nuevamente o comenzar uno nuevo. A veces, media docena de ritmos estarían sonando simultáneamente, cada ritmo respaldado por un grupo que se esforzaba ardentemente por ahogar los otros ritmos.

En los intervalos del pandemonio, cada uno charlaba, actuaba, aullaba, chillaba y bailaba, siendo suficiente para sí mismo, lleno de sus propias ideas y voliciones excluyendo todas las demás, un verdadero centro del universo, divorciado por el momento de cualquier unanimidad con los otros centros del universo que saltaban y gritaban a su alrededor. Luego vendría el ritmo: un aplauso de manos; el golpeteo de un palo sobre un tronco; el ejemplo de uno que saltaba con repeticiones; o el canto de uno que, de manera explosiva y regular, con inflexión que subía y bajaba, decía: "¡A-bang, a-bang! ¡A-bang, a-bang!" Uno tras otro de los egocéntricos de la Gente se rendía a él, y pronto todos estarían bailando o cantando en coro. "¡Ha-ah,

ha-ah, ha-ah-ha!" era uno de nuestros coros favoritos, y otro era: "¡Eh-wah, eh-wah, eh-wah-hah!"

Y así, con locas payasadas, saltando, tambaleándonos y sobrebalanzándonos, bailábamos y cantábamos en el sombrío crepúsculo del mundo primitivo, induciendo el olvido, logrando unanimidad y llevándonos a una frenesí sensorial. Y así fue como nuestro enfado contra Ojo-Rojo se calmó con el arte, y gritábamos los salvajes coros del consejo hee-hee hasta que la noche nos advirtió de sus terrores, y nos escabullimos a nuestros agujeros en las rocas, llamándonos suavemente unos a otros, mientras las estrellas aparecían y la oscuridad se asentaba.

Sólo teníamos miedo de la oscuridad. No teníamos gérmenes de religión, ninguna concepción de un mundo invisible. Solo conocíamos el mundo real, y las cosas que temíamos eran cosas reales, los peligros concretos, los animales de carne y hueso que nos cazaban. Eran ellos los que nos hacían temer la oscuridad, porque la oscuridad era el tiempo de los animales cazadores. Era entonces cuando salían de sus guaridas y se lanzaban sobre uno desde la oscuridad en la que acechaban invisibles.

Posiblemente fue a partir de este miedo a los habitantes reales de la oscuridad que más tarde se desarrolló el miedo a los habitantes irreales y culminó en todo un poderoso mundo invisible. A medida que crecía la imaginación, es probable que el miedo a la muerte aumentara hasta que la Gente que estaba por venir proyectara este miedo en la oscuridad y la llenara de espíritus. Creo que la Gente del Fuego ya había comenzado a tener miedo de la oscuridad de esta manera; pero las razones que teníamos nosotros, la Gente, para disolver nuestros consejos hee-hee y huir a nuestros agujeros eran el viejo Diente de Sable, los leones y los chacales, los perros salvajes y los lobos, y todas las razas hambrientas de comedores de carne.

CAPÍTULO XV

Oreja-Tajada se casó. Fue el segundo invierno después de nuestra aventura y fue totalmente inesperado. No me dio ninguna advertencia. Lo supe una tarde cuando subí al acantilado hacia nuestra cueva. Me metí en la entrada y allí me detuve. No había espacio para mí. Oreja-Tajada y su compañera estaban en posesión, y ella no era otra que mi hermana, la hija de mi padrastro, el Parlanchín.

Intenté forzar mi entrada. Solo había espacio para dos, y ese espacio ya estaba ocupado. Además, me tenían en desventaja, y, con los arañazos y tirones de pelo que recibí, me alegré de retirarme. Esa noche, y durante muchas noches, dormí en el pasaje de conexión de la cueva doble. Por mi experiencia, parecía razonablemente seguro. Como los dos de la Gente habían esquivado al viejo Dientes de Sable, y como yo había esquivado a Ojo-Rojo, me parecía que podía esquivar a los animales cazadores yendo de un lado a otro entre las dos cuevas.

Había olvidado a los perros salvajes. Eran lo suficientemente pequeños para pasar por cualquier pasaje por el que yo pudiera exprimir mi cuerpo. Una noche me olfatearon. Si hubieran entrado en ambas cuevas al mismo tiempo, me habrían atrapado. Como fue, seguido por algunos de ellos a través del pasaje, salí corriendo por la boca de la otra cueva. Afuera estaban el resto de los perros salvajes. Saltaron hacia mí cuando salté hacia la pared del acantilado y comencé a trepar. Uno de ellos, un bruto delgado y hambriento, me atrapó en pleno salto. Sus dientes se hundieron en los músculos de mi muslo y casi me arrastró hacia abajo. Se aferró, pero no hice ningún

esfuerzo por deshacerme de él, dedicando todo mi esfuerzo a trepar fuera del alcance del resto de las bestias.

No fue hasta que estuve a salvo de ellos que dirigí mi atención a esa agónía viva en mi muslo. Y luego, a una docena de pies sobre la jauría que saltaba y se esforzaba contra la pared y caía hacia atrás, agarré al perro por la garganta y lentamente lo estrangulé. Me tomó mucho tiempo hacerlo. Me arañó y desgarró mi cabello y mi piel con sus patas traseras, y siempre tiraba y empujaba con su peso para arrastrarme desde la pared.

Finalmente sus dientes se abrieron y soltaron mi carne desgarrada. Llevé su cuerpo hasta el acantilado conmigo y pasé la noche en la entrada de mi antigua cueva, donde estaban Oreja-Tajada y mi hermana. Pero primero tuve que soportar una tormenta de abusos de la horda despertada por ser la causa del disturbio. Tuve mi venganza. De vez en cuando, cuando el ruido de la jauría abajo disminuía, dejaba caer una piedra y lo iniciaba de nuevo. Entonces, desde todos lados, comenzaban de nuevo los abusos de la exasperada Gente. Por la mañana compartí el perro con Oreja-Tajada y su esposa, y durante varios días los tres no fuimos ni vegetarianos ni frugívoros.

El matrimonio de Oreja-Tajada no fue feliz, y el consuelo al respecto es que no duró mucho. Ni él ni yo fuimos felices durante ese período. Estaba solo. Sufrí la incomodidad de ser expulsado de mi pequeña cueva segura, y de alguna manera no me llevé bien con ninguno de los otros jóvenes machos. Supongo que mi larga convivencia con Oreja-Tajada se había convertido en un hábito.

Podría haberme casado, es cierto; y lo más probable es que me hubiera casado si no hubiera sido por la escasez de hembras en la horda. Esta escasez, es justo suponer, fue causada por la exorbitancia de Ojo-Rojo, y ilustra la amenaza que representaba para la existencia de la horda. Luego estaba la Rápida, a quien no había olvidado.

De cualquier manera, durante el período del matrimonio de Oreja-Tajada, anduve de un lado a otro, en peligro cada noche que dormía, y nunca cómodo. Uno de la Gente murió, y su viuda fue llevada a la cueva de otro de la Gente. Tomé posesión de la cueva abandonada, pero tenía una boca ancha, y después de que Ojo-Rojo casi me atrapara en ella un día, volví a dormir en el pasaje de la cueva doble. Sin embargo, durante el verano, solía estar

lejos de las cuevas durante semanas, durmiendo en un refugio de árboles que hice cerca de la desembocadura del pantano.

He dicho que Oreja-Tajada no era feliz. Mi hermana era la hija del Parlanchín, y hacía la vida miserable a Oreja-Tajada. En ninguna otra cueva había tanta disputa y riña. Si Ojo-Rojo era un Barba Azul, Oreja-Tajada era un calzonazos; y me imagino que Ojo-Rojo era demasiado astuto como para desear a la esposa de Oreja-Tajada.

Afortunadamente para Oreja-Tajada, ella murió. Ocurrió algo inusual ese verano. Tarde, casi al final, una segunda cosecha de zanahorias de raíces fibrosas brotó. Estas raíces inesperadas de segunda cosecha eran jóvenes, jugosas y tiernas, y durante algún tiempo el parche de zanahorias fue el lugar favorito de alimentación de la horda. Una mañana temprano, varios de nosotros estábamos allí desayunando. A un lado de mí estaba el Desnudo. Más allá de él estaban su padre y su hijo, el viejo Hueso de Tuétano y Labio Largo. Al otro lado de mí estaban mi hermana y Oreja-Tajada, ella estaba al lado mío.

No hubo advertencia. De repente, tanto el Desnudo como mi hermana saltaron y gritaron. En el mismo instante, escuché el golpe de las flechas que los atravesaron. Al instante siguiente estaban en el suelo, retorciéndose y jadeando, y el resto de nosotros estábamos estampándonos hacia los árboles. Una flecha pasó volando junto a mí y se clavó en el suelo, su asta emplumada vibrando y oscilando por el impacto de su vuelo arrestado. Recuerdo claramente cómo me desvié mientras corría, para pasar junto a ella, y que le di un amplio rodeo innecesariamente. Debo haberle temido como un caballo se asusta de un objeto que teme.

Oreja-Tajada dio una caída aplastante mientras corría a mi lado. Una flecha había atravesado la pantorrilla de su pierna y lo había hecho tropezar. Intentó correr, pero fue derribado por ella una segunda vez. Se sentó, agazapado, temblando de miedo, y me llamó suplicante. Corrí de regreso. Me mostró la flecha. La agarré para sacarla, pero el dolor consecuente lo hizo agarrar mi mano y detenerme. Una flecha voladora pasó entre nosotros. Otra golpeó una roca, se astilló y cayó al suelo. Esto fue demasiado. Tiré, de repente, con todas mis fuerzas. Oreja-Tajada gritó cuando la flecha salió, y me golpeó enojado. Pero al momento siguiente estábamos en plena huida nuevamente.

Miré hacia atrás. El viejo Hueso de Tuétano, abandonado y muy atrás, estaba tambaleándose silenciosamente en su carrera impedida con la muerte. A veces casi se caía, y una vez se cayó; pero no llegaban más flechas. Se levantó débilmente. La edad lo cargaba pesadamente, pero no quería morir. Los tres Hombres de Fuego, que ahora corrían hacia adelante desde su emboscada en el bosque, podrían haberlo atrapado fácilmente, pero no lo intentaron. Tal vez era demasiado viejo y duro. Pero querían al Desnudo y a mi hermana, porque cuando miré hacia atrás desde los árboles, pude ver a los Hombres de Fuego golpeando sus cabezas con rocas. Uno de los Hombres de Fuego era el cazador encorvado que cojeaba.

Continuamos a través de los árboles hacia las cuevas, una turba emocionada y desordenada que ahuyentaba a todos los pequeños seres del bosque a sus agujeros, y que hacía que los arrendajos azules gritaran con descaro. Ahora que no había peligro inmediato, Labio Largo esperó a su abuelo, Hueso de Tuétano; y con la brecha de una generación entre ellos, el viejo y el joven cerraron nuestra retaguardia.

Y así fue como Oreja-Tajada se convirtió en soltero una vez más. Esa noche dormí con él en la vieja cueva, y nuestra vieja vida de camaradería comenzó de nuevo. La pérdida de su compañera no pareció causarle dolor. Al menos no mostró señales de ello, ni de necesitarla. Era la herida en su pierna lo que parecía molestarle, y tardó una semana en recuperar su antigua agilidad.

Hueso de Tuétano era el único miembro anciano en la horda. A veces, al recordarlo, cuando la visión de él es más clara, noto una notable semejanza entre él y el padre del jardinero de mi padre. El padre del jardinero era muy viejo, muy arrugado y marchito; y en todo el mundo, cuando miraba a través de sus diminutos ojos llorosos y mascullaba con sus encías desdentadas, se veía y actuaba como el viejo Hueso de Tuétano. Esta semejanza, de niño, solía asustarme. Siempre corría cuando veía al viejo tambaleándose con sus dos bastones. El viejo Hueso de Tuétano incluso tenía una barba blanca escasa y desordenada que parecía idéntica a las barbas del anciano.

Como he dicho, Hueso de Tuétano era el único miembro anciano de la horda. Era una excepción. La Gente nunca vivía hasta la vejez. La mediana edad era bastante rara. La muerte por violencia era la forma común de muerte. Morían como mi padre había muerto, como Diente Roto había

muerto, como mi hermana y el Desnudo acababan de morir, de manera abrupta y brutal, en plena posesión de sus facultades, en pleno apogeo y aceleración de la vida. ¿Muerte natural? Morir violentamente era la forma natural de morir en aquellos días.

Nadie moría de vejez entre la Gente. Nunca supe de un caso. Incluso Hueso de Tuétano no murió de esa manera, y él fue el único en mi generación que tuvo la oportunidad. Una mala herida, cualquier deterioro accidental o temporal grave de las facultades, significaba una muerte rápida. Por lo general, estas muertes no eran presenciadas.

Los miembros de la horda simplemente desaparecían. Dejaban las cuevas por la mañana y nunca regresaban. Desaparecían, en las fauces voraces de las criaturas cazadoras.

Esta incursión de la Gente del Fuego en el campo de zanahorias fue el principio del fin, aunque no lo sabíamos. Los cazadores de la Gente del Fuego comenzaron a aparecer más frecuentemente a medida que pasaba el tiempo. Venían en pares y tríos, arrastrándose silenciosamente a través del bosque, con sus flechas voladoras capaces de aniquilar la distancia y derribar presas desde la cima del árbol más alto sin necesidad de trepar a él. El arco y la flecha eran como una enorme extensión de sus músculos de salto y golpe, de modo que, virtualmente, podían saltar y matar a cien pies o más. Esto los hacía mucho más terribles que el propio Dientes de Sable. Y además, eran muy sabios. Tenían un lenguaje que les permitía razonar de manera más efectiva, y además entendían la cooperación.

Nosotros, la Gente, nos volvimos muy circunspectos cuando estábamos en el bosque. Estábamos más alerta, vigilantes y tímidos. Ya no eran los árboles una protección en la que se pudiera confiar. Ya no podíamos perder nos en una rama y reírnos de nuestros enemigos carnívoros en el suelo. La Gente del Fuego era carnívora, con garras y colmillos de cien pies de largo, los más terribles de todos los animales cazadores que rondaban el mundo primitivo.

Una mañana, antes de que la Gente se dispersara en el bosque, hubo un pánico entre los portadores de agua y los que habían bajado al río a beber. Toda la horda huyó a las cuevas. Era nuestra costumbre, en esos momentos, huir primero e investigar después. Esperamos en las bocas de nuestras cuevas y observamos. Después de un tiempo, un Hombre de Fuego se adentró

cautelosamente en el espacio abierto. Era el pequeño y arrugado cazador. Se quedó un largo tiempo observándonos, mirando nuestras cuevas y la pared del acantilado de arriba abajo. Descendió por una de las rampas hacia un lugar de bebida, regresando unos minutos más tarde por otra rampa. De nuevo se quedó y nos observó detenidamente, durante mucho tiempo. Luego se dio la vuelta y cojeó hacia el bosque, dejándonos llamándonos unos a otros, quejumbrosos y lamentables, desde las bocas de las cuevas.

CAPÍTULO XVI

La encontré en el viejo vecindario cerca del pantano de arándanos, donde vivía mi madre y donde Oreja-Tajada y yo habíamos construido nuestro primer refugio en un árbol. Fue inesperado. Al acercarme al árbol, escuché el sonido suave y familiar y miré hacia arriba. Allí estaba ella, la Rápida, sentada en una rama y balanceando sus piernas de un lado a otro mientras me miraba.

Me quedé quieto por un tiempo. Verla me había hecho muy feliz. Y luego, una inquietud y un dolor comenzaron a infiltrarse en esta felicidad. Empecé a trepar al árbol tras ella, y ella se retiró lentamente por la rama. Justo cuando estaba a punto de alcanzarla, saltó por el aire y aterrizó en las ramas del siguiente árbol. Desde entre las hojas crujientes, se asomó y me hizo sonidos suaves. Salté directamente hacia ella, y después de una emocionante persecución, la situación se duplicó, porque allí estaba ella, haciendo sonidos suaves y asomándose desde las hojas de un tercer árbol.

Me di cuenta de que, de alguna manera, era diferente ahora en comparación con los viejos tiempos antes de que Oreja-Tajada y yo nos embarcáramos en nuestra aventura. La quería, y sabía que la quería. Y ella también lo sabía. Por eso no me dejaba acercarme a ella. Olvidé que ella era verdaderamente la Rápida y que en el arte de trepar, había sido mi maestra. La perseguí de árbol en árbol, y siempre me eludía, mirándome con ojos amables, haciendo sonidos suaves, bailando, saltando y balanceándose ante mí, justo fuera de mi alcance. Cuanto más me eludía, más quería atraparla, y las sombras alargadas de la tarde daban testimonio de la inutilidad de mi esfuerzo.

Mientras la perseguía, o a veces descansaba en un árbol adyacente y la observaba, noté el cambio en ella. Era más grande, más pesada, más adulta. Sus líneas eran más redondeadas, sus músculos más llenos, y había en ella algo indefinido de madurez que era nuevo para ella y que me incitaba. Habían pasado tres años desde que se había ido, tres años como mínimo, y el cambio en ella era notable. Digo tres años; es lo más cerca que puedo medir el tiempo. Puede que haya transcurrido un cuarto año, que he confundido con los eventos de los otros tres años. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que debieron ser cuatro años los que estuvo ausente.

A dónde fue, por qué se fue y qué le pasó durante ese tiempo, no lo sé. No había manera de que me lo contara, de la misma manera que no había manera de que Oreja-Tajada y yo contáramos a la Gente lo que habíamos visto cuando estábamos fuera. Al igual que nosotros, es probable que ella se haya ido en una aventura, y por su cuenta. Por otro lado, es posible que Ojo-Rojo haya sido la causa de su partida. Es casi seguro que debe haberla encontrado de vez en cuando, vagando por el bosque; y si la había perseguido, no cabe duda de que eso habría sido suficiente para alejarla. Por los eventos posteriores, creo que debe haber viajado lejos hacia el sur, cruzando una cadena de montañas y bajando a las orillas de un río extraño, lejos de cualquiera de su especie. Muchos de la Gente de los Árboles vivían allí, y creo que debieron ser ellos quienes finalmente la ahuyentaron de regreso a la horda y a mí. Mis razones para esto las explicaré más adelante.

Las sombras se alargaban, y la perseguí más ardientemente que nunca, y aún así no pude atraparla. Ella fingía estar intentando desesperadamente escapar de mí, y todo el tiempo lograba mantenerse justo fuera de mi alcance. Olvidé todo: el tiempo, la llegada de la noche y mis enemigos carnívoros. Estaba loco de amor por ella y también de ira, porque no me dejaba alcanzarla. Era extraño cómo esta ira hacia ella parecía ser parte de mi deseo por ella.

Como he dicho, olvidé todo. Al correr a través de un espacio abierto, me encontré de lleno con una colonia de serpientes. No me detuvieron. Estaba loco. Me atacaron, pero me agaché y esquivé y seguí corriendo. Luego había una pitón que normalmente me habría hecho trepar gritando a la copa de un árbol. Me hizo correr hacia un árbol; pero la Rápida se estaba alejando de mi vista, así que salté de nuevo al suelo y seguí. Fue una escapada por los pelos. Luego estaba mi viejo enemigo, la hiena. Por mi conducta, estaba

seguro de que algo iba a suceder, y me siguió durante una hora. Una vez exasperamos a una manada de cerdos salvajes, y nos persiguieron. La Rápida se atrevió a dar un salto amplio entre árboles que era demasiado para mí. Tuve que ir al suelo. Allí estaban los cerdos. No me importó. Aterricé a un metro del más cercano. Me flanquearon mientras corría y me persiguieron hacia dos árboles diferentes fuera de la línea de mi persecución de la Rápida. Volví a aventurarme al suelo, retrocedí y crucé un amplio espacio abierto, con toda la manada gruñendo, erizando y rechinando los colmillos a mis talones.

Si hubiera tropezado o caído en ese espacio abierto, no habría tenido ninguna oportunidad. Pero no lo hice. Y no me importaba si lo hacía o no. Estaba en tal estado de ánimo que habría enfrentado al viejo Dientes de Sable él mismo, o a una veintena de Gente del Fuego con flechas. Tal era la locura del amor... conmigo. Con la Rápida era diferente. Era muy sabia. No tomaba riesgos reales, y recuerdo, al mirar hacia atrás a través de los siglos a esa salvaje persecución amorosa, que cuando los cerdos me demoraron, no corrí muy rápido, sino que esperé, más bien, para que yo retomara la persecución. Además, dirigió su retirada ante mí, yendo siempre en la dirección que quería ir.

Al final llegó la oscuridad. Me llevó alrededor del hombro musgoso de una pared de cañón que sobresalía entre los árboles. Después, penetramos en una masa densa de maleza que me rasgó y desgarró al pasar. Pero ella no se despeinó. Conocía el camino. En medio del matorral había un gran roble. Estaba muy cerca de ella cuando lo trepó; y en las horquillas, en el refugio nido que había buscado tanto y en vano, la atrapé.

La hiena había vuelto a tomar nuestro rastro, y ahora se sentaba en el suelo haciendo ruidos hambrientos. Pero no nos importaba, y nos reímos de él cuando gruñó y se alejó a través del matorral. Era primavera, y los ruidos nocturnos eran muchos y variados. Como era costumbre en esa época del año, había muchas peleas entre los animales. Desde el nido podíamos escuchar los chillidos y relinchos de los caballos salvajes, los trompeteos de los elefantes y los rugidos de los leones. Pero salió la luna, el aire estaba cálido, y nos reímos y no tuvimos miedo.

Recuerdo, a la mañana siguiente, que nos encontramos con dos gallos de pelea que luchaban tan ardientemente que me acerqué a ellos y los atrapé

por el cuello. Así fue como la Rápida y yo obtuvimos nuestro desayuno de bodas. Estaban deliciosos. Era fácil atrapar pájaros en primavera. Hubo una noche ese año cuando dos alces lucharon a la luz de la luna, mientras la Rápida y yo observábamos desde los árboles; y vimos a un león y una leona acercarse a ellos sin ser notados y matarlos mientras luchaban.

No hay manera de saber cuánto tiempo podríamos haber vivido en el refugio en el árbol de la Rápida. Pero un día, mientras estábamos fuera, el árbol fue alcanzado por un rayo. Se rompieron grandes ramas, y el nido quedó demolido. Empecé a reconstruir, pero la Rápida no quiso saber nada al respecto. Como descubriría, tenía un gran miedo a los rayos, y no pude persuadirla para volver al árbol. Así que, con nuestra luna de miel terminada, nos dirigimos a las cuevas para vivir. Como Oreja-Tajada me había desalojado de la cueva cuando se casó, ahora lo desalojé yo a él; y la Rápida y yo nos instalamos en ella, mientras él dormía por la noche en el pasaje de conexión de la cueva doble.

Y con nuestra llegada para vivir con la horda vinieron los problemas. Ojo-Rojo había tenido no sé cuántas esposas desde la Cantante. Ella había seguido el mismo camino que las demás. En ese momento tenía una pequeña cosa suave, sin espíritu, que gemía y lloraba todo el tiempo, ya sea que la golpeará o no; y su final era cuestión de muy poco tiempo. Antes de que pasara, incluso, Ojo-Rojo puso sus ojos en la Rápida

; y cuando ella pasó, comenzó la persecución de la Rápida.

Bien por ella que fuera la Rápida, que tuviera esa asombrosa aptitud para la huida rápida a través de los árboles. Necesitaba toda su sabiduría y osadía para mantenerse fuera del alcance de Ojo-Rojo. No podía ayudarla. Era un monstruo tan poderoso que podría haberme destrozado miembro por miembro. Como era, llevé hasta mi muerte un hombro lesionado que dolía y se ponía cojo en los días lluviosos y que era una marca de su trabajo.

La Rápida estaba enferma en el momento en que recibí esta lesión. Debía ser un toque de la malaria de la que a veces sufríamos; pero fuera lo que fuera, la hacía lenta y pesada. No tenía el resorte acostumbrado en sus músculos, y estaba realmente en mal estado para huir cuando Ojo-Rojo la acorraló cerca de la guarida de los perros salvajes, a varios kilómetros al sur de las cuevas. Por lo general, habría dado la vuelta alrededor de él, lo habría superado en velocidad y habría ganado la protección de nuestra cueva de

boca pequeña. Pero no pudo rodearlo. Estaba demasiado lenta. Cada vez que la interceptaba, hasta que desistió del intento y dedicó sus energías exclusivamente a mantenerse fuera de su alcance.

Si no hubiera estado enferma, habría sido un juego de niños para ella eludirlo; pero, como estaba, requería toda su precaución y astucia. Era una ventaja para ella que pudiera viajar en ramas más delgadas que él, y hacer saltos más amplios. Además, era una jueza infalible de la distancia y tenía un instinto para conocer la fuerza de las ramitas, las ramas y las ramas podridas.

Fue una persecución interminable. De un lado a otro y de un extremo a otro del bosque corrían. Había una gran excitación entre los otros de la Gente. Empezaron a hacer un alboroto salvaje, que era más fuerte cuando Ojo-Rojo estaba a distancia y que se callaba cuando la persecución lo acercaba. Eran espectadores impotentes. Las hembras chillaban y gorjeaban, y los machos se golpeaban el pecho con una furia impotente. Caracara estaba especialmente enojado, y aunque callaba su escándalo cuando Ojo-Rojo se acercaba, no lo hacía tanto como los demás.

En cuanto a mí, no desempeñé ningún papel valiente. Sé que no era más que un cobarde. Además, ¿de qué serviría que me enfrentara a Ojo-Rojo? Él era el monstruo poderoso, la bestia abismal, y no había esperanza para mí en un conflicto de fuerzas. Me habría matado, y la situación habría permanecido sin cambios. Habría atrapado a la Rápida antes de que ella pudiera haber llegado a la cueva. Como estaba, solo podía mirar con furia impotente y esquivar y dejar de enfurecerme cuando se acercaba demasiado.

Las horas pasaron. Era tarde por la tarde. Y la persecución continuaba. Ojo-Rojo estaba decidido a agotar a la Rápida. La corría deliberadamente hasta agotarla. Después de un largo tiempo, ella comenzó a cansarse y ya no podía mantener su huida a toda velocidad. Fue entonces cuando comenzó a ir muy lejos en las ramas más delgadas, donde él no podía seguirla. Así podría haber tomado un respiro, pero Ojo-Rojo era diabólico. Incapaz de seguirla, la desalojaba sacudiéndola. Con toda su fuerza y peso, sacudía la rama de un lado a otro hasta que la lanzaba como se lanzaría una mosca desde un látigo. La primera vez, se salvó al caer en ramas más abajo. Otra vez, aunque no la salvaron del suelo, amortiguaron su caída. Otra vez más, tan ferozmente la sacudió de la rama que fue lanzada completamente a tra-

vés de un espacio hacia otro árbol. Era notable la forma en que se agarraba y se salvaba. Solo cuando era necesario tomaba la seguridad temporal de las ramas delgadas. Pero estaba tan cansada que no podía evitarlo de otra manera, y una y otra vez se veía obligada a tomar las ramas delgadas.

Aún así, la persecución continuó, y la Gente chillaba, se golpeaba el pecho y rechinaba los dientes. Luego llegó el final. Era casi el crepúsculo. Temblando, jadeando, luchando por respirar, la Rápida se aferraba lastimosamente a una alta y delgada rama. Estaba a diez metros del suelo y no había nada entre ellos. Ojo-Rojo se balanceaba de un lado a otro en la rama más abajo. Se convirtió en un péndulo, balanceándose cada vez más con cada empujón de su peso. Luego se invirtió de repente, justo antes de que se completara el balanceo descendente. Sus agarres se soltaron y, gritando, fue lanzada hacia el suelo.

Pero se enderezó en el aire y descendió con los pies primero. Normalmente, desde esa altura, el resorte en sus piernas habría amortiguado el impacto con el suelo. Pero estaba exhausta. No pudo ejercer ese resorte. Sus piernas cedieron, habiendo amortiguado solo parcialmente el impacto, y se estrelló de costado. Esto, como resultó, no la lastimó, pero sí le quitó el aliento. Yacía indefensa, luchando por respirar.

Ojo-Rojo se abalanzó sobre ella y la agarró. Con sus nudosos dedos retorcidos en el cabello de su cabeza, se puso de pie y rugió de triunfo y desafío ante la atemorizada Gente que observaba desde los árboles. Entonces fue cuando me volví loco. La precaución fue arrojada al viento; olvidada estaba la voluntad de vivir de mi carne. Justo cuando Ojo-Rojo rugía, me lancé sobre él desde atrás. Tan inesperada fue mi carga que lo derribé. Enlacé mis brazos y piernas a su alrededor y luché por mantenerlo en el suelo. Esto habría sido imposible de lograr si no hubiera estado aferrado con una mano al cabello de la Rápida.

Animado por mi conducta, Caracara se convirtió en un súbito aliado. Se lanzó, hundió sus dientes en el brazo de Ojo-Rojo y rasgó y desgarró su cara. Este era el momento para que el resto de la Gente se uniera. Era la oportunidad de acabar con Ojo-Rojo de una vez por todas. Pero seguían teniendo miedo en los árboles.

Era inevitable que Ojo-Rojo ganara la lucha contra los dos. La razón por la que no nos mató de inmediato fue que la Rápida obstaculizaba sus movi-

mientos. Ella había recuperado el aliento y comenzaba a resistir. No soltaba su agarre en su cabello, y esto lo limitaba. Consiguió agarrar mi brazo. Fue el principio del fin para mí. Comenzó a arrastrarme hacia él en una posición donde podría hundir sus dientes en mi garganta. Su boca estaba abierta y sonreía. Y, sin embargo, aunque acababa de comenzar a ejercer su fuerza, en ese momento me dislocó el hombro, por lo que sufrí por el resto de mi vida.

Y en ese momento algo sucedió. No hubo advertencia. Un gran cuerpo cayó sobre los cuatro que estábamos juntos. Nos separaron violentamente y rodamos una y otra vez, y en la repentina sorpresa soltamos nuestros agarres unos a otros. En el momento del impacto, Caracara gritó terriblemente. No sabía qué había pasado, aunque olí a tigre y vislumbré una piel rayada mientras saltaba hacia un árbol.

Era el viejo Dientes de Sable. Despertado en su guarida por el ruido que habíamos hecho, se había acercado a nosotros sin ser notado. La Rápida llegó al siguiente árbol al mío, y de inmediato me uní a ella. La abracé y la sostuve cerca de mí mientras gemía y lloraba suavemente. Desde el suelo venían gruñidos y el crujido de huesos. Era Dientes de Sable cenando con lo que había sido Caracara. Desde más allá, con bordes inflamados y ojos, Ojo-Rojo miraba hacia abajo. Aquí había un monstruo más poderoso que él. La Rápida y yo nos fuimos en silencio a través de los árboles hacia la cueva, mientras la Gente se reunía arriba y lanzaba insultos, ramitas y ramas sobre su antiguo enemigo. Movía su cola y gruñía, pero seguía comiendo.

Y de tal manera fuimos salvados. Fue un mero accidente, el más puro accidente. De lo contrario, habría muerto allí en las garras de Ojo-Rojo, y no habría habido un puente de tiempo de mil siglos hasta una progenie que lee periódicos y viaja en autos eléctricos, sí, y que escribe narrativas de sucesos pasados, incluso como esta es escrita.

CAPÍTULO XVII

Fue a principios del otoño del año siguiente cuando sucedió. Después de su fracaso en atrapar a la Rápida, Ojo-Rojo había tomado otra esposa; y, extrañamente, aún estaba viva. Más extraño aún, tenían un bebé de varios meses, el primer hijo de Ojo-Rojo. Sus esposas anteriores nunca habían vivido lo suficiente como para darle hijos. El año había sido bueno para todos nosotros. El clima había sido excepcionalmente suave y la comida abundante. Recuerdo especialmente los nabos de ese año. La cosecha de nueces también fue muy abundante, y las ciruelas silvestres eran más grandes y dulces de lo habitual.

En resumen, fue un año dorado. Y entonces sucedió. Era temprano en la mañana, y nos sorprendieron en nuestras cuevas. En la luz gris y fría despertamos de nuestro sueño, la mayoría de nosotros, para encontrarnos con la muerte. La Rápida y yo fuimos despertados por un pandemónium de chillidos y gorjeos. Nuestra cueva era la más alta de todas en el acantilado, y nos arrastramos hasta la entrada y miramos hacia abajo. El espacio abierto estaba lleno de Gente del Fuego. Sus gritos y aullidos se sumaban al clamor, pero tenían orden y plan, mientras que nosotros, la Gente, no teníamos ninguno. Cada uno de nosotros luchaba y actuaba por sí mismo, y ninguno de nosotros conocía la magnitud del desastre que nos estaba ocurriendo.

Para cuando empezamos a arrojar piedras, la Gente del Fuego se había amontonado en la base del acantilado. Nuestra primera andanada debió aplastar algunas cabezas, porque cuando retrocedieron del acantilado, tres de ellos quedaron en el suelo. Estos estaban luchando y revolcándose, y uno intentaba arrastrarse para alejarse. Pero los acabamos. Para ese momento,

los machos estábamos rugiendo de rabia, y lanzamos rocas sobre los tres hombres que estaban en el suelo. Varios de la Gente del Fuego volvieron para arrastrarlos a un lugar seguro, pero nuestras rocas hicieron retroceder a los rescatadores.

La Gente del Fuego se enfureció. También se volvieron cautelosos. A pesar de sus gritos de rabia, se mantuvieron a distancia y enviaron ráfagas de flechas contra nosotros. Esto puso fin al lanzamiento de rocas. Para cuando media docena de nosotros había sido asesinada y una veintena herida, el resto se retiró al interior de nuestras cuevas. Yo no estaba fuera de alcance en mi cueva alta, pero la distancia era suficiente para arruinar la efectividad de los disparos, y la Gente del Fuego no desperdició muchas flechas en mí. Además, tenía curiosidad. Quería ver. Mientras la Rápida permanecía bien dentro de la cueva, temblando de miedo y emitiendo sonidos bajos de lamento porque yo no entraba, me acurruqué en la entrada y observé.

La lucha se había vuelto intermitente. Era una especie de punto muerto. Estábamos en las cuevas, y la pregunta para la Gente del Fuego era cómo sacarnos. No se atrevían a entrar a buscarnos, y en general no nos exponíamos a sus flechas. Ocasionalmente, cuando uno de ellos se acercaba a la base del acantilado, alguno de la Gente aplastaba una roca sobre él. A cambio, era atravesado por media docena de flechas. Este ardid funcionó bien durante algún tiempo, pero finalmente la Gente dejó de ser engañada para mostrarse. El punto muerto era completo.

Detrás de la Gente del Fuego pude ver al pequeño y enjuto cazador dirigiéndolo todo. Ellos lo obedecían y seguían sus órdenes aquí y allá. Algunos de ellos fueron al bosque y regresaron con cargas de madera seca, hojas y hierba. Toda la Gente del Fuego se acercó más. Mientras la mayoría se quedaba con arcos y flechas, listos para disparar a cualquiera de la Gente que se expusiera, varios de los Hombres del Fuego amontonaron la hierba seca y la madera en las bocas de las cuevas del nivel inferior. De estos montones conjuraron el monstruo que temíamos: FUEGO. Al principio, se levantaron volutas de humo y se enroscaron hacia el acantilado. Luego pude ver las lenguas rojas de las llamas saliendo y entrando por la madera como pequeñas serpientes. El humo se hizo más denso y espeso, a veces envolviendo toda la cara del acantilado. Pero yo estaba en lo alto y no me molestaba mucho, aunque picaba en mis ojos y me los frotaba con los nudillos.

El viejo Hueso-Seco fue el primero en ser ahumado. Una ligera brisa desvió el humo en ese momento, por lo que vi claramente. Salió corriendo a través del humo, pisando un carbón ardiente y gritando por el dolor repentino, e intentó trepar por el acantilado. Las flechas llovieron a su alrededor. Se detuvo en un saliente, agarrándose a un nudo de roca para sostenerse, jadeando, estornudando y sacudiendo la cabeza. Se balanceaba de un lado a otro. Los extremos emplumados de una docena de flechas sobresalían de él. Era un anciano, y no quería morir. Se balanceaba cada vez más, sus rodillas cediendo bajo él, y mientras se balanceaba, gemía lastimosamente. Su mano soltó el agarre y se lanzó al vacío. Sus viejos huesos debieron romperse gravemente. Gimió y se esforzó débilmente por levantarse, pero un Hombre del Fuego se abalanzó sobre él y lo mató con un garrote.

Y así como sucedió con Hueso-Seco, sucedió con muchos de la Gente. Incapaces de soportar la asfixia por humo, salieron corriendo para caer bajo las flechas. Algunas de las mujeres y niños permanecieron en las cuevas para estrangularse hasta la muerte, pero la mayoría encontró la muerte afuera.

Cuando los Hombres del Fuego despejaron la primera fila de cuevas de esta manera, comenzaron a hacer arreglos para duplicar la operación en la segunda fila de cuevas. Fue mientras subían con su hierba y madera, que Ojo-Rojo, seguido por su esposa, con el bebé aferrado a ella con fuerza, hizo una huida exitosa por el acantilado. Los Hombres del Fuego deben haber concluido que en el intervalo entre las operaciones de ahumado, permaneceríamos en nuestras cuevas; por lo que no estaban preparados, y sus flechas no comenzaron a volar hasta que Ojo-Rojo y su esposa estaban bien arriba en la pared. Cuando llegó a la cima, se volvió y les lanzó una mirada feroz, rugiendo y golpeándose el pecho. Arqueaban sus flechas hacia él, y aunque no fue tocado, huyó.

Vi ahumar una tercera fila, y una cuarta. Algunos de la Gente escaparon por el acantilado, pero la mayoría fue derribada mientras intentaban trepar. Recuerdo a Labio-Largo. Llegó hasta mi saliente, llorando lastimosamente, con una flecha atravesada en el pecho, el asta emplumada sobresaliendo por detrás, la punta de hueso sobresaliendo por delante, disparada por la espalda mientras trepaba. Se desplomó en mi saliente, sangrando profusamente por la boca.

Fue en ese momento cuando los niveles superiores parecieron vaciarse espontáneamente. Casi toda la Gente que aún no había sido ahumada se estampó por el acantilado al mismo tiempo. Esto salvó a muchos. Los Hombres del Fuego no podían disparar flechas lo suficientemente rápido. Llenaron el aire de flechas, y decenas de los heridos cayeron, pero aún así hubo algunos que llegaron a la cima y escaparon.

El impulso de huida ahora era más fuerte en mí que la curiosidad. Las flechas habían dejado de volar. Los últimos de la Gente parecían haberse ido, aunque puede que algunos aún se ocultaran en las cuevas superiores. La Rápida y yo empezamos a trepar por el acantilado. Al vernos, se levantó un gran grito de la Gente del Fuego. Esto no fue causado por mí, sino por la Rápida. Estaban charlando emocionados y señalándola unos a otros. No intentaron dispararle. No se lanzó una sola flecha. Empezaron a llamarla suavemente y a coaxiarla. Me detuve y miré hacia abajo. Ella tenía miedo, gimió y me urgía a seguir. Así que subimos a la cima y nos adentramos en los árboles.

Este evento a menudo me ha hecho preguntarme y especular. Si ella realmente era de su especie, debió haberse perdido de ellos cuando era demasiado joven para recordarlo, de lo contrario, no les habría tenido miedo. Por otro lado, bien podría ser que, aunque era de su especie, nunca se había perdido de ellos; que había nacido en el bosque salvaje lejos de sus dominios, quizás su padre era un Hombre del Fuego renegado, quizás su madre era de los míos, una de la Gente. Pero, ¿quién lo dirá? Estas cosas están más allá de mi comprensión, y la Rápida no sabía más de ellas que yo.

Vivimos un día de terror. La mayoría de los supervivientes huyeron hacia el pantano de los arándanos y se refugiaron en el bosque de esa vecindad. Y todo el día, las partidas de caza de la Gente del Fuego recorrieron el bosque, matándonos dondequiera que nos encontraran. Debió haber sido un plan ejecutado deliberadamente. Aumentando más allá de los límites de su propio territorio, habían decidido conquistar el nuestro. ¡Qué triste conquista! No teníamos ninguna oportunidad contra ellos. Era una matanza, una matanza indiscriminada, pues no perdonaban a nadie, matando a jóvenes y viejos, limpiando efectivamente la tierra de nuestra presencia.

Era como el fin del mundo para nosotros. Huyimos a los árboles como último refugio, solo para ser rodeados y asesinados, familia por familia. Vi-

mos mucho de esto durante ese día, y además, quería ver. La Rápida y yo nunca permanecemos mucho tiempo en un solo árbol, y así escapamos de ser rodeados. Pero parecía no haber ningún lugar adonde ir. Los Hombres del Fuego estaban por todas partes, empeñados en su tarea de exterminación. Cada camino que tomábamos, nos encontrábamos con ellos, y por esto vimos mucho de su obra.

No vi qué fue de mi madre, pero sí vi al Charlatán abatido a tiros desde el viejo árbol familiar. Y me temo que al verlo, hice un pequeño baile de alegría. Antes de dejar esta parte de mi narrativa, debo hablar de Ojo-Rojo. Lo atraparon con su esposa en un árbol cerca del pantano de los arándanos. La Rápida y yo nos detuvimos el tiempo suficiente en nuestra huida para ver. Los Hombres del Fuego estaban demasiado concentrados en su trabajo para notar nuestra presencia, y además, estábamos bien ocultos por la espesura en la que nos agazapábamos.

Al menos una veintena de cazadores estaban bajo el árbol, disparando flechas hacia él. Siempre recogían sus flechas cuando caían al suelo. No podía ver a Ojo-Rojo, pero lo escuchaba aullar desde algún lugar del árbol.

Después de un corto intervalo, sus aullidos se volvieron apagados. Debió haberse arrastrado dentro de un hueco en el tronco. Pero su esposa no ganó este refugio. Una flecha la derribó. Estaba gravemente herida, pues no hizo ningún esfuerzo por escapar. Se agachó protegiendo a su bebé (que se aferraba fuertemente a ella) y hacía signos y sonidos suplicantes a los Hombres del Fuego. Ellos se reunieron alrededor de ella y se rieron de ella, tal como Oreja-Tajada y yo nos habíamos reído del viejo Hombre-Árbol. Y así como lo habíamos pinchado con ramitas y palos, los Hombres del Fuego hicieron lo mismo con la esposa de Ojo-Rojo. La pinchaban con los extremos de sus arcos y la hurgaban en las costillas. Pero ella no era divertida. No luchaba. Ni, por eso, se enojaba. Continuaba protegiendo a su bebé y suplicando. Uno de los Hombres del Fuego se acercó a ella. En su mano tenía un garrote. Ella vio y comprendió, pero solo hizo sonidos suplicantes hasta que cayó el golpe.

Ojo-Rojo, en el hueco del tronco, estaba a salvo de sus flechas. Ellos se juntaron y debatieron por un rato, luego uno de ellos trepó al árbol. No pude ver qué sucedió allí, pero lo escuché gritar y vi la excitación de los que permanecían debajo. Después de varios minutos, su cuerpo cayó al suelo. No

se movió. Lo miraron y le levantaron la cabeza, pero cayó inerte cuando lo soltaron. Ojo-Rojo se había defendido.

Estaban muy enojados. Había una abertura en el tronco cerca del suelo. Reunieron madera y hierba y construyeron un fuego. La Rápida y yo, con los brazos alrededor del otro, esperamos y observamos en la espesura. A veces arrojaban al fuego ramas verdes con muchas hojas, con lo cual el humo se volvía muy denso.

De repente, vimos cómo retrocedían del árbol. No fueron lo suficientemente rápidos. El cuerpo volador de Ojo-Rojo aterrizó en medio de ellos.

Estaba en una furia espantosa, golpeando con sus largos brazos a diestra y siniestra. Le arrancó la cara a uno de ellos, literalmente se la arrancó con esos dedos nudosos y esos músculos tremendos. Mordió a otro en el cuello. Los Hombres del Fuego retrocedieron con salvajes y feroces gritos, luego se lanzaron sobre él. Logró agarrar un garrote y comenzó a aplastar cabezas como si fueran cáscaras de huevo. Era demasiado para ellos, y se vieron obligados a retroceder nuevamente. Esta fue su oportunidad, y les dio la espalda y corrió, aún aullando airadamente. Unas pocas flechas volaron tras él, pero se zambulló en una espesura y desapareció.

La Rápida y yo nos alejamos en silencio, solo para toparnos con otro grupo de Hombres del Fuego. Nos persiguieron hasta el pantano de los arándanos, pero conocíamos los senderos de los árboles a través de los moros más lejanos donde ellos no podían seguirnos en el suelo, y así escapamos. Salimos al otro lado, a una franja estrecha de bosque que separaba el pantano de los arándanos del gran pantano que se extendía hacia el oeste. Aquí nos encontramos con Oreja-Tajada. Cómo había escapado, no puedo imaginarlo, a menos que no hubiera dormido la noche anterior en las cuevas.

Aquí, en la franja de bosque, podríamos haber construido refugios en los árboles y asentarnos; pero la Gente del Fuego estaba realizando su trabajo de exterminio a fondo. Por la tarde, Cara-Peluda y su esposa huyeron de entre los árboles hacia el este, nos pasaron y se fueron. Huyeron en silencio y rápidamente, con alarma en sus rostros. En la dirección de la que venían, escuchamos los gritos y aullidos de los cazadores y los chillidos de alguno de la Gente. La Gente del Fuego había encontrado su camino a través del pantano.

La Rápida, Oreja-Tajada y yo seguimos los pasos de Cara-Peluda y su esposa. Cuando llegamos al borde del gran pantano, nos detuvimos. No conocíamos sus caminos. Estaba fuera de nuestro territorio, y siempre había sido evitado por la Gente. Nadie había entrado en él, al menos, para regresar. En nuestras mentes representaba misterio y miedo, lo terrible desconocido. Como digo, nos detuvimos en el borde. Teníamos miedo. Los gritos de los Hombres del Fuego se acercaban más. Nos miramos unos a otros. Cara-Peluda corrió sobre el tembloroso pantano y alcanzó el terreno más firme de un montículo de hierba a una docena de metros de distancia. Su esposa no lo siguió. Intentó hacerlo, pero retrocedió asustada ante la superficie traicionera y se acurrucó.

La Rápida no esperó por mí, ni se detuvo hasta que había pasado más allá de Cara-Peluda unos cien metros y alcanzó un montículo mucho más grande. Para cuando Oreja-Tajada y yo la alcanzamos, los Hombres del Fuego aparecieron entre los árboles. La esposa de Cara-Peluda, empujada por el terror pánico, corrió tras nosotros. Pero corrió ciegamente, sin precaución, y rompió la corteza. Nos volvimos y vimos cómo la acribillaron con flechas mientras se hundía en el lodo. Las flechas empezaron a caer a nuestro alrededor. Ahora, Cara-Peluda se había unido a nosotros, y los cuatro nos lanzamos, sin saber adónde, cada vez más profundo en el pantano.

CAPÍTULO XVIII

De nuestras andanzas en el gran pantano no tengo un conocimiento claro. Cuando intento recordar, tengo una confusión de impresiones no relacionadas y una pérdida de la noción del tiempo. No tengo idea de cuánto tiempo estuvimos en esa vasta ciénaga, pero debieron ser semanas. Mis recuerdos de lo ocurrido toman invariablemente la forma de una pesadilla. Durante incontables edades, oprimido por un miedo proteico, soy consciente de vagar, vagar interminablemente, a través de un desierto húmedo y empapado, donde las serpientes venenosas nos atacaban, y los animales rugían a nuestro alrededor, y el lodo temblaba bajo nuestros pies y nos succionaba los talones.

Sé que fuimos desviados de nuestro curso innumerables veces por arroyos y lagos y mares viscosos. Luego hubo tormentas y crecidas de agua sobre grandes áreas de tierras bajas; y hubo períodos de hambre y miseria cuando nos veíamos obligados a permanecer prisioneros en los árboles durante días y días por estas inundaciones transitorias.

Muy vívido en mi memoria está una imagen. Grandes árboles nos rodean, y de sus ramas cuelgan filamentos grises de musgo, mientras enormes enredaderas, como serpientes monstruosas, se enroscan alrededor de los troncos y se retuercen en marañas en el aire. Y todo alrededor está el lodo, lodo blando, que burbujea gases y que se mueve y suspira con agitaciones internas. Y en medio de todo esto estamos una docena de nosotros. Estamos delgados y desdichados, y nuestros huesos sobresalen a través de nuestras pieles tensas. No cantamos ni charlamos ni reímos. No hacemos travesuras. Por una vez, nuestros espíritus volátiles y exuberantes están irremediable-

mente subyugados. Emitimos sonidos lastimeros y quejumbrosos, nos miramos unos a otros y nos apiñamos juntos. Es como el encuentro de un puñado de sobrevivientes después del día del fin del mundo.

Este evento no tiene conexión con los otros eventos en el pantano. No sé cómo logramos cruzarlo, pero finalmente salimos donde una baja cadena de colinas descendía hasta la orilla del río. Era nuestro río emergiendo, como nosotros, del gran pantano. En la orilla sur, donde el río había roto su camino a través de las colinas, encontramos muchas cuevas de piedra arenisca. Más allá, hacia el oeste, el océano rugía en la barra que cruzaba la desembocadura del río. Y aquí, en las cuevas, nos establecimos en nuestro lugar junto al mar.

No éramos muchos. De vez en cuando, a medida que pasaban los días, más de la Gente aparecía. Se arrastraban desde el pantano solos, en parejas y en tríos, más muertos que vivos, meros esqueletos ambulantes, hasta que al final éramos treinta. Luego no vino más gente del pantano, y Ojo-Rojo no estaba entre nosotros. Era notable que ningún niño había sobrevivido el terrible viaje.

No contaré en detalle los años que vivimos junto al mar. No fue un lugar feliz. El aire era crudo y frío, y sufríamos continuamente de tos y resfriados. No podíamos sobrevivir en un ambiente así. Es cierto que tuvimos hijos, pero tenían poca resistencia y morían temprano, mientras que nosotros moríamos más rápido de lo que nacían nuevos. Nuestro número disminuía constantemente.

Además, el cambio radical en nuestra dieta no nos sentaba bien. Conseguíamos pocos vegetales y frutas, y nos convertimos en comedores de pescado. Había mejillones y abulones y almejas y ostras de roca, y grandes cangrejos oceánicos que eran arrojados a las playas en tiempos de tormenta. También encontramos varios tipos de algas marinas que eran buenas para comer. Pero el cambio en la dieta nos causó problemas estomacales, y ninguno de nosotros engordó nunca. Todos éramos delgados y de aspecto disipético. Fue al recoger los grandes abulones cuando Oreja-Tajada se perdió. Uno de ellos cerró sus conchas sobre sus dedos durante la marea baja, y luego la marea alta subió y lo ahogó. Encontramos su cuerpo al día siguiente, y fue una lección para nosotros. Ninguno más de nosotros fue atrapado jamás en la concha cerrada de un abulón.

La Rápida y yo logramos criar a un niño, un varón, al menos lo logramos durante varios años. Pero estoy bastante seguro de que nunca habría sobrevivido en ese terrible clima. Y luego, un día, la Gente del Fuego apareció de nuevo. Habían bajado por el río, no en una balsa, sino en un tosco tronco ahuecado. Eran tres los que remaban en él, y uno de ellos era el pequeño cazador encorvado. Desembarcaron en nuestra playa, y él cruzó la arena cojeando y examinó nuestras cuevas.

Se fueron en unos minutos, pero la Rápida estaba muy asustada. Todos estábamos asustados, pero ninguno de nosotros tanto como ella. Lloriquéo y lloró y estuvo inquieta toda esa noche. A la mañana siguiente, tomó al niño en sus brazos, y con agudos gritos, gestos y ejemplo, me puso en marcha en nuestra segunda gran huida. Ocho de la Gente (todos los que quedaban de la horda) se quedaron en las cuevas. No había esperanza para ellos. Sin duda, incluso si la Gente del Fuego no regresaba, pronto habrían perecido. Era un mal clima allá junto al mar. La Gente no estaba constituida para la vida costera.

Viajamos hacia el sur, bordeando durante días el gran pantano pero sin aventurarnos en él. Una vez retrocedimos hacia el oeste, cruzando una cadena de montañas y bajando hasta la costa. Pero no era un lugar para nosotros. No había árboles, solo cabos desolados, un oleaje atronador y fuertes vientos que parecían no cesar nunca de soplar. Volvimos a cruzar las montañas, viajando hacia el este y el sur, hasta que volvimos a tocar el gran pantano.

Pronto alcanzamos el extremo sur del pantano, y continuamos nuestro curso hacia el sur y el este. Era una tierra agradable. El aire era cálido, y estábamos de nuevo en el bosque. Más adelante cruzamos una cadena baja de colinas y nos encontramos en un país de bosques aún mejor. Cuanto más nos alejábamos de la costa, más cálido lo encontrábamos, y seguimos adelante hasta que llegamos a un gran río que parecía familiar para la Rápida. Era donde ella debió haber estado durante los cuatro años de ausencia de la horda. Cruzamos este río sobre troncos, desembarcando en un gran acantilado. Muy alto en el acantilado encontramos nuestro nuevo hogar, de acceso muy difícil y bastante escondido de cualquier ojo debajo.

No hay mucho más que contar de mi historia. Aquí la Rápida y yo vivimos y criamos a nuestra familia. Y aquí terminan mis recuerdos. Nunca hicimos otra migración. Nunca sueño más allá de nuestra cueva alta e inacce-

sible. Y aquí debió haber nacido el niño que heredó la esencia de mis sueños, que moldeó en su ser todas las impresiones de mi vida, o más bien de la vida de Diente-Grande, que es mi otro yo, y no mi verdadero yo, pero que es tan real para mí que a menudo no puedo decir en qué época estoy viviendo.

A menudo me pregunto sobre esta línea de descendencia. Yo, el moderno, soy indiscutiblemente un hombre; sin embargo, yo, Diente-Grande, el primitivo, no soy un hombre. En algún lugar, y por línea de descendencia directa, estas dos partes de mi dual personalidad estaban conectadas. ¿Estaba la Gente, antes de su destrucción, en proceso de convertirse en hombres? ¿Y llevamos a cabo este proceso mis descendientes y yo? Por otro lado, ¿puede que algún descendiente mío haya ingresado en la Gente del Fuego y se haya convertido en uno de ellos? No lo sé. No hay forma de aprenderlo. Solo hay una cosa segura, y es que Diente-Grande imprimió en la constitución cerebral de uno de sus descendientes todas las impresiones de su vida, y las imprimió tan indeleblemente que las hordas de generaciones intermedias no han logrado borrarlas.

Hay una cosa más de la que debo hablar antes de cerrar. Es un sueño que sueño a menudo, y en cuanto al tiempo, el evento real debió haber ocurrido durante el período de mi vida en la alta cueva inaccesible. Recuerdo que vagué lejos en el bosque hacia el este. Allí me encontré con una tribu de la Gente de los Árboles. Me agazapé en una espesura y los observé jugar. Estaban celebrando un consejo risueño, saltando arriba y abajo y gritando coros rudos.

De repente, acallaron su ruido y cesaron sus cabriolas. Se encogieron de miedo y buscaron ansiosamente con la vista una forma de escapar. Entonces Ojo-Rojo caminó entre ellos. Se acobardaron ante él. Todos estaban asustados. Pero no intentó lastimarlos. Era uno de ellos. A sus talones, con piernas dobladas y fibrosas, apoyándose en los nudillos en el suelo a ambos lados, caminaba una vieja hembra de la Gente de los Árboles, su última esposa. Se sentó en medio del círculo. Puedo verlo ahora, mientras escribo esto, frunciendo el ceño, con los ojos inflamados, mientras mira alrededor al círculo de la Gente de los Árboles. Y mientras mira, dobla una pierna monstruosa y con sus dedos nudosos se rasca el estómago. Él es Ojo-Rojo, el atavismo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB